



PN4086

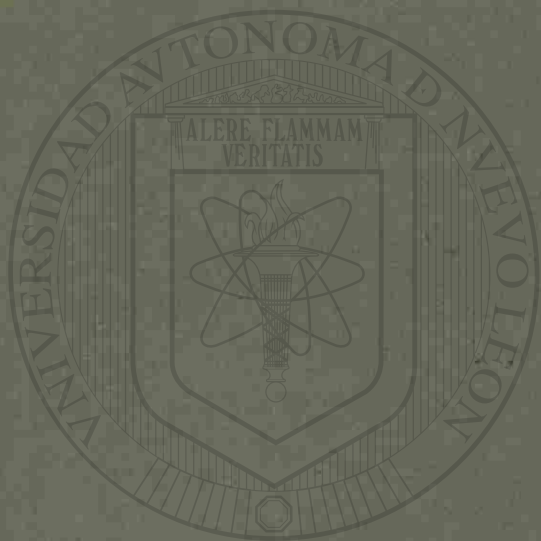
A33

1905

c.1



1080107937



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Biblioteca Josie Vol. 243
Regalo de Sr. J. Brunen Mexico.

2093-0.340

Juan Ramos Castillo

Octavio Mascareñas.
Brownsville, Tex. agosto de 1925



EL ARTE

DE

HABLAR EN PÚBLICO

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

25800

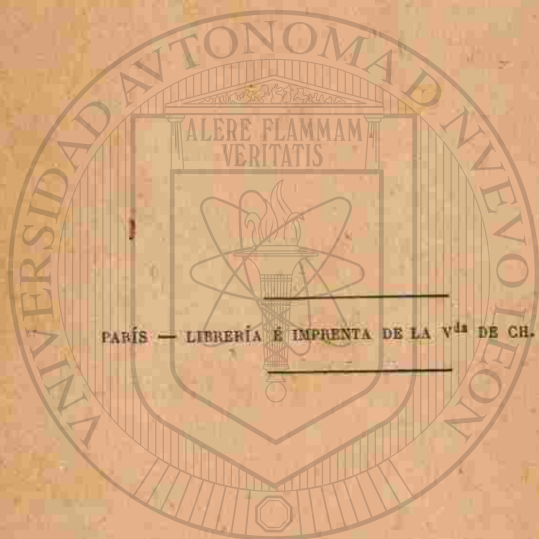
EL ARTE DE HABLAR EN PÚBLICO

ESTUDIO PSICOLÓGICO DEL ORADOR

Traducción de la obra de
Maurice Ajam, « LA PAROLE EN PUBLIC »,
aumentada con estudios especiales sobre oradores ingleses,
españoles y mexicanos

POR EL

Lic. **JESÚS URUETA**



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LIBRERÍA DE LA V^{da} DE CH. BOURET
PARÍS | MÉXICO
23, Rue Visconti, 23 | 14, Cinco de Mayo, 14

1905

PN 4086
A 33
1905



PREFACIO

DE LA

PRIMERA EDICIÓN FRANCESA (1895)

Los lectores á quienes se dirige este libro tienen oportunidad de conversar con hombres que, por su situación en la política, en el foro ó en el profesorado, están obligados á discurrir diariamente. Si les interrogan haciéndoles esta sencilla pregunta: « ¿De qué manera habéis aprendido á hablar en público? », pueden observar que muchos de ellos se encontrarán perplejos para responder.

Esta perplejidad proviene tal vez de un sentimiento de natural pudor que impide á los oradores revelar sus procedimientos íntimos. Algo de esto he encontrado en mis numerosas investigaciones. Proviene también probablemente de que los ora-

dores, cuando han llegado á la perfección de su arte, no se dan ya cuenta exacta de las dificultades del camino recorrido.

La mayor parte de ellos podría responder con sinceridad: « Hemos aprendido á hablar conforme á un método semejante al que emplean algunos maestros de natación, que comienzan por arrojar á sus alumnos en diez pies de agua, á reserva de extenderles *in extremis* una percha. » La primera vez el principiante se zabulle y traga grandes sorbos de agua; luego acaba por adquirir sangre fría, por coordinar sus movimientos y nadar.

De miles de oradores interrogados, muy pocos confesarán, si quieren hablar sinceramente, que han seguido los consejos de la Escuela. Son contados los que leen á Cicerón después de la clase de retórica y conocen la Institución oratoria de otra manera que por dos ó tres versiones latinas, laboriosamente trasladadas antaño á fuerza de diccionario.

La verdad es que la antigua retórica ha caído, en nuestros días, en un descrédito absoluto. Hace mucho tiempo que pasaron de moda las divisiones ciceronianas. El discurso moderno, aun cuando sea un sermón, ha perdido la mayor parte de los caracteres que lo distinguían, no sólo en los tiempos antiguos, sino también en el siglo último; y el

arte que parece revestir más, en el momento actual, ese aspecto desembarazado que se ha querido traducir con la insoportable palabra « fin de siglo », es quizá la elocuencia.

La profesión de orador en público aparece en nuestro tiempo como el único oficio que no necesita de aprendizaje. Preciso es confesar que á todo el mundo le da por hablar. La carrera del foro ha llegado á ser una especie de camino estrecho en el cual se amontonan y se aplastan innumerables jóvenes: ¿qué importa? todos se precipitan en él.

Las sociedades de conferencias públicas, por otra parte tan dignas de ser alentadas, aumentan de una manera continua.

En fin, nuestras costumbres democráticas han tenido por resultado la producción de una cantidad considerable de personajes que se ven en la necesidad de hablar ante sus conciudadanos reunidos. No hay alcalde que no esté obligado á arengar en su consejo municipal; no hay individuo revestido de funciones públicas, por escasa importancia que ellas tengan, que no se crea en el deber de pronunciar su oracioncilla en un día de comicio agrícola. ¡Pero qué digo! ¿Esta necesidad de la palabra pública no persigue hasta á los hombres más modestos, en el seno de la vida privada? ¿Quién de nosotros no está expuesto á esta fatalidad inclu-

dible del « brindis », aun cuando sólo sea en un banquete de camaradas de colegio?

Así pues, queda convenido que todo el mundo es orador. ¡Orador, el obrero que, en una reunión pública, toma la palabra para censurar á su mandatario infiel! ¡Orador, el desgraciado presidente de una sociedad cualquiera que, en los postres de la comida corporativa, recita la penosa « improvisación » en cuyo exordio jura, por lo que hay de más sagrado, que no había previsto tener que tomar la palabra!

Lo que, de una manera general, forma el vínculo común de todas estas gentes, desde el abogado hasta el politicastro, es que parece que se imaginan que el discurso público no es susceptible de ningún arte especial, que es una cosa que puede eximirse de procedimientos, ó que, á lo menos (hablo aquí de los más ilustrados), una cultura un poco desarrollada constituye, para el arte de la palabra, una preparación suficiente.

Sobre esto, y desde épocas remotas, se han forjado sentencias. Boileau hizo circular sin duda la más célebre :

Lo que se concibe bien se enuncia claramente.

Reflexión que, entre paréntesis, es de una completa falsedad.

Lo que es menos sabido es que el mismo Quin-

tiliano, el supremo retórico, después de haber consagrado doce interminables libros á desarrollar todas las reglas necesarias para la formación de un orador, acababa por emitir esta confesión algo ingenua :

« El buen método, decía dirigiéndose á su público de jóvenes abogados, consiste en estudiar bien la causa y en conocer detalladamente todo lo que á ella concierne. »

Perogrullo habría confirmado con seguridad esta conclusión del más grande de los retóricos conocidos.

En nuestros días, el ilustre Liouville no ha estado al abrigo de esta incertidumbre de método en lo que al arte oratorio se refiere, puesto que, en un excelente libro (1) que contiene, por lo demás, lo que se ha escrito de más claro sobre la materia, ha insertado este aforismo :

« En verdad, el mejor método es el que mejor ayuda á litigar bien á quien lo emplea. »

Semejante lenguaje, revestido de cierta bondadosa naturalidad y viniendo de tan alto, ha sido, estoy convencido de ello, la causa de que muchos jóvenes oradores hayan buscado por largo tiempo

(1) *Abrégé des règles de la profession d'avocat*, pág. 188. Liouville et Mollot.

y con grandes dificultades los procedimientos más propicios para cultivar su talento.

Hay algo de verdad, sin duda, en la máxima de Liouville, si se la quiere interpretar en el sentido de que cada uno debe desarrollar su temperamento particular. Pero, de esto, á decir que un joven que se destina á hablar puede, al azar, emplear los procedimientos que encuentre á la mano y que llegará pronto á perfeccionarse por la sola rutina, hay un abismo.

Lo que precisamente me ha impulsado á escribir este libro, es la convicción que tengo de que entre todos los procedimientos aconsejados á los principiantes desde el *De Oratore*, para no remontar más lejos, existen algunos que son preferibles á otros, que se adaptan mejor á la constitución nerviosa del orador, que conducen más directamente al objeto y que son más conformes á las conclusiones fisiológicas y psicológicas de la ciencia actual.

No tengo la pretensión de creer que hago al mundo una revelación. Me conformo simplemente con afirmar que la lectura de este opúsculo podrá tener alguna utilidad para los laboriosos que saben que el esfuerzo incesante es la condición de todo progreso del espíritu.

El plan de esta obra es de los más sencillos :

En una primera parte examinaré lo que es la palabra ordinaria, conforme á la nueva psicología experimental. Me esforzaré en demostrar de qué manera se forma en el organismo, cuál es su mecanismo y cómo llega á proporcionar al hombre los elementos más esenciales de su intelecto.

En una segunda parte trataré la cuestión tan importante de la palabra interior considerada como preparación á la palabra exterior.

En una tercera parte examinaré las relaciones de la palabra con *las memorias*.

En una cuarta parte abordaré el estudio de los métodos racionales que deben guiar el *aprendizaje del oficio de orador público*.

Por último, practicando la psicología experimental, estudiaré en oradores conocidos y según los resultados de indagaciones personales, los procedimientos más acreditados de preparación oratoria.



UNA PALABRA DEL TRADUCTOR

Todos los que han leído el estudio de M. Maurice Ajam, *La Parole en Public*, están de acuerdo en calificarlo de excelente.

La crítica científica lo consideró, desde sus primeras ediciones rápidamente agotadas, de positiva utilidad para los jóvenes estudiantes que se dedican á la oratoria.

Es, en efecto, un libro que *enseña*. Y enseña, porque es un libro de ciencia y de método. Además, está al alcance de todas las inteligencias por la claridad de su lenguaje y por la sencillez de su exposición.

M. Ajam ha pedido luz á la ciencia, y la ciencia se la ha dado pródigamente. Su libro es la condenación definitiva de los viejos sistemas de re-

tórica, que con sus declamaciones metafísicas han pervertido el gusto literario orientándolo hacia lo ampuloso. Aborda los problemas de la fisiología y de la psicología que se relacionan con la expresión oral, y de las conclusiones firmes de esas ciencias infiere su método de enseñanza. Pero nos hace penetrar á la ciencia con tal tino, con tal medida, alumbrándonos con tal claridad el camino, que todo nos parece fácil, llano, preciso, nítido.

El principal mérito, á mi juicio, de la obra de M. Ajam, consiste en haber demostrado que se puede aprender á *improvisar*. La oratoria es la *improvisación*. Demuestra plenamente que el método *gráfico*, que consiste en preparar por escrito el discurso y confiarlo luego á la memoria, es absurdo. El arte oral es *distinto, completamente distinto*, del arte escrito. Se oponen científicamente. De aquí que sea preciso abandonar los antiguos sistemas de enseñanza que sólo tienden á desarrollar la memoria visual, la que menos necesita el orador, y procurar, en cambio, la educación de la memoria motriz, sin la cual no puede formarse un orador.

El libro de M. Ajam es, desde este punto de vista, un guía inmejorable para el maestro y un precioso consejero para el alumno. Claro es que

los que no tengan facultades no llegarán á ser oradores; pero sí podrán conseguir expresar con orden y claridad sus ideas. Claro es igualmente que los que tengan dotes naturales podrán alcanzar las grandes alturas de la elocuencia sin necesidad de reglas ni de enseñanza; pero, salvo la excepción del genio, el libro de M. Ajam ahorrará trabajo y encauzará excelentemente las facultades de los que se revelen oradores desde la juventud.

Me he permitido hacer una modificación en el plan de la obra, pero respetando cuidadosamente su pensamiento y su índole. He agrupado, en una primera parte, todos los capítulos de doctrina, incluyendo en ella los que se refieren á la *psicología de los auditorios*, que ocupan el último lugar en el texto original; y en una segunda parte he colocado la *ejemplificación*, es decir, los estudios sobre procedimientos oratorios. Además, como en el original sólo trató M. Ajam del sistema usado por oradores franceses, he incluido algunas notas relativas á oradores ingleses, italianos, españoles y mexicanos.

Creo, pues, que el libro cuya traducción ofrezco al público, es de innegable utilidad, especialmente para la juventud de las escuelas.

Mucho se ha escrito contra el parlamenta-

rismo, exagerando exageraciones de Spencer. La *elocuencia*, la expresión oral del pensamiento, es fruto de la democracia; y, lejos de amenguarse, adquirirá todo su esplendor en la era de la justicia social. Se transformará, como se ha transformado: es todo. Entre nosotros, por razones que no es del caso exponer aquí, no existe desde hace años la tribuna parlamentaria; sólo nos queda, aunque con pocas libertades, la tribuna judicial. Pero tarde ó temprano, la vida política del país renacerá en el Verbo del progreso.

México, 1905.

JESÚS URUETA.

LA PALABRA EN PÚBLICO

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO PRIMERO

Fisio-psicología de la Palabra.

Sumario: Definición fisiológica de la palabra. — Almacenamiento de palabras. — El sistema nervioso y la palabra. — El esquema de CHARCOT. — Preponderancia del sentido auditivo. — Oír es hablar. — LAURA BRIDGEMANN. — DE BONALD de acuerdo con KUSSMAUL. — M. STRICKER y M. ALFRED BINET. — El capital verbal. — Las localizaciones de los centros del lenguaje. — El centro de Broca.

I

¿Qué es la palabra?

Los literatos se han complacido en multiplicar las definiciones del lenguaje, y á este respecto sólo tenemos la dificultad de la elección. En el género pomposo la palabra se convierte en el « signo dis-

rismo, exagerando exageraciones de Spencer. La *elocuencia*, la expresión oral del pensamiento, es fruto de la democracia; y, lejos de amenguarse, adquirirá todo su esplendor en la era de la justicia social. Se transformará, como se ha transformado: es todo. Entre nosotros, por razones que no es del caso exponer aquí, no existe desde hace años la tribuna parlamentaria; sólo nos queda, aunque con pocas libertades, la tribuna judicial. Pero tarde ó temprano, la vida política del país renacerá en el Verbo del progreso.

México, 1905.

JESÚS URUETA.

LA PALABRA EN PÚBLICO

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO PRIMERO

Fisio-psicología de la Palabra.

Sumario: Definición fisiológica de la palabra. — Almacenamiento de palabras. — El sistema nervioso y la palabra. — El esquema de CHARCOT. — Preponderancia del sentido auditivo. — Oír es hablar. — LAURA BRIDGEMANN. — DE BONALD de acuerdo con KUSSMAUL. — M. STRICKER y M. ALFRED BINET. — El capital verbal. — Las localizaciones de los centros del lenguaje. — El centro de Broca.

I

¿Qué es la palabra?

Los literatos se han complacido en multiplicar las definiciones del lenguaje, y á este respecto sólo tenemos la dificultad de la elección. En el género pomposo la palabra se convierte en el « signo dis-

tintivo » ó en el « atributo sagrado » de la especie humana. En estilo humorístico se hace constar que ha sido dada al hombre para disfrazar su pensamiento.

La definición fisiológica es preferible; es más clara y no puede dar margen á ninguna crítica. La palabra es la emisión de sonidos con auxilio de una corriente de aire que el hombre espira por el aparato laringo-bucal (1).

De este dato debemos partir para no extraviarnos en el error. Tanto peor si esta manera de ver contraría á los metafísicos: la verdadera ciencia es la que se apoya en nociones positivas. Esta sencilla definición tiene el mérito, además, de concordar singularmente con la única teoría relativa al origen del lenguaje que ha logrado hoy día conquistar á los espíritus serios, la que fué enunciada, por vez primera, por el ilustre presidente de *Brosses*, renovada por *Darwin* y que consiste en pretender que el grito emocional, la interjección, fué la fuente del lenguaje en la animalidad.

No me detendré en discutir de nuevo esta doctrina, que tiene no obstante su importancia en una obra como la presente. Consulten mis lectores los estudios especiales, principalmente el del profesor

(1) V. DE MEYER, profesor de Anatomía en la Universidad de Zurich, *Les Organes de la parole*. Alcan, ed. (Introducción).

Kussmaul, que sin disputa es uno de los más documentados (1).

El único punto en que me creo obligado á insistir, reclamando la benévola atención de los que quieran sacar algún fruto de ese trabajo, es la cuestión de la adquisición del lenguaje por el niño. Si no quedan muchas cosas nuevas que decir sobre el particular, después de las notables observaciones de *Taine* y de *Pérez*, es sin embargo bueno resumir las ideas que tienen algún crédito.

Parece evidente que el niño aprende á hablar por una especie de *repercusión mecánica*. Me explico por medio de un ejemplo.

Una de las primeras expresiones del lenguaje de que el niño tiene necesidad de servirse es seguramente la que traduce para él la sensación de tener hambre. Los padres ó la nodriza tienen una tendencia natural á representar esta idea por una sílaba imitativa del movimiento de la boca que se prepara á tragar, el sonido « ¡mam! »

El niño oye esta sílaba « ¡mam! » y ese sonido, muchas veces repetido, va á almacenarse en un rincón de su pequeño cerebro. Pero no va á almacenarse á semejanza de un objeto que se guarda en una caja fuerte (perdóneseme esta expresión destinada á hacer comprender claramente mi pensamiento). La sílaba indicada va á almacenarse, se-

(1) AD. KUSSMAUL, *Les Troubles de la parole*, trad. Rueff, páginas 6 y siguientes. Bailliére, ed.

gún la bella y enérgica expresión de un autor, *en el estado de tensión*. No reposará tranquilamente en la cabecita del niño, no, ¡necesita salir de ella! Necesita expresarse, exteriorizarse, con el auxilio de la corriente de aire de que antes hablaba. Parece que esa sílaba está dotada de vida.

En la lengua psicológica actual, el sonido «mam», así catalogado en el cerebro, se convierte en una *imagen representativa del sonido*, en una *imagen auditiva*. No me agrada mucho esta palabra *imagen*, que da al espíritu la idea de una adquisición exclusiva del sentido visual; pero es necesario aceptarla porque ha sido afortunada.

Que las imágenes auditivas adquiridas por la oreja del niño sean registradas como letras escritas en hilera por un aparato telegráfico, ó amontonadas como hojas de papel que se depositan en rimero; que se conserven fosforescentes en el cerebro, como pretende el Dr. *Luy*s (1), ó que provoquen, como lo enseña *M. Ribot* (2), cambios dinámicos en las celdillas nerviosas, lo que considero bien comprobado es que se impregnan en lo que se llama «el espíritu» con una tendencia propia á la revivificación.

El niño no habla sino porque es un maravilloso fonógrafo que devuelve los sonidos que se le confían, sin que ni siquiera sea necesario oprimir un

(1) Dr. *Luy*s, *Le Cerveau*. Alcan, ed.

(2) *RIBOT*, *Les Maladies de la mémoire*, 1 vol. Alcan, ed.

resorte. Así se explica la logorrea de la infancia. He aquí por qué el niño gorjea perpetuamente. Ya pueden los metafísicos recrearse y exclamar que la Naturaleza ha colocado al niño en la necesidad de hablar á tontas y á locas, porque es preciso que se haga la educación de su mecanismo verbal, cueste lo que cueste, y rápidamente. Esta locuacidad es un hecho.

Ahondemos más esta psicología, un poco vulgar, lo reconozco, pero que no tengo intención de ofrecer como pasto á los refinados del « estudio del yo. »

II

No basta haber asentado el principio de que la imagen auditiva tiende naturalmente á expresarse, á exteriorizarse, para que sea permitido considerar resuelto el problema del lenguaje. Si la nueva psicología, la psicología experimental, no hubiera hecho sino este descubrimiento, sólo habría obtenido un resultado muy mediano.

Se trata ahora de mostrar el mecanismo de la *ideación*. ¿De qué manera el niño, una vez que ha adquirido la palabra, va á servirse de ella útilmente?

Me esforzaré en condensar aquí, con la mayor claridad posible, la admirable exposición que el

profesor *M. Gilbert Ballet*, siguiendo á su maestro *Charcot*, ha hecho del trabajo de *idear*, en su bello libro sobre « *le Langage intérieur* » (1).

Muy sabido es hoy que todas las sensaciones del mundo exterior, las que llegan á la periferia de nuestro organismo, son llevadas á nuestro cerebro por un sistema de fibras nerviosas bastante análogas en su funcionamiento, si no en su estructura, á los hilos de un cable telefónico.

De igual modo, las órdenes que nuestro cerebro da á cada instante á nuestros músculos y á nuestros miembros, son llevadas por otras fibras nerviosas que no se confunden con las precedentes y que ponen en relación el centro cerebral con la periferia.

Las fibras de las sensaciones toman naturalmente el nombre de fibras centripetas ó *aferentes*, puesto que se dirigen al centro. Son las fibras *sensitivas*.

Las fibras de los movimientos toman el nombre de fibras centrifugas ó *eferentes*, puesto que se alejan del centro. Son las fibras *motrices* (2).

(1) G. BALLEET. *Le Langage intérieur*. Thèse d'agrégation, 1 vol. — Alcan, ed.

(2) V. HERBERT SPENCER, *Principes de psychologie*, tome I, p. 27 y siguientes. Alcan, ed. — Mucho aconsejo, á este respecto, la lectura de una obra escrita especialmente para uso de las gentes de mundo, por el doctor LÉO WARNOTS, profesor en la Universidad de Bruselas (París, George Carré, ed., 1 vol., 1889). He tomado como base los datos fisiológicos de

Tomemos ahora como ejemplo el trayecto de un sonido á lo largo de las fibras nerviosas. Este sonido hiere la oreja. Sea el sonido de una campana. Traduzcámoslo por « ¡ding! »

Ese sonido penetra en A, en el pabellón de la oreja. Impresiona en seguida las fibras nerviosas que están encargadas de conducirlo á un centro cerebral especial, que los autores llaman *el centro de receptividad de las imágenes auditivas* (B). (Véase la figura 1, página 17).

De ese centro de receptividad, el sonido, transformado en imagen, no pasa inmediatamente á la periferia por medio de las fibras motrices. Se va,

este excelente libro. Con este motivo debo hacer observar que, si recientes descubrimientos sobre el sistema nervioso pueden hacer desconfiar al lector de estas expresiones *demandado sencillas* « centro nervioso, fibras centrifugas, fibras centripetas », no existen, al menos que yo sepa, otras más propias para hacer comprender á los no iniciados la estructura del aparato sensitivo-motor.

Nota de la 3.ª edición. — En estos momentos, los descubrimientos operados por Don Ramón y Cajal sobre la estructura de las celdillas nerviosas no son ya objetados. No hay propiamente hablando redes nerviosas. Cada celdilla tiene sus prolongaciones en forma de raicillas que van á comunicar por el tacto con las raicillas de las celdillas próximas. El fluido vital se trasmite de una raíz á la otra á semejanza de la electricidad en los elementos de una pila. Los elementos de las celdillas se contraen ó se dilatan. Se admite generalmente que la dilatación produce en el organismo una recrudescencia de energía y que la contracción determina el sueño. — En resumen, esta nueva teoría no modifica las hipótesis de Charcot.

con el auxilio de fibras especiales, de fibras de enlace, de fibras *comisurantes*, á otro centro que está en relación directa con las fibras motrices, y las manda. Es el *centro motor de articulación* (D).

En este taller es donde el sonido va á adquirir propiedades motrices. Allí se pondrá en comunicación con las fibras que van del centro á la periferia, y de allí será enviado á los músculos de la laringe, de la faringe, de la lengua (1).

Peró la adquisición por el niño de la imagen « ding », por bien almacenada que esté en las cellillas del centro receptor, no es todavía para él de una importancia extrema. Después de todo, allí no es sino un *sonido* apenas diferenciado de los mil ruidos exteriores.

La diferenciación no se hará, para él, de una manera más completa hasta el día en que haya oído la *palabra* « campana ».

Este otro sonido viene, á su vez, á registrarse en otra porción del cerebro, próxima al centro auditivo común y que se llama el *centro especial de las imágenes verbales*. Sólo comprende las palabras y nada más que las palabras (C).

Estos dos centros que están estrechamente uni-

(1) En un trabajo reciente, MM. Raymond y Artaud han establecido que el origen de la hipoglosis está en el pie de la circunvolución frontal ascendente (centro de los movimientos de los músculos de la lengua). (BRISAUD, *Maladies de l'Encéphale*, en *Traité de Médecine* Charcot-Bouchard, p. 13, t. V.)

dos entre sí por fibras nerviosas, están también en correspondencia con la región cerebral en donde van á asociarse las imágenes de los diferentes centros, es decir, con el *centro de ideación* (I).

Es allí donde el sonido « ding » va á hacer conocimiento íntimo con la palabra « campana », allí es donde van á unirse indisolublemente, de tal suerte que uno de ellos no podrá ser evocado sin el otro.

Desde este momento ya no es imposible comprender cómo, en el cerebro del niño, va á formarse definitivamente la *idea de campana*.

Ya el sentido del oído le ha llevado, por el procedimiento que acabamos de analizar, dos nociones : 1.^a la noción del ruido de la campana : « ding » ; 2.^a la noción de la palabra que representa para el espíritu la idea de campana : « campana ».

El sentido de la vista le llevará por un procedimiento idéntico : 1.^o la noción de la forma de la campana ; 2.^o la noción de la palabra escrita « campana », signo representativo, visual de la idea de campana. (Véase la parte derecha de la figura 1).

El sentido del tacto le llevará la sensación del metal. ®

No hay, en fin, un solo sentido que no sea susceptible de llevar al cerebro su contribución para el conocimiento de un objeto.

El centro señalado antes, al que Charcot ha dado tan justamente el nombre de centro de idea-

ción, es pues aquel en que se reúnen y se combinan todas las imágenes de un mismo objeto llevadas por las fibras centrípetas. Es la encrucijada á la que convergen todas nuestras sensaciones, y es allí en donde, por su reunión, nace *la Idea*, resultante de todas las contribuciones combinadas de los diferentes sentidos.

El esquema que doy aquí para ilustrar esta descripción del mecanismo cerebral es una reproducción *casi* exacta del esquema de que se sirvió Charcot en sus lecciones de la Salpêtrière.

Por medio de él nos hemos esforzado, tanto cuanto es posible, á hacer más evidente todavía esta descomposición tan clara de la palabra en cuatro imágenes: *auditiva, visual, motriz de articulación y motriz gráfica*.

Basta examinar esta figura para ver que tan sólo dos *sentidos* pueden interesar al lenguaje, el oído en primer lugar, y en segundo término la vista. De una manera genérica, *las palabras oídas y las palabras vistas* son centralizadas en el cerebro por dos mecanismos análogos, y expresadas, exteriorizadas, por procedimientos semejantes.

De suerte que, la « *marcha* » ordinaria de una *palabra oída* á lo largo de las fibras nerviosas, será A. C. I. D. E.; el « *proceso* » de una *palabra leída* será a. c. I. d. e. (figura 1).

Debo añadir que se trata del proceso completo, *con conciencia*.

Pero el proceso puede ser menos completo. Puede suceder que deje aparte el centro ideógeno I. Tenemos desde entonces las vías acortadas A. C. D. E. y a. c. d. e. que, como lo dice muy bien Küssmaul, sirven al lenguaje de imitación de los niños ó de los pericos ó á movimientos gráficos inconscientes. Cuando el centro I no interviene, no hay conocimiento (1).

III

Podemos pues, desde ahora, sorprender en lo vivo el mecanismo de la palabra. Es una serie de actos que se descompone en cuatro fases: *audición ó visión, recepción, coordinación, expresión*.

Es un hecho muy conocido que el niño no adquiere la palabra sino de una manera extraordinariamente penosa. Está obligado á hacer largos esfuerzos antes de llegar á pronunciar aun imperfectamente la palabra que ha oído. Necesita, en los comienzos, hacer intervenir de una manera constante su atención y su voluntad.

Después, á la larga, la palabra que primitivamente era un acto voluntario, se convierte en un

(1) « Cuando una excitación no recorre sino el hilo sensitivo para ser inmediatamente reflejada sobre el hilo motor... no es percibida. » DEBIERRE, *La Moelle épinière et l'Encéphale*, pág. 397. Alcan, ed.

verdadero reflejo. Se convierte en lo que se ha llamado con justicia un *movimiento automático secundario*, por oposición á los movimientos automáticos primitivos ó actos instintivos (1).

« El ejercicio produce dos grandes resultados. No sólo enseña á elegir convenientemente los músculos que nos conducirán al objeto, sino que al despilfarro inicial y desordenado de nuestras fuerzas sustituye un empleo económico é intencional de las energías motrices. La agitación del niño que hace esfuerzos se transforma poco á poco en aprehensión, en marcha; el castañeteo, el silbo, la balbucencia, se convierten en palabras articuladas (2). »

Lo que importa retener de estas consideraciones generales es la importancia enorme del sentido del oído en lo que se refiere al funcionamiento del lenguaje hablado. Es necesario evidenciar este punto, que, sin el oído, no existe inteligencia normalmente constituida. El primero y el más importante bagaje intelectual está compuesto de sonidos, de imágenes acústicas, y esos sonidos, recogidos en los centros nerviosos, llegan á ser los gérmenes de las palabras con que se expresan las ideas. Fisiológicamente, oír es hablar.

(1) Se encontrarán en el capítulo III algunas nociones sobre la distinción de los movimientos en *primitivos* y *secundarios*. Esta distinción fué establecida, al parecer por primera vez, por el sabio inglés Hartley.

(2) KUSSMAUL, *op. cit.*, p. 41.

Esta verdad no se ha ocultado, desde hace ya bastante tiempo, á los filósofos de la escuela empírica, quienes demuestran superabundantemente que no existe en el espíritu nada que no le sea proporcionado por los sentidos. Lo que no ha sido claramente expuesto sino por pocos, es la preponderancia absoluta del sentido auditivo.

Los ejemplos de sordo-mudos que, excepcionalmente, poseen cierta agudeza de espíritu, no son suficientes para probar el valor primordial del sentido visual, del mismo modo que el ejemplo tan trillado de la célebre ciega sordo-muda Laura Bridgemann no prueba la superioridad del sentido del tacto (1). Si el tacto, desde el punto de vista evolucionista, ha sido el único sentido primitivo, es necesario confesar que sus especializaciones han llegado á ser mucho más importantes que él en la vida de los organismos.

No hay un solo observador que, en tesis general, no reconozca la alta superioridad intelectual y moral de los ciegos comparados con los sordo-mudos. La inferioridad cerebral de los sordo-mudos es de tal manera evidente que algunos pena-

(1) LAURA BRIDGEMANN (de Boston, Estados Unidos), que á la edad de dos años *cegó y ensordeció*, sólo poseía el sentido del tacto; su sentido del olfato estaba trastornado y carecía por completo del sentido del gusto; á pesar de esto alcanzó un alto grado de cultura intelectual, pudo concebir ideas abstractas, y más tarde llegó á ser institutriz. (V. KUSSMAUL, *op. cit.*, pág. 22.)

listas se preguntan todavía si la responsabilidad criminal de esos seres incompletos no debe ser declarada inexistente. Se logra hacerlos hablar, es cierto. Pero preciso es acordarse del papel enorme que representa, en los seres, la memoria de la especie. No es el sordo-mudo quien habla, es el vástago de una generación que ha hablado. Sólo en este sentido la filosofía actual permite comprender las ideas innatas.

El mismo de Bonald ha dicho en alguna ocasión que el oído era el verdadero sentido de la inteligencia. Decía una verdad, intuitivamente. Á consecuencia de una multitud de experiencias, el profesor Kussmaul, vacilando primero respecto del papel exacto del sentido auditivo, se ha visto forzado, por decirlo así, á retractarse de un error pasado y á proclamar esto : « El oído es el único sentido que conduce al hombre á la imitación de la palabra vocal. ¿ Falta el oído ? La vista no basta para mover á los mudos á la habla, imitando la mímica de los sonidos (1). »

M. Stricker, muchos años después, se veía inducido á confirmar esta doctrina admitiendo que, en el estado normal, la imagen auditiva se conecta con una representación oral motriz (2). Citaba, además, una observación de Gude, á saber, que en

(1) *Op. cit.*, p. 68.

(2) STRICKER, profesor en la Universidad de Viena. *Le Langage et la Musique*, p. 73. Alcan, ed.

una escuela de sordo-mudos ni uno solo de los alumnos había podido aprender un sonido por la vista sola, y concluía que « las imágenes acústicas verbales por sí mismas provocan los sonidos articulados » (1).

De manera que la imitación mecánica de los sonidos es la primera condición del desenvolvimiento del lenguaje y de la inteligencia general en el niño. Oye todo y lo repite todo. Añado que tiene una tendencia á repetirlo todo copiando del modo más exacto la entonación de las palabras que llegan á sus oídos (2). Todos hemos podido observar hechos de este género en los adultos.

M. Alfred Binet, en el laboratorio de psicología experimental de la Sorbona, ha demostrado que esta tendencia á la repetición perfecta podía verificarse aun entre estos últimos (3).

Ha establecido, por una serie de experiencias, que cuando una palabra es repetida inmediatamente después de haber sido oída, el que la repite tiene una tendencia á reproducir el sonido con la acentuación y las pausas con que lo pronunció el experimentador. ¿ No hemos observado y comprobado

(1) *Ibid.*, p. 118.

(2) Esta verdad no es nueva. Al hablar de la educación del orador, Quintiliano llegaba hasta recomendar que se dieran á los niños nodrizas de lenguaje puro. *Ne sit vitiosus sermo nutricibus*.

(3) *Revue philosophique*, junio 1894.

que en provincia el Parisiense acaba por adoptar el acento del terruño?

La principal educación del niño es, pues, la educación oral. Es á la vez la más natural y la más lógica. Me expondría á las protestas de los pedagogos que preconizan, por encima de todo, la enseñanza visual para la primera infancia, si no concediese á la vista, como la concedo también al tacto, una parte notable en el desarrollo inicial del conocimiento. Pero el papel de los otros sentidos, en virtud de las leyes mismas asentadas por la más reciente psicología, no es sino accesorio. Hay aquí un nuevo camino para la pedagogía, y no me causaría asombro ver próximamente que fuera seguido con decisión por los espíritus emprendedores.

Termino diciendo que el bagaje de las palabras *oídas* primero, de las palabras *leídas* después, es necesario para que el pensamiento se produzca en el hombre de una manera completa. Sin duda, se puede concebir que la idea exista sin las palabras, puesto que Laura Bridgemann podía pensar con imágenes táctiles y muchos grandes escritores piensan de preferencia con imágenes visuales no verbales. Pero, sin las palabras, sustitutos de las imágenes, no hay, normalmente, cerebro *pensante* (1). Hablar es no solamente hacerse com-

(1) Car le mot, qu'on le sache, est un être vivant.

Crée, par qui? Forgé, par qui? Jailli de l'ombre;

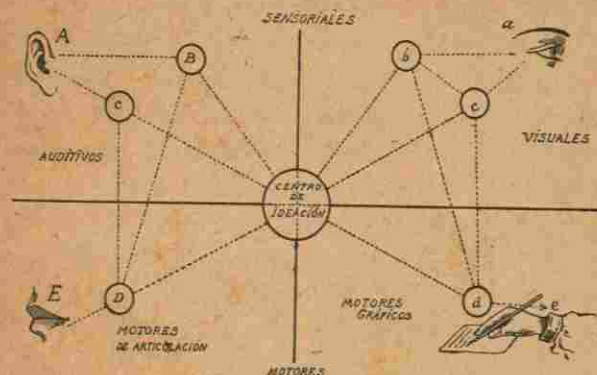


Figura 1.

- B. — Centro de recepción de las imágenes auditivas (sonidos).
- C. — Centro de recepción de las imágenes verbales (palabras oídas).
- D. — Centro de conservación de las imágenes motrices verbales; centro motor de articulación; taller de Kussmaul.
- b. — Centro de recepción de las imágenes visuales.
- c. — Centro de recepción de las imágenes verbo-visuales (palabras escritas).
- d. — Centro motor gráfico. Centro de conservación de las imágenes que gobiernan los movimientos gráficos.
- I. — Centro de ideación ó ideógeno; lugar de asociación de las imágenes que provienen de los diferentes sentidos; encrucijada de Charcot.
- A... B; A... C; a... b; a... c. — Esquema del trayecto de las fibras sensitivas ó centrípetas, aferentes á los centros cerebrales.
- C... D; C... I; B... C; a... d; c... I; b... c; etc. — Esquema de las fibras de unión (comisurantes) entre los diferentes centros cerebrales.
- D... E; d... e. — Esquema del trayecto de las fibras motrices ó centrifugas, que van de los centros cerebrales á la periferia del organismo.
- A. C. D. E.; a. c. d. e. — Esquema del trayecto de un movimiento nervioso inconsciente.
- C. A. I. D. E.; a. c. I. d. e. — Esquema del trayecto de un movimiento consciente.

prender de los demás, es también comprenderse uno mismo. No insistiré nunca lo bastante en esta última consideración.

En efecto, una vez que el niño haya desarrollado casi completamente sus « facultades » verbales, cuando la palabra se convierta para él en verdadero reflejo, y gracias al concurso de todos los centros sensoriales y motores del cerebro, bien armonizados, bien coordinados, haya dado fin á lo que Kussmaul llamaba el despilfarro inicial de las palabras, ¿qué cosa hará con los tesoros adquiridos, cómo los empleará?

¿Poniéndose en comunicación con los demás? Seguramente que sí, pero también y sobre todo *poniéndose en comunicación consigo mismo*.

Pensar es hablar interiormente. La cuestión del lenguaje interior es de tal manera importante en un tratado de este género, que me veo obligado á consagrarle un capítulo especial.

Montant et descendant dans notre tête sombre;
Trouvant toujours le sens comme l'eau le niveau;
Formule des lueurs flottantes du cerveau.
Oui, vous tous, comprenez que les mots sont des choses!
.....
Les mots heurtent le front comme l'eau le récif:
Ils fourmillent, ouvrant dans notre esprit pensif
Des griffes ou des mains; et quelques-uns des ailes;
Comme en un être noir errent des étincelles,
Rêveurs, tristes, joyeux, amers, sinistres, doux,
Sombre peuple, les mots vont et viennent en nous;
Les mots sont les passants mystérieux de l'âme.

(VICTOR HUGO. *Contemplations*.)

Apéndice sobre la localización de los centros del lenguaje.

El esquema (*figura 1*) representado antes da una idea bastante clara de las divisiones de la palabra en el espíritu. Tiene, sin embargo, el defecto de todos los croquis, no es un trasunto fiel de la verdad. Para tratar de aproximarnos más á la realidad, reproduzco aquí un esquema menos ideal en el cual procuro localizar, de acuerdo con los trabajos más recientes, los diversos centros nerviosos del lenguaje.

Me he inspirado en los estudios de los profesores Charcot, Kussmaul, Warnots, Debierre y Brissaud.

Se sabe que las localizaciones cerebrales son cada vez menos objetadas.

Después de haber despreciado las teorías del célebre Gall, la ciencia moderna está obligada á saludarle como uno de sus más gloriosos precursores. Bouillaud, Marc Dax y sobre todo Broca, han determinado, con irrefutables experiencias, que el centro del lenguaje hablado se encuentra en el pie de la *tercera circunvolución frontal izquierda*. Es lo que ahora se llama el *centro motor de articulación* (D, *figura 1* — MA, *figura 2*).

Después se ha localizado el *centro auditivo verbal* (C, *figura 1*) ó centro de receptividad de las

imágenes auditivas verbales en la primera circunvolución temporal izquierda (AV, figura 2).

En fin, Charcot y su escuela han localizado el centro visual verbal (C, figura 1) en la segunda

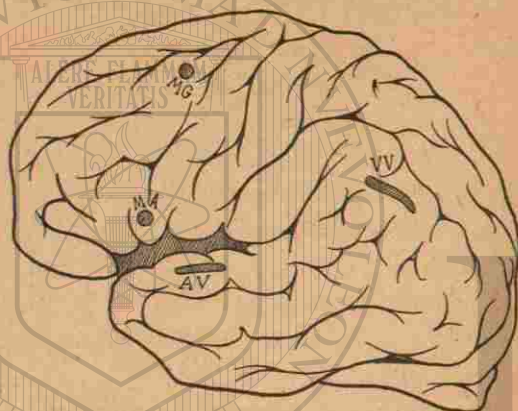


Figura 2.

A V. — Centro auditivo verbal (parte mayor de la primera circunvolución temporal izquierda), centro C de la figura 1.

V V. — Centro visual verbal (parte posterior e inferior de la segunda parietal izquierda), centro c de la figura 1.

MA. — Centro motor de articulación (centro de Broca), pie de la tercera frontal izquierda. Centro D de la figura 1.

M G. — Centro motor gráfico (pie de la segunda frontal izquierda). Centro d de la figura 1.

circunvolución parietal izquierda (V, V, figura 2) y el centro motor gráfico (d, figura 1) en el pie de la segunda circunvolución frontal izquierda (M, G, figura 2).

No quiero entrar aquí en la historia de todas las

discusiones patológicas y fisiológicas que han precedido y establecido esas localizaciones cerebrales. No me he propuesto tratar esta materia. Ha sido desarrollada por Kussmaul (*op. cit.*, p. 172), por el profesor Warnots (*op. cit.*, p. 121 y siguientes), y, en fin, de una manera notablemente clara por el Dr. Paul Blocq (*De l'aphasie*, 1893).

Me contento con enviar á los que deseen penetrar al fondo de esas interesantes cuestiones á las obras que acabo de citar. En ellas encontrarán placer y provecho intelectuales.

CAPÍTULO II

El lenguaje interior y sus relaciones con la palabra externa.

Sumario : *La palabra interior* : M. EGGER. — *Historia de la cuestión*. — *Los auditivos*. — M. CARO y *el visualismo*. — M. STRICKER y *los motores*. — *La teoría de CHARGOT*. — *La parte sensorial y la parte motriz*. — *Opinión de los doctores BALLEZ y SAINT-PAUL*. — *El auditivo-motor-verbal*. — *El motor oral es un orador-nato*. — NUMA ROUMESTAN. — *El auditivismo, el visualismo y el temperamento oratorio*.

I

La nueva psicología, siguiendo á Augusto Comte y á su escuela, ha proscrito el método de introspección. De esto han deducido los espíritus superficiales que la doctrina positiva había suprimido la psicología y que dejaba en el olvido el mundo de la conciencia. Es un error. La filosofía comtista se limita á protestar contra el error de Víctor Cousin y sus discípulos. Declara que el método de la obser-

vación interna no puede, *por sí sola*, fundar la psicología. Hoy día los especialistas admiten que, si el espíritu puede observar las pasiones, no puede sino difícilmente observar los fenómenos intelectuales, puesto que el órgano observado forma una unidad con el órgano observador (1). Esto es lo que explica las increíbles divergencias de los metafísicos del estudio del «yo». La antigua psicología estaba condenada á la impotencia. No por esto dejará de reconocerse que algunos análisis interiores de los escritores de la vieja escuela son verdaderas obras maestras que nos proporcionan, gracias al método comparativo, serios elementos de ciencia psíquica.

Históricamente, aparece que la importante cuestión del lenguaje interno, que ha agitado tanto la psicología, fué planteada precisamente por un filósofo en quien dominaban de una manera sistemática las consideraciones espiritualistas, M. Victor Egger (2). No existe, ó si existe lo ignoro, obra especial que refiera los orígenes de esta curiosa fase de la evolución psicológica. Voy á procurar presentar su cuadro fiel.

Hace ya mucho tiempo que la importancia de la *palabra* en el pensamiento humano fué puesta de

(1) Comparad LEVY-BRUHL, *La Philosophie d'Auguste Comte*, 1 vol. 1902. Alcan, ed.

(2) V. EGGER, *La Parole intérieure*, 1 vol. Alcan, ed., 1891. Egger declara que rechaza enérgicamente el método experimental en psicología.

relieve. Si algunos pensadores habían calificado las palabras de miserables fichas, otros, por el contrario, las habían bautizado « la moneda de todas las relaciones intelectuales ». En el fondo de las cosas, efectivamente, la palabra representa la quinta esencia de las adquisiciones sucesivas de la humanidad. Según la expresión de Kussmaul el pensamiento no puede adquirir su claridad plena y toda su precisión antes de que haya encontrado en una palabra su expresión exacta.

Así pues, si es imposible llegar hasta el extremo de pretender que no se puede pensar sin el auxilio de las palabras, es sin embargo preciso hacer constar que, en su momento de evolución actual, la especie humana piensa *con la palabra*.

El pensamiento no existe verdaderamente sino en el instante en que el hombre ha adquirido los materiales que le permiten hacerse escuchar por sí mismo. Á partir del día en que el vocabulario mental fué creado, todo cerebro humano se convirtió en una inmensa fábrica en la cual casi nunca hay reposo. Las celdillas que han almacenado las palabras son otras tantas obreras para quienes el día de ocho horas será siempre inaplicable, puesto que es imposible afirmar que « el espíritu » esté un solo minuto, de día ó de noche, sin *oir, hablar, ó ver* palabras interiormente.

En realidad, sólo desde hace quince años la filosofía se ha preocupado de esta cuestión tan apasio-

nante del lenguaje mental. Corresponde á la ciencia francesa el honor de haber abordado este difícil problema. M. Egger, desde el punto de vista psicológico, y Charcot, desde el punto de vista patológico, son los primeros zapadores que comenzaron á desmontar este vasto terreno.

He aquí, primeramente, lo que escribía M. Egger en 1881 (1) :

« Á cada momento, el alma habla interiormente su pensamiento... Cuando hablamos en voz alta, la palabra interior no está ausente; no se calla sino á medias y por intervalos; cuando recobramos el aliento, cuando señalamos, con silencios cortos, los puntos y las comas de nuestras frases, *la oímos*. ella nos recuerda la trama de nuestro discurso, nos dicta las palabras que deben seguir; sirve de guía, ó, diremos mejor, de apuntador á la palabra exterior...

« Sirve de intermediario entre el pensamiento que quiere exteriorizarse y la palabra audible que va á difundirlo.

« Frecuentemente prepara la palabra audible, siempre *la repite*; frecuentemente traza, sin saberlo nosotros, el borrador de nuestros discursos futuros, y siempre es un eco, *un eco lejano y libremente modificado de las palabras pasadas*, nuestras ó ajenas... Está siempre unida por un vínculo nece-

(1) V. EGGER, *op. cit.*, p. 1.

sario á la palabra pasada, su primer modelo y su fuente original. »

Y M. Egger se complacía en citar, como apoyo de su tesis, este pasaje de Rivarol (1):

« Si en el retiro y en el silencio más absoluto un hombre medita sobre los asuntos más libres de la materia, oirá siempre, en el fondo de su pecho una voz secreta que nombrará los objetos á medida que van pasando en revista. »

II

Después de un trabajo tan concienzudo como el de M. Egger, parecería que todo se había dicho sobre la materia; podíase creer que la había agotado desde luego. Pocos hombres, en efecto, aun de los más eminentes, están dotados del don de introspección. El examen de la conciencia psicológica, para hablar como los clásicos, es todavía más difícil que el examen de la conciencia moral. Parecía indicado que se aceptaría con toda confianza la doctrina de M. Egger, tan elegantemente apoyada en una multitud de bien escogidos ejemplos. ¿No era, además, halagador para todos los hombres, ver proclamar por un sabio autorizado que el demonio interior de Sócrates no es la especialidad de algunas

(1) RIVAROL, *De l'universalité de la langue française*.

inteligencias extraordinarias y que todo el mundo posee en el espíritu ese personaje íntimo, á veces fastidioso, pero á veces también inspirador de bellos pensamientos?

Además el distinguido profesor afirmaba sus conclusiones con una energía singular, diré casi con obstinación. Declaraba firmemente que todos los hombres, sin excepción alguna, platicaban de ese modo con un personaje interior; y llegaba al extremo de reprender agriamente al filósofo Bain que no admitía la misma opinión.

El libro de M. Egger causó mucho ruido. M. Caro hizo un juicio crítico de él, muy benévolo, en el *Journal des Savants*, juicio que reprodujo la *Revue politique et littéraire* (1). Cosa extraña: á pesar de su perspicacia ordinaria, M. Caro, si bien saludaba en la persona del escritor á un psicólogo de porvenir, no se dió cuenta de toda la importancia del grave problema que acababa de plantearse. No obstante esto, una de las críticas que el ilustre académico dejaba traslucir entre los elogios, merece ser retenida.

Decía en breves términos M. Caro: « Sois demasiado exclusivo. Pretendéis que la palabra interior se oye; sin embargo, esto no es siempre cierto. La imagen de un sonido es un eco; pero las otras imágenes, las imágenes visuales, no se le asemejan,

(1) *Rev. polit. et litt.*, 22 julio 1882.

y éstas son con exceso las más frecuentes en la vida intelectual. »

De haber comprendido la gravedad de la cuestión así planteada, M. Caro hubiera insistido más. Su crítica, en el fondo, tendía nada menos que á contradecir de la manera más absoluta y sin término medio posible, todas las conclusiones del profesor de la Facultad de letras de Burdeos.

M. Egger afirmaba : todos los hombres oyen su pensamiento.

M. Caro decía : no, lo ven.

Mientras este debate curioso surgía entre dos filósofos franceses, un sabio extranjero, M. S. Stricker, profesor de la Universidad de Viena, daba á luz una serie de estudios sobre el lenguaje (1), cuyos resultados habrían hundido en la estupefacción á M. Egger y á M. Caro si los hubiesen conocido entonces.

También M. Stricker procuró, por su parte, penetrar los secretos del lenguaje interior. Pero no llegó ni á la conclusión precisa de M. Egger ni á la conclusión vaga de M. Caro. He aquí su teoría :

« Cuando, dice, tranquilamente sentado, cierro los párpados y los labios y evoco en mi memoria algún verso muy conocido, me parece, si fijo mi atención en mis órganos articulatorios, que hablo interiormente. Mis labios están cerrados, es ver-

(1) Publicados en francés con el título : *Du langage et de la musique*, en 1885, Alcan, ed.

dad... Y sin embargo, me parece que pronuncio el verso en que pienso (1).

« A la representación de cada sonido oral se liga inseparablemente un sentimiento (más ó menos claro), en los órganos articulatorios. Así pues, cuando pienso en palabras, digo que las imágenes auditivas no tienen participación alguna en mi pensamiento (2). »

Es fácil darse cuenta, por estas simples citas, del procedimiento interior con que piensa M. Stricker. No usa habitualmente ni imágenes auditivas ni imágenes visuales, se sirve de imágenes motrices.

En suma, para su organismo, hablar y pensar son una misma cosa. Admite francamente la opinión de Bain contra M. Egger. Para él, pensar es retenerse de hablar. No escucha un personaje interior que le recita las frases que constituyen su pensamiento. Tampoco ve, escritas en su pensamiento, las palabras que necesita. Tiene el sentimiento muy claro de que es él, de que son sus músculos los que hablan y obran.

La superioridad incontestable de M. Stricker sobre los filósofos franceses consiste en que no practica el exclusivismo. La observación interna que presenta al público, la da francamente como una observación particular de M. Stricker. No

(1) *Op. cit.* Introducción.

(2) *Op. cit.*, p. 21-26.

pretende englobar en su caso á la especie humana — ni preconizar su mecanismo intelectual como un invariable procedimiento cerebral.

III

Á Charcot debía corresponder el honor de ordenar este caos.

Debo á la cortesía de mi lamentado amigo el Dr. *Paul Blocq*, jefe entonces de los trabajos anatomo-patológicos en la Salpêtrière, poder precisar el punto interesante de saber en qué época y de qué manera el ilustre profesor había sacado á luz su admirable teoría de los procedimientos del espíritu humano.

Al estudiar las formas de la *afasia*, en el curso del año de 1883, Charcot fué inducido á criticar las ideas emitidas por los psicólogos sobre el mecanismo del lenguaje interior. Sus lecciones originales fueron publicadas por primera vez en italiano, por M. Miliotti (*Differenti forme d'afasia*, Milán, 1884) (1).

He aquí el resumen más sencillo que me sea

(1) V. PAUL BLOCQ, *De l'aphasie*, 1893. — MARIE, *De l'aphasie*, *Revue de médecine*, 1883. — BERNARD, *De l'aphasie*, Tesis, 1885. — GILBERT BALLEZ, *Le Langage intérieur*, Alcan, ed., 1886. — DR. G. SAINT-PAUL, *Essais sur le langage intérieur*, 1892.

dable hacer de las ideas del maestro, completándolas, hasta donde esto es posible, con la ayuda de los trabajos de sus discípulos.

Teniendo á la vista el esquema de la página 17, se puede verificar fácilmente este hecho, que, desde el punto de vista del lenguaje, el sistema cerebral se divide en *parte sensorial* y *parte motriz*.

Desde luego se puede comprender que algunos hombres tengan el lado sensorial más completo, mejor desarrollado, más finamente organizado que el lado motor. No sólo, sino que aun podría admitirse en rigor que hay individuos casi exclusivamente *sensoriales*.

Estos sensoriales se dividen en dos categorías bien marcadas, por una parte los *auditivos* y por otra parte los *visuales*.

Sea por disposición nativa, sea por costumbre, los *auditivos* no piensan sino con imágenes acústicas. Para simplificar la cuestión, puesto que me propongo limitar mi estudio á lo que concierne al lenguaje, diré que piensan con imágenes *verbales*.

Estos están formados conforme al tipo tan bien descrito por M. Egger. Son verdaderos auditivos, auditivos puros. *Oyen* á su demonio interior hablar su pensamiento.

Completamente diferentes son los sensoriales del otro tipo, los *visuales*. Estos últimos, cuando piensan con palabras, las ven escritas ante sus ojos. Unas veces esas palabras les aparecen como

trazadas sobre un cuadro de su propia escritura, y otras les aparecen como caracteres impresos.

M. Caro, según su descripción, formaría parte más bien de esta categoría. Pero el escritor que parece haber realizado mejor este tipo es seguramente Charma. Decía: « Pensamos nuestra escritura como escribimos nuestro pensamiento (1). »

Después de los *sensoriales*, los *motores*.

Á su vez, éstos se subdividen en dos categorías: los *motores de articulación* y los *motores gráficos*.

Los *motores de articulación* realizan plenamente el tipo Stricker. No pueden pensar sino con la condición de emplear imágenes musculares. Su pensamiento es una palabra retenida. Á cada instante la palabra interior amenaza en ellos transformarse en palabra externa. Otra vez es Charcot quien, por bella que sea la definición de Bain, ha pintado mejor el mecanismo intelectual de los *motores*. « Tocan, dice, un piano mudo cuyas teclas funcionan, pero sin hacer vibrar las cuerdas (2). »

El más ilustre de los *motores de articulación* ha sido seguramente Michel Montaigne, quien escribió esto: « Es necesario que lo que hablamos

(1) ANTOINE CHARMA, *Essai sur le langage*, citado en el cuestionario del Dr. Lacassagne en *Archives d'anthropologie criminelle*, 15 de marzo 1892.

(2) P. Blocq, *op. cit.*

lo hablemos en primer lugar á nosotros y que lo hagamos sonar dentro de nuestras orejas antes de hacerlo oír á los extraños (1). »

Al lado de los *motores de articulación* se colocan los *motores gráficos* que constituyen una categoría poco numerosa. Son las personas á quienes las ideas no vienen bien sino con la pluma en la mano. La mejor observación que he encontrado de un motor gráfico se encuentra en la interesante obra del Dr. Georges Saint-Paul (2). « ... Cuando quiero redactar un razonamiento, escribo un profesor de la Universidad de Lille, *necesito el papel y la pluma*, necesito ver mi frase; debo añadir que cuando me hablo así á mí mismo, *veo* cada palabra y la pronuncio interiormente *con sus letras*. »

IV

Sería un gran error pensar que las categorías antes descritas se encuentran de una manera tan sencilla en la realidad. Desgraciadamente para la ciencia, el cerebro humano no entrega así todos sus secretos y la verdad es que los tipos de Charcot son antes que nada esquemáticos.

(1) Citado en el cuestionario del Dr. Lacassagne.

(2) DR. G. SAINT-PAUL. *Essais sur le langage intérieur*, p. 88, 1 vol. Storck y Masson, ed.

No sólo, sino que es imposible afirmar que un solo hombre sea únicamente auditivo ó únicamente visual.

En un cerebro todos los mecanismos del pensamiento pueden ser empleados : pero es muy raro que todos sean usados por el mismo individuo. Á este respecto, mis observaciones personales me permiten hacerme francamente solidario de las opiniones del Dr. Saint-Paul contra el profesor M. Ballet. Este último proclama que el tipo « indiferente » debe ser el más común en la humanidad. Creo con M. Saint-Paul que, por el contrario, « realiza una fórmula rara », y que siempre hay en un cerebro una tendencia habitual á servirse del modo de trabajar mentalmente que parezca más cómodo. Espero, después, sacar alguna consecuencia de este principio.

Sin embargo, nunca está por demás repetir que en psicología es preciso desconfiar de las fórmulas simples. La complejidad y el embrollo son la regla en el organismo. Entiéndase bien, de una vez para siempre, que las divisiones y las categorías se establecen solamente para la claridad del espíritu.

El Dr. Paul Blocq (1), precisando de acuerdo con Charcot, los sitios anatómicos de las imágenes, da el ejemplo de la probidad científica di-

(1) P. Blocq, *op. cit.*

ciendo « que esas localizaciones figuran tan sólo el lugar por donde pasan los elementos visuales y auditivos que constituyen una parte, *la más importante, si se quiere, de esas imágenes*, para ir á impresionar los otros centros. »

Así se debe hablar cuando se quiere precisar las categorías del lenguaje mental. Es preciso decir sencillamente que las imágenes auditivas constituyen *el más importante bagaje* del auditivo, y así análogamente respecto de los demás tipos.

Se puede sin embargo afirmar sin temor de engañarse que ciertos « tipos » se asociarán juntos mejor que otros. Así el *motor de articulación* y el *auditivo* se unen muchas veces de tal suerte que se podría proclamarlos inseparables. Releed la descripción de Montaigne, citada antes, y decidme si en cierto modo no revela el auditivismo. El Dr. Saint-Paul ha llamado á este tipo « el auditivo-motor-verbal » (1). Es fácil de comprender que haya, en muchos casos, parentesco entre estas dos categorías si se recuerda lo que se ha dicho en el capítulo primero.

El oído es la condición primordial de la palabra; así pues, el motor de articulación y el auditivo dependen del mismo *sentido*. Los dos ocupan en el esquema (figura 1) una misma mitad del cuadro.

¿No será permitido afirmar que el visual y el

(1) *Op. cit.*, p. 62.

motor gráfico tienen alguna probabilidad de encontrarse reunidos en la misma persona? M. Saint-Paul ha presentado doce observaciones por lo menos de un tipo semejante (1). ¿Verdad que puede explicarse esta unión íntima por las consideraciones que acabo de consagrar al auditivo-motor?

¿Será necesario, después de lo expuesto, entrar en largas discusiones para establecer que, de todos los tipos descritos, el que se encuentra en mejores condiciones para pasar del lenguaje interior al lenguaje exterior es el *motor*, y que el menos bien dispuesto para la palabra externa es, teóricamente, el *visual*?

Todos los autores proclaman casi unánimes, con M. Egger, que la palabra interior es la preparación directa de la palabra audible. ¿Qué es lo que le falta al motor para expresarse? Se retiene ya de hablar, lo hemos dicho; cuando habla, parece estar en su elemento natural, obedece á una necesidad. ¿Qué trabajo puede costar la palabra exterior á un hombre para quien la palabra interior equivale á una contención de los músculos

(1) *Op. cit.*, p. 84.

del lenguaje? M. Stricker ha podido citar el ejemplo de motores que se *enronquecían* pensando!

Veremos también, al abordar otra parte de este trabajo, el horror profundo que algunos oradores han mostrado por la escritura. Casi podría afirmarse que existe una oposición absoluta entre la *articulación* y el *grafismo* (1).

No solamente el motor oral no tiene necesidad de recurrir á las imágenes visuales para pensar, sino que muchas veces, en él, el centro motor de articulación está en un verdadero estado de *eritismo*. Llega al grado de no comprender las palabras pronunciadas hasta haberlas *pronunciado*. Sí, de algunos de ellos se puede decir que la palabra exterior *precede al pensamiento*. Realizan, al pie de la letra, el tipo de *Numa Roumestan*.

Tengo empeño en citar textualmente el pasaje de la novela de Alphonse Daudet, para que se vea hasta qué punto el ilustre escritor posee el genio de la observación:

« Cuando no hablo no pienso, decía Numa muy ingenuamente, y era cierto. La palabra no le brotaba por la fuerza del pensamiento, al contrario, se anticipaba al pensamiento, despertándolo con

(1) « Una lesión del centro de la palabra no tiene como consecuencia ningún trastorno visual... Las últimas ramificaciones de los nervios visuales terminan en cierta región de la corteza cerebral que, esto no es ya discutible, está fuera del centro de la palabra. » STRICKER, *op. cit.*, p. 66.

su ruido completamente maquinal. El mismo Numa se admiraba, se divertía con estos hallazgos de palabras, de ideas perdidas en un rincón de su memoria y que la palabra encontraba, recogía, ligaba en manojos de argumentos. Al hablar se descubría una sensibilidad que ignoraba, se conmovía con la vibración de su propia voz, con ciertas entonaciones que le oprimían el corazón y le llenaban los ojos de lágrimas. Estas eran ciertamente cualidades de orador, pero él no lo sabía. »

Pero no todos los motores orales llegan á esto que podemos llamar el colmo de la motricidad de articulación. En un gran número de ellos esta motricidad se atenúa hasta llegar á ser normal. En su caso casi se equiparan el auditivismo y la motricidad oral. Deben realizar el tipo del *auditivo-motor-verbal* descrito por el Dr. Saint-Paul.

Ni siquiera creo que el auditivo más puro tenga gran dificultad para convertirse en motor oral. Me inclino mucho á afirmar que todo motor de articulación oculta un auditivo.

El más obstinado, el más sistemático de los auditivos, M. Víctor Egger (1) ha sido obligado á

(1) V. EGGER, *op. cit.*, p. 104. — No creáis que los descubrimientos ulteriores de Charcot hayan podido hacer desistir á M. Egger de su teoría. Ni la ironía de M. Gilbert Ballet ha tenido el don de convertirlo. He aquí la copia textual de una carta que dirigía en 1892, nueve años después de las críticas de Charcot, al Dr. Saint-Paul : « M. Charcot enseña que soy auditivo. M. Ballet lo ha impreso. Sí, soy

admitir que cuando un hombre (y sabemos que en su teoría todos los hombres son fatalmente auditivos) está apasionado ó preocupado, pasa fácilmente del monólogo interior al monólogo hablado. Llama á este fenómeno « una forma viva de la palabra interior ».

¿ Qué otra cosa quiere decir esto sino que, para él, no hay entre el auditivismo y la motricidad oral más que una diferencia de excitación?

Concluyo, pues, que tanto el motor como el auditivo, están dotados por la naturaleza, el primero admirablemente y el segundo suficientemente, para llegar á ser oradores. Solamente en estas dos categorías han debido reclutarse los oradores notables. Veremos bien pronto si la observación justifica ó no esta tesis.

En cuanto á los *visuales* y sobre todo á los *motores gráficos*, su mecanismo intelectual les veda el arte oratorio. No me permitiría afirmar que ningún orador de talento haya sido visual (1),

auditivo, como M. Charcot, M. Ballet, M. Lacassagne, como todo el mundo. Protesto contra los tres tipos... ; el tipo visual no existe sino entre los profesionales tipógrafos, y quién sabe! El tipo motor no existe sino entre los sordomudos... »

¿ Tenía razón para decir que M. Egger era testarudo?

(1) No es quizá inútil, con el objeto de evitar una confusión, declarar una vez más que sólo se trata aquí de las *imágenes verbales*. El número de los visuales que piensan con imágenes *no verbales* parece ser bastante considerable. No puedo, sin embargo, creer que las imágenes no verbales

porque la historia podría desmentirme varias veces. Digo simplemente que el visual y el motor gráfico están mal equipados para la palabra pública.

Si el azar de la organización cerebral permite excepcionalmente que un motor gráfico sea en cierto grado motor oral, no cabe duda que un orador distinguido pueda ser el producto de semejante conformación; pero el caso se contará seguramente como una excepción.

Entre los datos que pueden transformar de singular modo las condiciones de un « cerebro oratorio », hay uno que representa un papel enorme: la memoria.

Para que me sea posible continuar este estudio y terminarlo con conclusiones prácticas, es tiempo ya de que aborde el examen de la memoria en sus relaciones con la materia que forma el objeto de este trabajo.

puedan representar en ellos un papel tan preponderante como algunos quieren afirmarlo. Emile Zola, entrevistado por M. Saint-Paul, declara gravemente *que cuando piensa en un rayo de sol se siente deslumbrado*. Bien se ve que M. Zola era del mediodía. Es evidente que mis observaciones respecto de los verbo-visuales se aplican *á fortiori* á los visuales no verbales, porque es de presumirse que un cerebro en el cual *la imagen inhibe la palabra* no será nunca el cerebro de un orador.

CAPÍTULO III

La palabra y las memorias.

Sumario: *La memoria es un hecho biológico. — Teoría de M. Ribot. — Movimientos automáticos, primitivos y secundarios. — Memoria orgánica y memoria psíquica. — La fuerza del adjetivo. — Memorias necesarias al orador. — Memoria bruta y memoria organizada. — La cerebración inconsciente. — Inspiración, improvisación. — LACHAUD. — La rapidez del pensamiento: MAURY. — Los latentes. — Conclusión.*

I

La teoría de la *memoria* considerada como una « facultad del alma », como una « entidad » psicológica, no es hoy sostenida por nadie. ®

La memoria no puede ser ya examinada como una función que tiene existencia independiente. Es un hecho biológico, una condición de vida, una propiedad inherente á la materia organizada (1).

(1) V. RIBOT, *Les Maladies de la mémoire*, Alcan, ed. —

porque la historia podría desmentirme varias veces. Digo simplemente que el visual y el motor gráfico están mal equipados para la palabra pública.

Si el azar de la organización cerebral permite excepcionalmente que un motor gráfico sea en cierto grado motor oral, no cabe duda que un orador distinguido pueda ser el producto de semejante conformación; pero el caso se contará seguramente como una excepción.

Entre los datos que pueden transformar de singular modo las condiciones de un « cerebro oratorio », hay uno que representa un papel enorme: la memoria.

Para que me sea posible continuar este estudio y terminarlo con conclusiones prácticas, es tiempo ya de que aborde el examen de la memoria en sus relaciones con la materia que forma el objeto de este trabajo.

puedan representar en ellos un papel tan preponderante como algunos quieren afirmarlo. Emile Zola, entrevistado por M. Saint-Paul, declara gravemente *que cuando piensa en un rayo de sol se siente deslumbrado*. Bien se ve que M. Zola era del mediodía. Es evidente que mis observaciones respecto de los verbo-visuales se aplican *á fortiori* á los visuales no verbales, porque es de presumirse que un cerebro en el cual *la imagen inhibe la palabra* no será nunca el cerebro de un orador.

CAPÍTULO III

La palabra y las memorias.

Sumario: *La memoria es un hecho biológico. — Teoría de M. Ribot. — Movimientos automáticos, primitivos y secundarios. — Memoria orgánica y memoria psíquica. — La fuerza del adjetivo. — Memorias necesarias al orador. — Memoria bruta y memoria organizada. — La cerebración inconsciente. — Inspiración, improvisación. — LACHAUD. — La rapidez del pensamiento: MAURY. — Los latentes. — Conclusión.*

I

La teoría de la *memoria* considerada como una « facultad del alma », como una « entidad » psicológica, no es hoy sostenida por nadie. ®

La memoria no puede ser ya examinada como una función que tiene existencia independiente. Es un hecho biológico, una condición de vida, una propiedad inherente á la materia organizada (1).

(1) V. RIBOT, *Les Maladies de la mémoire*, Alcan, ed. —

Se puede llegar hasta decir que la vida y la memoria son una sola y misma cosa, que no hay *vida* en donde no hay memoria.

Persuadámonos de este hecho, que las plantas, creciendo siempre de la misma manera, en cada especie, reproduciendo constantemente los mismos fenómenos, dan prueba de memoria.

« En el reino animal, el tejido muscular nos presenta un primer bosquejo de la adquisición de propiedades nuevas, de su *conservación* y de su reproducción automática. » Un músculo se fortalece en razón directa de su trabajo... « El tejido más noble del organismo, el tejido nervioso, presenta en el más alto grado esta doble propiedad de conservación y de reproducción (1). »

Esta propiedad de conservar, de reproducir, de hacer revivir ciertos estados, que posee la materia viva, es llamada de un modo general la *memoria biológica ú orgánica*.

Examinada en los animales y más especialmente en el hombre, la memoria se revela primero en lo que los fisiologistas han llamado los *movimientos automáticos primitivos ó innatos*, de los cuales el más característico es la respiración. Estos movimientos, dicen los evolucionistas, han sido fijados

SOLLIER, *Les Troubles de la mémoire*, p. 21 y siguientes, Rueff, ed. — KUSSMAUL, *op. cit.*, p. 45. — JULIEN PIÖGER, *La Vie et la pensée*, p. 165 y siguientes, Alcan, ed.

(1) RIBOT, *op. cit.*, p. 4.

en el cerebro por su repetición en una larga serie de antepasados. Constituyen la memoria hereditaria, la *memoria de la especie*. Es el legado de las generaciones muertas á las generaciones vivas.

La memoria se revela, después, en los movimientos adquiridos, los cuales, por la práctica constante del individuo, llegan á ser automáticos en el mismo grado que los movimientos primitivos. Ejemplos: la marcha, la natación, el baile... Estos son movimientos automáticos que se califican de *secundarios*. Comienzan por no poder ejecutarse sino con el auxilio de la voluntad, en virtud de esfuerzos continuos y penosos, y acaban por ser movimientos *reflejos* ejecutados sin la participación de la conciencia.

« La medula espinal ejecuta bien los actos sencillos ó complexos que son innatos; pero apenas se le pide la ejecución de movimientos nuevos, se muestra torpe y necesita de un aprendizaje definido para integrar en sí misma y ejecutar convenientemente esos nuevos movimientos (1). »

La palabra es, por excelencia, el tipo de un movimiento secundario de los músculos: tiende á llegar á ser un reflejo. Todos estos hechos entran en la *memoria orgánica*, memoria todavía desprovista de conciencia.

Pero, de hecho, ¿qué es la conciencia?

(1) DEBIERRE, *La Moelle épinière et l'Encéphale*, *op. cit.*, p. 494.

Se ha dicho excelentemente que es un fenómeno sobreañadido.

Á la luz de la ciencia actual, el hombre aparece como un inmenso agregado de celdillas (¿es Taine quien lo ha comparado á un polípero?), que trabajan cada una individualmente, en el interés del conjunto. Cada celdilla está dotada de memoria.

« Todo órgano es una memoria; el ojo es una memoria de las ondas luminosas, y la oreja es una memoria de las ondas sonoras... Cada nervio es una memoria que conserva determinado número de vibraciones prontas á reproducirse; cada músculo, *cada celdilla nerviosa es una memoria* (1). »

Ahora bien, esta inmensa elaboración produce una multitud de resultados cuyo conocimiento completo formaría para el « espíritu » una inextricable mezcolanza, una masa compacta de hechos imposibles de diferenciar. Nuestro mecanismo interior está constituido de tal manera que, muy felizmente para nosotros, no permite á nuestro « yo » percibir sino una corta porción de la actividad orgánica.

« La conciencia, ha escrito M. Ribot, es el estrecho postigo por el cual nos aparece una pequeñísima parte de este trabajo. »

En consecuencia, la memoria más completa, la memoria consciente, la *memoria psicológica*, no se

(1) A. FOUILLÉE, *La Survivance et la sélection des idées dans la mémoire en Revue des Deux Mondes*, 15 mayo 1885.

aplica sino á una cantidad ínfima de procesos interiores.

La memoria, en el verdadero sentido de la palabra, es la propiedad que posee cada celdilla de conservar, aun sin la voluntad de lo que se llama el « yo », los movimientos que le han sido comunicados y de reproducirlos. Existe sin la conciencia, puesto que, sin conciencia, hay reproducción y conservación. Sin embargo, la intervención de la conciencia tiene un papel enorme en la memoria; la conciencia añade á la memoria una cosa muy importante, la *localización del recuerdo en el pasado*:

« Hay en la memoria (psíquica) un juicio por medio del cual nos damos cuenta de que se trata de un recuerdo (1). »

II

Así pues, la memoria, cuando es completa, tiene tres papeles: *conserva, reproduce, reconoce*.

No podemos hasta hoy darnos cuenta del mecanismo de la memoria sino por medio de hipótesis más ó menos confirmadas por los hechos. Según unos autores, el recuerdo es simplemente una vibración que persiste en el cerebro, algo como

(1) BINET, *Introduction à la psychologie expérimentale*, 1 vol., Alcan, ed., 1894.

una *fosforescencia* de las imágenes (teoría del Dr. Luys); en opinión de otros, el recuerdo es un verdadero residuo (Taine, Spencer). En fin, la teoría más generalmente admitida hoy es la de M. Ribot, sostenida también por Wundt, según la cual la memoria es *no una colección de sellos, sino un conjunto de asociaciones dinámicas muy estables y muy prontas á despertarse* (1).

Seguramente esta última hipótesis es más admisible que las precedentes, porque si se parte de este punto de vista que el recuerdo deja un residuo cualquiera en una celdilla nerviosa, no se puede explicar cómo, desapareciendo la celdilla, el residuo puede ser conservado.

En lo que á mi materia concierne, ninguna de las hipótesis enunciadas sobre el mecanismo del recuerdo puede contrariar mi tesis. Sígase el sistema que se quiera siempre se tendrá que reconocer, con Maudsley, que toda acción exterior procura al organismo un « algo » que retiene y que lo predispone á funcionar de nuevo de la misma manera.

Apliquemos ahora estas teorías á los datos que poseemos sobre la palabra.

Es fácil darse cuenta de este hecho, que cada uno de los centros nerviosos que han sido enumerados en los capítulos anteriores, tiene *su memoria*.

(1) RIBOT, *op. cit.*, p. 20.

Todo individuo que posea « un centro de imágenes verbales », anatómicamente bien constituido, tendrá una excelente memoria verbal, puesto que la memoria es un resultado del estado de salud de los órganos.

Todo individuo que posea un buen « centro de imágenes motrices » tendrá una perfecta memoria motriz. Todo visual tendrá una buena memoria visual.

En una palabra, cuando se hace constar que un hombre se sirve *de preferencia* de uno de los procedimientos intelectuales que han sido descritos, es que el centro cerebral que usa con más facilidad tiene una memoria mejor que los demás.

Tengo el sentimiento de no estar de acuerdo en este punto con el Dr. Saint-Paul que quiere distinguir cuidadosamente el *visualismo* y la *memoria visual*. Decir que determinado individuo es visual, *que tiene la costumbre de pensar viendo sus palabras escritas mentalmente*, es concederle la « facultad » de la memoria de las palabras vistas, porque si el centro nervioso de que se sirve no tuviera, por excelencia, la memoria de las palabras vistas, ese hombre no sería un visual. De igual manera, si el centro cerebral especial de un motor no conservara admirablemente las *huellas-disposiciones* de las imágenes motrices, no se trataría de un motor.

No debe sorprendernos, pues, que Charcot y Ballet confundan el auditivismo con la memoria

auditiva de las palabras y el visualismo con la memoria visual, porque esta proposición « que un visual tiene memoria visual » constituye un verdadero pleonismo.

Las conclusiones de M. Ribot prueban que, en cada uno de los centros cerebrales del lenguaje, las asociaciones verbales se forman por grupos, y, en cierto modo, por *capas sucesivas* (1).

Es demasiado conocida la famosa ley de regresión (2) formulada en el axioma : « Lo que ha sido adquirido al último se pierde primero », para que insista en ella. Me limito á recordar que las palabras que forman la parte más resistente del bagaje verbal son las que expresan cualidades, los verbos y los adjetivos. No hay necesidad de ser un gran letrado en lingüística para saber que la formación de las lenguas ha comenzado siempre por los adjetivos y que aun hoy el adjetivo forma la base de los idiomas salvajes (3).

(1) « La asociación de las ideas no es sino un desenvolvimiento de la memoria simple. Si una impresión mental se presenta al espíritu yuxtapuesta á otra, no sólo la memoria registra las dos impresiones, sino que registra también el hecho mismo de su yuxtaposición, de manera que, cuando se recuerda la una, se recuerda igualmente la otra. » DEBIERRE, *op. cit.*, p. 393.

(2) V. SOLIER, *op. cit.*, p. 127 y siguientes.

(3) He aquí, según M. Ribot, el orden exacto de la desaparición de los signos : 1.º el sustantivo; 2.º el adjetivo y el verbo; 3.º las interjecciones (el lenguaje emocional); 4.º el gesto (*op. cit.*, p. 132 y siguientes).

No es necesario en verdad llegar hasta las hordas del interior de Oceanía para que palpablemente se nos revele la omnipotencia del adjetivo. ¿Qué orador no ha notado la facilidad con que los adjetivos se presentan á la memoria, mientras que el sustantivo, la palabra propia, permanece tan rebelde que el improvisador se quedará cortado si no encuentra inmediatamente un « poco más ó menos » muchas veces execrable ?

Los antiguos decían : el orador debe tener una buena memoria. Hoy decimos : el orador completo debe tener á su disposición, en su organismo, cuatro mecanismos especiales bien constituidos. Si las cuatro partes en cuestión se encuentran en buen estado, si están perfectamente sanas, todas ellas tendrán *memoria*.

Es necesario :

- 1.º Un buen órgano receptor externo de los sonidos (oído);
- 2.º Un buen mecanismo interno de conservación de los sonidos (centro de la memoria verbo-auditiva indemne de toda lesión);
- 3.º Un buen mecanismo de moción interna (memoria motriz);
- 4.º Un buen órgano del lenguaje.

Naturalmente que si nuestro « orador » puede unir á todas estas cualidades funcionales una memoria visual excelente, ésta no le perjudicará en lo más mínimo.

Así pues, el orador no existe sino con la doble condición de haber impregnado en las celdillas nerviosas de su centro auditivo una inmensa colección de imágenes verbales, y de tener, además, una buena innervación verbo-motriz.

III

El almacenamiento de impresiones puede hacerse de dos maneras distintas, por la *memoria natural* ó por la *memoria artificial*, como lo ha demostrado muy claramente M. Binet (1). Esta doble acción de la memoria ha sido el objeto de un estudio profundo por parte de M. Dugas (2), quien se ha servido, para calificar estas dos fases diferentes de una misma cosa, de las expresiones: *Memoria bruta* y *memoria organizada*.

Por medio de la memoria bruta ó natural el espíritu se impregna sin ningún esfuerzo mental. Es una memoria puramente pasiva, por decirlo así, es la memoria de que daba prueba el mozo de carnicería que « recitaba en su delirio trozos de *Fedra*, tragedia que había visto representar una vez, sin comprender nada de ella ».

Por medio de la memoria organizada ó artifi-

(1) *Introduction à la psychologie expérimentale*, p. 70.

(2) DUGAS, *La Mémoire brute et la mémoire organisée* (Revue philosophique, nov. 1894).

cial, el espíritu se impregna con esfuerzo mental, se posesiona del pasado interpretándolo, operando una selección, escogiendo reflexivamente las impresiones.

Por grande que sea la superioridad de esta segunda memoria sobre la primera, es sin embargo cierto que, en los más refinados intelectuales, la memoria bruta, inconsciente, tiene muchas veces un papel enorme. Ella es, en la mayoría de los casos, la que lleva á la *imago-evocación-verbal* (1) una masa de recuerdos cuya yuxtaposición, fusión y coordinación forman lo que los antiguos metafísicos llamaron *inspiración*.

La *inspiración*, en efecto, como *extracto* ó *producto de la nada*, es una palabra que no tiene sentido. Nada puede crearse en un cerebro, aun cuando sea el de un *Berryer*; no hay en él sino combinaciones nuevas de imágenes.

La *inspiración* no es sino la memoria sobreexcitada por una atención que concentra todas las fuerzas del cerebro en un mismo punto.

La *improvisación*, en el sentido vulgar de la palabra, es también una cosa que debe relegarse en los viejos tratados de psicología. Las gentes que, de buena fe, afirman que han pronunciado discursos sin haber nunca pensado antes en lo que iban á decir, son víctimas de un engaño, ignoran un

(1) Esta expresión es del Dr. Saint-Paul (*op. cit.*).

procedimiento del espíritu cuya acción ha sido descrita por M. Dugas y otros muchos escritores. Se trata aquí de lo que se ha llamado « la cerebración inconsciente », algo análogo á la memoria bruta. Con frecuencia nuestro cerebro trabaja sin que lo sepamos. ¿Á qué matemático no le ha sucedido dormirse una noche sin lograr resolver un problema difícil y encontrar prontamente la solución al despertar? La señorita *Paula Lombroso*, en un trabajo sobre « la cerebración inconsciente en el arte », nos ha dado la fórmula, un poco extraña tal vez, de esta elaboración interior.

« El embrión mental evoluciona y se elabora, sin esfuerzo de nuestra parte, y, cuando está maduro, el menor choque, la ocasión más fortuita bastan para hacerlo brotar al exterior. »

Casi siempre los improvisadores no han sido sino grandes meditativos dotados de una memoria rápida. Son excelentes personas que, debido á una disposición nativa, han aplicado, sin saberlo, las reglas de la psico-fisiología moderna, á semejanza de M. Jourdain que, también sin saberlo, escribía en prosa. Han cultivado sus memorias especiales. Dejando aparte las memorias visual y gráfica que constituyen frecuentemente para el orador un bagaje embarazoso, si no inútil, no han usado más que de las partes de su aparato cerebral que les proporcionaban ventajas directas. Y, en virtud de este principio que la función forma el órgano,

han desarrollado de una manera enorme, con detrimento quizá de otros centros nerviosos, los centros de que tenían necesidad.

Veremos después que en algunos cuartos de hora, durante la requisitoria del Ministerio Público, *Lachaud* preparaba, sin escribir una línea, sus más patéticas defensas. Á los que conocen la velocidad vertiginosa del pensamiento, tales resultados no parecerán sobrehumanos.

Maury, al describir sus sueños, nos da una idea de lo que puede ser la rapidez del trabajo cerebral:

« Me encontraba acostado en mi recámara, dice, y mi madre estaba á mi cabecera. Sueño con el Terror; asisto á escenas de asesinato, comparezco ante el Tribunal revolucionario, veo á Robespierre, á Marat, á Fouquier-Tinville, á todas las más ruines figuras de esta época terrible; *discuto con ellos*; en fin, después de *muchos acontecimientos que no recuerdo sino imperfectamente*, soy juzgado, condenado á muerte, conducido en carreta, en medio de un concurso inmenso, á la plaza de la Revolución: subo al cadalso..., siento que mi cabeza se separa del tronco; despierto presa de la más viva angustia, y siento en el cuello la flecha de mi cama que, desprendida súbitamente, cayó sobre mis vértebras cervicales como el cuchillo de una guillotina. Esto había sucedido

hacia un instante apenas, según lo confirmó mi madre (1)... »

Así, este inmenso desfile de imágenes motrices, visuales, auditivas y táctiles, que bien llenarían un volumen de 300 páginas, había durado justamente, en el cerebro de Maury, el espacio de un *segundo*.

Es desde ahora posible comprender por qué los verdaderos improvisadores son « latentes », dotados en realidad de una excelente memoria. No hay un abismo, desde el punto de vista psicológico, como estaríamos inclinados á creer, entre ellos y los que aprenden de memoria sus discursos. La adquisición en estos últimos es tan sólo más reciente y más artificial. En otra parte de estos ensayos haremos constar que existe toda una clase de individuos para los cuales la memoria « fotográfica » es una imposibilidad, de suerte que, aun cuando ellos lo quisieran, no podrían recitar un discurso aprendido. En aquellos, la memoria tiene necesidad de digerir largo tiempo las imágenes para asimilárselas. ¡ Afirman gravemente que no tienen memoria, y sin embargo, son, llegada la ocasión, maravillosos improvisadores!

Debo terminar aquí este resumen, desgraciadamente muy imperfecto, pero que espero hacer más claro con las observaciones que van á seguir. Me

(1) ALFRED MAURY, *Le Sommeil et les Rêves*, capítulo vi, Didier y C^a, ed.

atrevo á afirmar, por lo demás, que está concluida la parte más ingrata de mi empresa.

Antes de cerrar este capítulo, no es quizá inútil resumirlo.

No hay una memoria sino memorias. La memoria no es sino una propiedad vital, una resultante natural de la perfecta complexión del organismo que la posee.

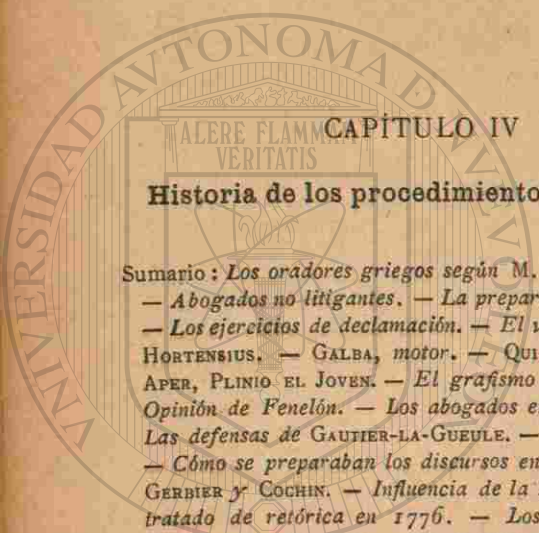
La memoria motriz de articulación y la memoria auditiva verbal son indispensables al que quiere manejar la palabra.

Todos los oradores hablan con la ayuda de un capital compuesto de palabras, de fórmulas, de locuciones más ó menos laboriosamente adquirido, todo él conservado en centros nerviosos especiales.

La inspiración, la improvisación, la imaginación no son sino memorias; el dios inspirador de la elocuencia no es « sino la marea ascendente de las asociaciones, en la cual todas las ondas nerviosas, bajo la atracción de una fuerza común, se levantan y se arrastran en la masa palpitante del cerebro » (1).

(1) A. FOUILLÉE, *op. cit.*





CAPÍTULO IV

Historia de los procedimientos oratorios.

Sumario: Los oradores griegos según M. GEORGES PERROT.

— Abogados no litigantes. — La preparación ciceroniana. — Los ejercicios de declamación. — El verbo-visualismo de HORTENSIVS. — GALBA, motor. — QUINTILIANO, CASSIUS, APER, PLINIO EL JOVEN. — El grafismo de los latinos. — Opinión de Fenelón. — Los abogados en el siglo XVII. — Las defensas de GAUTIER-LA-GUEULE. — Los predicadores. — Cómo se preparaban los discursos en el siglo XVIII. — GERBIER y COCHIN. — Influencia de la Revolución. — Un tratado de retórica en 1776. — Los neo-retóricos. — DE CORMENIN, PAIGNON. — La decadencia del grafismo.

Los antiguos llevaron hasta el exceso el arte de la retórica.

Es sin embargo difícil encontrar, en los tratados especiales de la antigüedad, una noción precisa de los procedimientos del orador público.

Todas las obras didácticas contienen una con-

fusión que se ha prolongado hasta nuestros días entre el arte de escribir y el arte de hablar. La retórica, para los antiguos, no era propiamente el arte de hablar; era, en primer término, el arte de hacer valer el estilo y de adornarlo.

Para el que quiera penetrar, con M. Georges Perrot, en el estudio de la elocuencia griega (1), esta confusión no presenta nada de sorprendente.

El orador griego no ha practicado sino un solo modo de preparación del discurso, la preparación escrita. Su prosa es ciertamente la más clara, pero es también la más trabajada, la más sabia que se conoce.

Abrid la Retórica de Aristóteles: no encontraréis quizá en ella una sola frase que permita pensar que un solo orador griego haya podido pronunciar una arenga no preparada por escrito. En verdad, como si en algo no son avaras las retóricas antiguas es en materia de distinciones, Aristóteles tiene mucho cuidado en advertir que no debe confundirse el « estilo escrito » con el « estilo de combate » (2).

Pero siempre se trata de « estilo ». Los griegos fueron, pues, esencialmente « gráficos ».

Se sabe, además, que era muy difícil á sus abo-

(1) GEORGES PERROT, *Les Précurseurs de Démosthènes*, primer volumen de *l'Éloquence politique et judiciaire à Athènes*, Hachette y C^a, ed.

(2) ARISTOTE, *Rhétorique*, libro III, cap. XII, par. 1^a.

gados haber sido otra cosa, puesto que en Athenas el abogado no tuvo nunca el derecho de alegar por otro (1). Las más magníficas defensas de Lysias y de Demóstenes fueron escritas, no para ser pronunciadas por ellos, simples logógrafos, sino para ser aprendidas de memoria y pronunciadas por el cliente ante los jueces.

¿Esto quiere decir que los oradores políticos no hayan improvisado nunca nada? Sería sin duda ir demiasado lejos. El mismo Aristóteles habla de discusiones que pueden presentarse de improviso (2); pero en este caso aconseja al orador que haga una elección *previa* de los argumentos que pueda emplear, lo que nos inclinaría á pensar que Aristóteles no creyó nunca en la verdadera improvisación.

Así pues, si hubo improvisadores en Grecia debían haber sido muy raros.

He leído en alguna parte que no podía quedarnos huella de ningún discurso pronunciado en la antigüedad sin preparación escrita, puesto que los antiguos no conocían la estenografía (3). La razón

(1) QUINTILIANO, lib. II.

(2) ARISTÓTELES, libro II, cap. XII, par. 13.

(3) Un lector de la segunda edición me comunica cortesmente una curiosa obra intitulada: *Les Bigarrures et Touciles du seigneur des Accords*, viejo libro publicado en 1662. He aquí lo que puede leerse en la página 506: « La primera y más excelente manera de notas es cuando se escribía con letras abreviadas, tan repentinamente que la lengua era

no es irrefutable. En efecto, no es dudoso que algunos discursos de oradores latinos, que han llegado hasta nosotros, hayan sido pronunciados por sus autores sin preparación gráfica. Era usual que el orador escribiera su discurso después de haberlo pronunciado, como lo hizo Cicerón en su *Pro Mi-*

prontamente acompañada de la escritura, y que tan aprisa como se hubiere podido hablar, sin perder una sola palabra, se podía coleccionar cualquiera arenga. Se dice que *Tyro*, el liberto de Cicerón, era muy buen obrero para este oficio. Puedes ver que Plutarco, en la vida de Catón, menciona esta invención. En el tiempo de Ausonio, que vivió bajo el emperador Teodosio, reinaba aún esta repentina manera de escribir, como puede aparecer por la alabanza de cierto escriba que hizo en estos versos. Epigram. 175:

*Puer notarum præpetum
Solers minister adnola.*

« Por la disposición del derecho, puede verse también que estas notas estaban muy en uso visto que « de iis quæ raro accidunt lex fieri non debet. » Porque en la ley « *Lucius ff. de mili. testa* », se dice expresamente..., etc., etc. ¿Quién no conoce las tres letras romanas en materia de juicios? A., absolvo; C., condemno; N. L., non liquet — cuando el negocio era dudoso.

« A. N. V. C., an. urbe condita.

« A. A. A. F. F. según Bailly des Montagnes: Aere, argento, auro, flavo, ferunto...

« A. F. P. R. Actum fide publica Rutilij.

« Cicerón, *inter iocandum*, interpretó: *Æmilius fecit, plectitur Rutilius*.

« H. B. M. F. C. Hæres bene merente faciendum curavit, etc., etc.

« ... He puesto estos pocos precedentes para la lectura de las antiguas tumbas, por lo demás hay libros enteros á los

lone. La verdad es que, sea en Grecia, sea en Roma, la escritura fué siempre considerada, por regla general, como el único método de preparación de la palabra en público.

Es preciso hacer observar que el orador ateniense, por seguro que de sí mismo estuviera, jamás se habría atrevido á abordar la tribuna sin haber cuidado minuciosamente su forma, porque sabía bien que su auditorio era muy delicado.

Puede afirmarse sin temor de engaño, que las arengas que poseemos de oradores griegos, no son literalmente las mismas que pronunciaron en el *Pnyx*; son obras literarias que, con el pensamiento en la posteridad, retocaron mucho sus autores.

Cicerón explica abundantemente, siempre que para ello encuentra pretexto, por qué considera la costumbre de escribir como el método más favorable para formar un orador. Es que no concibe

cuales podrías recurrir como á los mencionados antes: Probus, magno, Valerius, en los códigos ordinarios de derecho, y para tener la significación de las medallas, Sigonius, el mencionado Folzius y otros.

« R. R. R. T. S. D. D. R. R. R. F. F. F. F. »

« Romulo regnante Roma triumphante Sibylla. »

« Delphica dixit: Regnum Romæ viret flamma. »

« Ferro, fame, frigore. »

« Diversas notas de derecho: Instit. por institutiones; authent. por authentica. »

« Si cert. pet. por si certum petatur; De. pa. po. por de patria potestate. »

He procurado hacer la traducción literal de este fragmento para conservar su estilo arcaico.

otro medio de llegar á obtener la concisión y la precisión en los términos. Puedo decir que no pierde ninguna ocasión de declararlo. « Se formará el orador, dice en *De Oratore* (libro III, cap. XLIX), por la costumbre de escribir que es muy propia para perfeccionarnos en todas las partes de la elocución. » En otro lugar (libro II, cap. XXIII), amonesta vivamente á Sulpicius porque persiste en no adoptar este uso de escribir. « Su abundancia es semejante á una tierra fértil en la cual crece mucha hierba. Es preciso ramonearla con el stylo. » Cicerón, por lo demás, no retrocede ante ninguna fatiga cuando debe de hablar en público. Trabaja tanto sus defensas, les consagra tantas vigiliias, que sus amigos le expresan frecuentemente temores por su salud. Escribe y declama. Daba tanta importancia á la conservación y cuidado de sus cuerdas vocales que declamaba á diario; aun á los sesenta y pico de años hacía ejercicios de declamación, la víspera del día en que lo mataron.

No es quizá inútil llamar la atención sobre estos ejercicios declamatorios, á los cuales los antiguos atribuyeron tanto valor. No nos referimos aquí á las declamaciones de escuela, gérmenes de nuestras conferencias de abogados. Se trata de la declamación *á solas*, « en chambre », operada únicamente con el objeto de templar y hacer flexible el órgano. El orador antiguo había comprendido cuán interesante era para él conservar siempre dis-

puesto y alerta el centro de su memoria motriz.

Lo que importa retener sobre todo de estos procedimientos oratorios usados por Cicerón, es la preocupación de la preparación escrita. La llevó muy lejos, demasiado lejos, pues llegó á esta conclusión falsa, que la palabra en público exige expresiones delicadas y particularmente escogidas: « Una carta, escribía á uno de sus amigos, no puede parecerse á una defensa ó á un discurso político. *En ella nos servimos de las expresiones diarias y corrientes* (1). »

Lo que distingue á los oradores latinos de los antiguos oradores griegos, desde este punto de vista, es que, á pesar de la opinión de Cicerón, cierto número de oradores latinos se mostraba poco solícito para la preparación escrita. Aparece ciertamente que Hortensius, el rival. si no el maestro de Cicerón, no participaba de las teorías de su ilustre émulo. Verdad es que Hortensius estaba dotado de una memoria prodigiosa (2), de una memoria que le permitía *componer mentalmente* sus discursos y *leerlos mentalmente* cuando los pronunciaba ante los jueces. Pero la meditación le bastaba y no recurría á la preparación gráfica. Esta composición mental no era una novedad, aun en los tiempos del gran orador latino, porque ya Ci-

(1) Ad. fam. IX, 21. Citado por M. Gastón Boissier, *Ciceron et ses amis*.

(2) Brutus, cap. LXXXVIII.

cerón había citado en *De Oratore* el ejemplo de dos oradores griegos que encontró en Athenas, Carmades y Metrodoro, « que escribían en su espíritu con imágenes como se escribe sobre la cera de las tabletas. » (Lib. II, cap. LXXXVIII.)

Aun en tiempos anteriores, Galba no empleaba ningún procedimiento de escritura. Es preciso confesar, eso sí, que sus medios eran un poco singulares. La víspera del día en que debía pronunciar una defensa, se encerraba con sus esclavos y les declamaba sus preparaciones. Al día siguiente salía, en un estado de excitación extraordinaria, los ojos centelleantes, vehemente, apasionado, y se iba al Foro acompañado de sus desgraciados secretarios *todavía magullados* (*male mulcatis*, dice el texto) por los golpes que les había distribuído durante su laboriosa gestación. Ciertamente Galba era un « motor »!

Queda á lo menos comprobado que Cicerón no pudo soportar nunca la idea de una composición hecha sin el stylo. Para él, los oradores que no redactaban nada antes de aparecer en público, eran perezosos, negligentes ó (esta última acusación es original) gentes que pensaban que su reputación sería más grande si la posteridad no tuviera á la vista sus obras para juzgarlas (1).

(1) Brutus, cap. xxiv.

II

Después de Cicerón, el método gráfico no parece haber sido descuidado por los jóvenes oradores. Un pasaje de Quintiliano nos revela todavía más, que algunos abogados habían tomado la costumbre de llevar su discurso escrito á la audiencia. La anécdota no deja de ser sabrosa : « El célebre Casius tenía una ocasión de adversario á un abogado que leía su defensa en un cuaderno. En un momento dado, exclama, siempre leyendo : « ¿Por qué, Casius, me miras con mirada tan feroz? — Por Hércules, interrumpe Casius, yo no te miro; pero, puesto que eso está en tu cuaderno, ¡toma! » Y le lanzó una mirada terrible. »

Sin embargo, de Cicerón á Quintiliano, el arte de hablar en público había sufrido lo que llamaríamos hoy una evolución. El período de la época ciceroniana había perdido algo de su amplitud y de su majestad. Se multiplicaron los negocios en el Foro, y la exigencia de los jueces impacientes no fué pequeña causa de esta reducción de la frase. Se produjo entonces algo semejante á lo que pasó entre nuestro siglo xvii y la época actual. « Se toleraban antes, dice *Aper* en el *Dialogue des Orateurs*, las pesadas é interminables arengas; se consideraba como un mérito prolongar un discurso

hasta que venía la noche... Hoy, los jueces son menos pacientes y más violentos que antes, imponen á los oradores límites y los llaman al orden de la cuestión (1). »

Los abogados de entonces miraban con cierto desprecio á aquellos de sus colegas que practicaban aún las viejas reglas ciceronianas. El mismo Plinio el Joven, que cultivaba el arte antiguo, no estaba al abrigo de sus críticas; un día fué apostrofado así por un orador de la Nueva Escuela : « Tú, tú te crees en el deber de desarrollar todos los términos medios que forman la causa; yo, á primera vista, descubro el cuello : allí es donde aprieto (2). » *Ego jugulum premo*. El ilustre Pollión que, igualmente, había principiado inspirándose en la letra de las fórmulas ciceronianas, que escribía todos sus alegatos con tanto cuidado que se le tachaba de demasiado minucioso, acabó por resignarse á métodos más expeditivos : « Defender bien, decía con alguna tristeza, me valió defender muchas veces; defender muchas veces, me valió defender menos bien (3). »

Á pesar de todo, Quintiliano persiste en hacerse el apóstol del grafismo. Insiste á cada momento

(1) Citado por M. VICTOR CUCHEVAL, *Histoire de l'éloquence romaine depuis la mort de Cicéron*, t. I.

(2) Citado por O. DE VALLÉE, *L'éloquence judiciaire au xvii^e siècle*, p. 214.

(3) VICTOR CUCHEVAL, *op. cit.*

sobre la necesidad de la escritura para el candidato á la elocuencia.

En el libro X, capítulo 1, declara que la elocuencia no puede tener solidez ni vigor si no se ejercita con el *stylo*. Más adelante repite, con Cicerón, que « el *stylo* es el mejor artesano del discurso ». Insiste en esta idea, en el capítulo 11, afirmando que « lo importante para el orador es escribir lo mejor posible ».

Para él, el orador es el hombre que más necesita escribir, « *cui sapius scribere necesse est* ». En fin, termina con este axioma : « Solamente á fuerza de escribir se logra hablar con abundancia. »

Verdad es que, aunque tímidamente, con mil precauciones, habla, en un capítulo especial, de una preparación hecha por simple meditación (*cogitatio*); llega hasta admitir que se puede improvisar.

Pero para él, la facultad de improvisar no es sino la recompensa obtenida por el orador, hacia el fin de su carrera, de los penosos cuidados que ha consagrado á la preparación escrita.

Sin embargo, Quintiliano no podía desconocer notables excepciones á la regla que formulaba é imponía. Sin contar el caso muy conocido de Hortensius, citábanse, en su tiempo, á lo menos dos oradores célebres que no habían recurrido nunca á los procedimientos gráficos, uno de ellos *Portius Latro* que, á la manera de Carmades, « no escribía

jamás sino en su espíritu », y el otro el fogoso *Cassius* de quien antes hablamos (1).

Fuera de estas excepciones, todo el mundo escribía. En las escuelas de declamación donde se formaban los jóvenes oradores, desde la edad de trece años, se apelaba siempre á la memoria visual de los escolares, haciéndoles componer por escrito arengas que recitaban después de haberlas aprendido de memoria.

III

El predominio concedido en toda la antigüedad al método gráfico, ha hecho nacer la creencia de que los Antiguos no recurrían, para recitar sus obras oratorias, sino á la memoria artificial, y que pronunciaban sus discursos á semejanza de actores que representan su papel en un teatro.

Este es un error que Fenelón ha rechazado con su habitual lucidez, en sus *Dialogues sur l'éloquence*. Vale la pena de ser citado el pasaje (2) :

« Respecto de Cicerón, vense, en algunos lugares de sus arengas, cosas necesariamente imprevistas. Pero nos referiremos á él mismo en esta materia. »

(1) « *Cassius*, escribe Montaigne (lib. I, cap. 1x), decía mejor sin haber pensado en lo que iba á decir. Debía más á la fortuna que á su diligencia. »

(2) *Dialogues sur l'éloquence*. D. II.

Quiere que el orador tenga mucha memoria. Hasta habla de la memoria artificial como de una invención útil: pero todo lo que de ella dice no fija que se deba aprender palabra por palabra de memoria; al contrario, parece limitarse á que se distribuyan exactamente en la cabeza todas las partes del discurso y que se *premediten* las figuras y principales expresiones que deban emplearse. »

La opinión de Fenelon es tanto más notable cuanto que todo el siglo xvii estaba lejos de compartirla. No sólo, sino que era hasta una novedad atrevida para los abogados del Parlamento de París, quienes se hubieran avergonzado de llegar al Palacio sin el manuscrito de sus voluminosas defensas.

Poseo una pequeña obra de retórica, bastante rara, impresa sin nombre de autor en 1675 (1), en la cual el arte de hablar no está distinguido un solo instante del arte de escribir. Y sin embargo, el escritor anónimo, que da pruebas de grande ingenio, ha examinado su tema en todos sentidos y en todas sus fases.

Es imposible que otra preparación que la escrita hubiera podido presidir á la confección de las defensas de *Gautier-la-Gueule*, quien, en febrero de 1646, alegando por el conde de Chabot, comenzaba en estos términos:

« Señores, entre los seis órdenes diferentes que

(1) *De l'Art de Parler*, Paris, André Pralard... M. D. C. LXXV.

los platónicos han hecho de los malos demonios, han observado que los del último orden son llamados: *Huyendo la luz*, y que tienen más artificio y son más malignos que los otros: *Omniformibus imaginibus abundant*, dice Pórfiro en el libro *De Sacrificiis, prodigiorumque machinis maxime fallunt...* La luz que huye (el demonio de impostura) es la que nos alumbra — *διχης οφθαλμος* — más penetrante que los rayos del sol, los cuales reciben algunas veces fracción por los obstáculos opuestos de la tierra (1). »

Por este solo extracto de una defensa de uno de los más famosos abogados de esta época, es fácil ver que si Racine en sus *Plaideurs* difamó al Foro, no lo calumnió.

Los discursos del siglo xvii, defensas ó sermones, lejos de parecerse á la improvisación alada, tienen más bien el aspecto de construcciones macizas y pesadas, y en todo caso, edificadas laboriosamente.

Se componía de manera docta, se recitaba con compunción, ó, según el uso más admitido, se leían pura y simplemente las notas en la audiencia. ®

Los oradores sagrados, al decir de Fenelón, recitaban como verdaderos actores. El mismo Fene-

(1) Citado por M. MUNIER-JOLAIN, *Les Époques de l'Éloquence judiciaire en France*, 1 vol., Perrin & Co, ed. — V, también GAUDRY, *Histoire du barreau de Paris*, tomo II.

lón no aplicó ciertamente siempre los principios que expuso en sus diálogos: sus composiciones oratorias son demasiado pulidas para creer que no las haya recitado de memoria. Se conocen las laboriosas preparaciones de Bourdaloue que dividía, subdividía y resubdividía sus sermones hasta el infinito. También Massillon, con más arte, cortaba en cuatro las ideas. Fléchier era un retórico y un actor de primer orden. Bossuet parece ser el único que comprendió mejor la composición oratoria: « Arrojaba en el papel, dice *Le Berquier*, el plan de sus discursos y esperaba las inspiraciones del púlpito para dar movimiento y vida á sus meditaciones (1). »

El siglo XVIII no trajo un gran cambio en los métodos oratorios. Las defensas continuaron siendo lecturas en los estrados, y había abogados que solicitaban que se suspendiera la audiencia ocho días para pronunciar una réplica. Los más grandes abogados, Cochin entre otros, no abandonaron nunca esta manera de preparar y de recitar sus obras. Habrían creído faltar al respeto debido á los magistrados procediendo de manera diversa.

Entretanto, con el ilustre Gerbier se inicia una evolución. Ciertamente, la penosa preparación gráfica seguirá siendo la base de los procedimientos oratorios. Pero puede decirse que á partir de

(1) LE BERQUIER, *Le Barreau moderne*, p. 93.

este momento, el orador adquiere más confianza en sus propias fuerzas. Desde este momento va á abrirse un foso de demarcación precisa entre la palabra y la escritura. Se comenzará á comprender que las cualidades que hacen al escritor no tienen nada de común con las que hacen al orador, que existe algo más que una división de los estilos, que la pluma se opone á la palabra y que el estilo oratorio quizá no existe.

En la aurora misma del siglo XIX se encontrarán, sin duda, en el estrado, abogados con el manuscrito de su defensa en la mano; algunos tribunales, como el de Burdeos, persistirán mucho tiempo en considerar la lectura de los alegatos como un uso inviolable. Pero bien pronto esta costumbre será considerada por los jóvenes oradores como una cosa defectuosa, y los últimos imitadores de Cochin no serán ya sino los venerables despojos de otra edad.

La Revolución precipitó la ruina de los viejos métodos que gobernaban el arte de hablar. La elocuencia política de esta época borrascosa no permitía las lentas preparaciones de la pluma, y los abogados educados en la antigua escuela, convertidos en hombres políticos, se vieron obligados, muy á su pesar, á improvisarse « improvisadores ». Veremos en el próximo capítulo ejemplos curiosos del desconcierto que produjo en los cerebros la subversión de los métodos.

Sin embargo, sería falso decir que esta transformación se operó en un instante. En la última mitad del siglo XVIII la influencia de Gerbier se había hecho sentir eficazmente, y un considerable número de abogados, mucho antes que Danton, habían comenzado á defender teniendo á la vista solamente algunas notas sencillas. Hasta los tratados didácticos se resentían de este nuevo estado de espíritu.

Un abogado del Parlamento, que ha quedado desconocido, hizo aparecer, en 1776, un compendio « sobre la elocuencia en los tribunales » (impreso por Laporte, librero, calle de Noyers), que contiene opiniones muy interesantes.

En ese compendio el autor protesta contra el uso muy frecuente de leer las composiciones oratorias. Prueba que este uso impide que la acción del orador tenga naturalidad :

» Tiene también el inconveniente, escribe, de esclavizar al orador á lo que ha compuesto y de quitarle la presencia de espíritu y la fuerza necesarias para *equilibrarse á la impresión que advierte en el espíritu de los jueces*, replicar incontinentemente, ó responder á las interrupciones que puede lanzarle su adversario. Por otra parte, es cosa deplorable aprender de memoria su defensa conforme al sistema de los predicadores.

« El joven orador deberá primero componer completa su defensa por escrito, después meditarla para penetrarse bien del plan, ejercitarse luego re-

petidas veces en su gabinete, no para repetir fielmente lo que ha escrito, sino para defender como si se estuviera en el tribunal, preocupándose tan sólo de conservar el plan y el orden, sin inquietarse de los cambios que se hagan en las expresiones, con tal de que presenten las ideas con exactitud y claridad. Este método *servirá* para fijar en el espíritu esta « memoria de las cosas », la única que debe interesar al orador. »

Hoy estos consejos pueden parecer vulgares : en el siglo XVIII tenían un alcance revolucionario. La precisión de los términos empleados revela, además, á un escritor de gran calor.

IV

En nuestros días, la transformación inaudita que ha sufrido la palabra en público, en todos los géneros, no ha dejado de impresionar á algunos neoretóricos. En un libro cuya lectura ha llegado á ser insípida, M. de Gormenin, que por el año de 1840 era más conocido con el sobrenombre feroz de Timon (1), ensayó hacer la psicología del orador. No lo logró suficientemente. Divide á los oradores en tres categorías :

(1) TIMON, *Le Livre des orateurs*, 1 vol., Pagnerre, ed., París, 1840.

- 1.º Los que leen lo que han escrito;
- 2.º Los que recitan lo que han aprendido;
- 3.º Los que improvisan.

Después, define así al *improvisador*: « el que ignora todo lo que va á decir y no sabe nunca cómo va á decirlo. »

Es de toda evidencia que un escritor que hoy emprendiera la ingrata tarea de rehacer el Libro de los oradores, comenzaría por suprimir de la lista los lectores y los recitadores.

En cuanto á la definición de la improvisación, tal como la formuló Timon, veremos á poco que es falsa en más de un punto. Un improvisador que correspondiera exactamente á la fórmula propuesta por M. de Cormenin, tendría cuando más el talento de palabra que un corredor en vinos necesita para colocar su mercancía.

De todos los autores que han procurado rejuvenecer las viejas retóricas, el que me parece que ha sido más afortunado, cuyas teorías, en todo caso, se encuentran más cerca de la verdad, es M. Eugène Paignon, autor de un tratado que apareció en 1846 y que ha sido refundido recientemente en la nueva edición de 1888 (1).

El único defecto que me creo en el deber de reprochar á esta obra, es una fraseología que hace su lectura casi insoportable. Nunca, tal vez, ideas tan

(1) *Éloquence et improvisation*, por EUGÈNE PAIGNON, antiguo abogado de la Corte de Casación, Pedone-Lauriel, ed.

originales han sido ahogadas en un estilo tan fastidioso.

El inmenso mérito de M. Paignon ha sido el de proclamar que todo método oratorio basado en la preparación escrita es una añagaza, y que la improvisación es, no un don del cielo, *sino una costumbre que puede adquirirse en virtud de actos reiterados*.

Así pues, desde 1846, M. Paignon tuvo la sagacidad de protestar contra el método que, á pesar de sus esfuerzos, continúa estando en boga tanto en nuestros palacios de justicia como en nuestra Universidad.

Ciertamente la preparación gráfica del discurso no ha impedido á grandes oradores conmover á las multitudes y llegar á las alturas de lo sublime; pero dígame cuanto se quiera, constituye para los estudiantes de elocuencia el más detestable de los procedimientos. No está ya de acuerdo con las necesidades de nuestra época, es un legado de las viejas edades, mantenido aún por una educación que tiende, de grado ó de fuerza, á hacer de cada uno de nosotros verbo-visuales. Debido á la preparación gráfica, muchos jóvenes, en el fondo bien dotados para el ejercicio de la palabra, se han detenido en la mitad del camino llenos de desaliento. Á ella también debe atribuirse en parte el disgusto que hoy inspira la vieja retórica.

¡Cuántas buenas voluntades han sido aniquila-

das por la lectura de esos tratados en los cuales se habla del « don oratorio », de « la inspiración divina », de las « cualidades que se adquieren naciendo », del « rayo de la improvisación »!

¡ Cuántos buenos muchachos han esperado bajo el olmo ese rayo que no los ha herido ! ¡ Cuántos han perdido su tiempo en escribir y volver á escribir sus discursos, con el pretexto de que *tal cosa había dado excelentes resultados á Jules Favre!* Y de ese sistema ¿ qué ventajas serías han podido obtener, si no es en lo que se refiere al « estilo » el « estilo », esta bestia negra de la elocuencia moderna ?

Sabedlo bien, de una vez para siempre, no hay cosa que sea más contradictoria al desarrollo oratorio que la preparación por escrito. Si grandes oradores han llegado á la suprema elocuencia, ha sido sin ese método, mejor dicho, á pesar de él.

Hoy día, los recientes datos científicos han venido á confirmar los felices hallazgos de M. Paignon.

Posible es trazar el compendio de un método racional. Me esforzaré en hacerlo.

Y si hay alguien que me reproche no tener para ello la autoridad necesaria, le responderé repitiendo por mi cuenta esta palabra burlesca de Quintiliano, « que los que han disertado más sobre el arte oratorio han sido muchas veces medianos oradores. »

Apéndice al Capítulo IV (Nota de la 3.ª edición)

M. Paignon, que fué uno de los huéspedes amados del palacio de justicia, en donde ejerció largo tiempo la profesión de abogado en la Corte de Casación, desde 1840, había expuesto empíricamente muchos de los principios que he desarrollado, — como lealmente acabo de reconocerlo.

Predicó en el desierto y mucho me temo no ser más afortunado que él. Los presidentes que se suceden en el Palacio persisten en recomendar el método de Jules Favre. He aquí cómo todavía se expresaba á este respecto M. Ployer, en su discurso de la presidencia (año 1897) :

« Queréis saber algo más preciso, más práctico, si existen procedimientos, métodos que permitan domar las rebeldías de la palabra para conquistar, con la improvisación, su poder soberano.

« Este método existe, tan sencillo cuanto seguro, al alcance de todos; hasta os parecerá que es de orden casi físico, que es el desarrollo natural de la misma facultad, si os tomáis tan sólo el trabajo de calcular la corta separación que se establece entre la marcha de una palabra que se retarda y la de una escritura que se apresura.

« Así pues, en la escritura está el *método eterno* empleado tan constantemente, añadiré tan gloriosamente, que vuestro amor propio de jóvenes ora-

dores puede, os lo aseguro, someterse á él con docilidad. »

A pesar del innegable prestigio de M. Ployer, me veo obligado á reconocer que la experiencia de todos los que han seguido el método racional, trazado en el capítulo siguiente, es favorable á mi tesis. Cuento por centenares las cartas que me han llegado — algunas de ellas provienen de eminencias oratorias — en las cuales se hace constar que la pretendida necesidad de la preparación gráfica es una ilusión.

CAPÍTULO V

Plan de un método racional.

Sumario : *Preparación gráfica y preparación mental.* — *El camino de los escolares.* — *El sistema de JULES FAVRE.* — *Métodos del verbo-motor, del auditivo, del visual.* — *La innervación de las cuerdas vocales.* — *Las especialidades cerebrales.* — *Nuestra educación universitaria, su defecto.* — *Opinión de M. J. REINACH.* — *La premeditación oral.* — *Las notas y las transiciones.* — *Observación de MONTAIGNE.* — *La Información del moderno foro de Bruselas.* — *M. BRUNETIÈRE y la elocuencia.* — *Opinión de THIERS.*

I

El método racional de preparación del discurso debe apoyarse en estas dos proposiciones :

1.º La preparación gráfica somete el cerebro del orador á una serie de trabajos inútiles; exige un verdadero despilfarro de fuerzas.

2.º La preparación puramente mental es la más corta, la más lógica, la más adecuada al objeto que se trata de alcanzar.

dores puede, os lo aseguro, someterse á él con docilidad. »

A pesar del innegable prestigio de M. Ployer, me veo obligado á reconocer que la experiencia de todos los que han seguido el método racional, trazado en el capítulo siguiente, es favorable á mi tesis. Cuento por centenares las cartas que me han llegado — algunas de ellas provienen de eminencias oratorias — en las cuales se hace constar que la pretendida necesidad de la preparación gráfica es una ilusión.

CAPÍTULO V

Plan de un método racional.

Sumario : *Preparación gráfica y preparación mental.* — *El camino de los escolares.* — *El sistema de JULES FAVRE.* — *Métodos del verbo-motor, del auditivo, del visual.* — *La innervación de las cuerdas vocales.* — *Las especialidades cerebrales.* — *Nuestra educación universitaria, su defecto.* — *Opinión de M. J. REINACH.* — *La premeditación oral.* — *Las notas y las transiciones.* — *Observación de MONTAIGNE.* — *La Información del moderno foro de Bruselas.* — *M. BRUNETIÈRE y la elocuencia.* — *Opinión de THIERS.*

I

El método racional de preparación del discurso debe apoyarse en estas dos proposiciones :

1.º La preparación gráfica somete el cerebro del orador á una serie de trabajos inútiles; exige un verdadero despilfarro de fuerzas.

2.º La preparación puramente mental es la más corta, la más lógica, la más adecuada al objeto que se trata de alcanzar.

Tratemos de hacer un análisis psicológico del trabajo invertido por el orador gráfico :

1.º Está obligado á entregarse, en primer lugar, á un trabajo de combinación mental, trabajo del que están dispensados solamente los *gráficos puros*, es decir, los que encuentran las ideas al escribirlas ; y este tipo, como se sabe, es bastante raro.

Necesita, si es auditivo puro, evocar el demonio interior, hacerse halbar. Es preciso que el pensamiento se exprese previamente en lenguaje interno.

2.º Por medio de una segunda operación intelectual, el lenguaje interior debe ser traducido exteriormente en lenguaje escrito. Ahora bien, en la mayoría de las veces, ¿qué es lo que resulta? Esta *expresión que exterioriza* las imágenes gráficas desahoga simplemente el centro de la memoria motriz gráfica y disminuye la fuerza de tensión de las imágenes. Puede decirse que la memoria *se descarga* por medio de la escritura. Y esto es tan cierto, que muchos escritores afirman que leyendo lo que acaban de escribir, *tienen la sensación de leer algo nuevo*. ¡ Cuántas veces he oído decir, en mis investigaciones orales : « Leo mi obra por primera vez cuando la veo impresa ! »

Desde el punto de vista de la palabra exterior, no solamente la escritura no sirve de nada, sino que también se resuelve en un *infructuoso* gasto de energía mental.

3.º El orador está obligado después de esta doble operación, si no quiere perder los beneficios que de ella obtiene, á efectuar una tercera, que consiste en cargar su memoria verbo-visual con el lenguaje gráfico que ha expresado. El orador se jacta, en este caso, de no aprender de memoria. Cuando dice esto es sincero, pero el desgraciado ignora que, en realidad, se sirve de su memoria verbo-visual bruta. Si su memoria bruta es mala, llega al sistema de Jules Favre, es decir á copiar dos veces, tres veces y más su discurso. Afirma entonces gravemente que este sistema le ha proporcionado palabras más exactas, fórmulas más precisas, expresiones más escogidas.

Es perfectamente cierto : puedo añadir que si es « gráfico puro », habrá podido de ese modo engastar nuevas ideas en su plan primitivo. Pero todo esto tiene por resultado desarrollar en él cualidades de escritor, no cualidades de orador, sobreexcitando sus centros visuales. Copiar muchas veces es aprender de memoria por medio de la memoria bruta gráfica, del mismo modo que el niño perezoso que aprende su lección hablandola muchas veces de dientes afuera, la fija en su memoria bruta verbo-motriz. ®

4.º Cuando el discurso queda fijado así en las memorias visuales, ya sea vagamente, ya de una manera precisa, el orador está obligado á establecer una correspondencia entre sus memorias vi-

suales y su centro motor de articulación, nuevo trabajo frecuentemente penoso. Es este el trabajo que hacía Cicerón en sus fatigosas declamaciones, y el que hacía Demóstenes en su sótano. Cerebralmente, esta tarea se divide en dos partes, la primera consiste en suavizar las fibras nerviosas que conducen de los centros visuales á los centros motores de articulación, y la segunda comprende el ejercicio de las fibras centrífugas de articulación.

El camino que sigue así el orador para traducir su lenguaje interior en lenguaje externo, puede ser llamado muy justamente el camino de los escolares.

Pasemos ahora al trabajo verdaderamente metódico del meditativo, del que merece ser llamado « improvisador ».

Este no debe de tener sino un objetivo : *hacer trabajar su memoria motriz de articulación.*

Si tiene la ventaja de haber nacido motor de articulación, su trabajo es de los más fáciles. En él las palabras están sobre todo representadas por las imágenes de los movimientos necesarios para pronunciarlas. He descrito suficientemente en el capítulo II la afortunada situación de este « tipo », desde el punto de vista del arte oratorio.

El único defecto de que deberá precaverse es la extrema volubilidad que casi siempre se resuelve en farfulla. Tendrá, pues, que clasificar, coordinar, colocar en su cerebro materiales verbales

que serán muy dóciles en obedecerlo. Sus ejercicios declamatorios deberán tender á moderar su órgano, á articular con lentitud y con claridad. Deberá aprender á *escucharse hablar*, hasta en la conversación ordinaria.

En él, las múltiples operaciones cerebrales á que se sujeta el gráfico se reducen á una sola.

El método del auditivo que quiere practicar la palabra no es tampoco complicado, porque mi convicción, ya expresada, es que no necesita de mucho un auditivo, aun del tipo más puro, para llegar á ser un verbo-motor, si no existe en su sistema nervioso motor ningún trastorno serio.

Es preciso acordarse, en efecto, de lo que decía Lichtheim, « que el centro auditivo manda al centro de Broca » (1), y de este principio, desarrollado desde los comienzos de este estudio, « que las palabras oídas son almacenadas en el estado de tensión. »

La educación del auditivo que quiere llegar á ser orador, debe sobre todo consistir en establecer buenas relaciones entre el centro de las palabras oídas y el centro de las imágenes de articulación. Para esto, el auditivo debe desterrar rigurosamente toda intervención de la memoria visual. Desde el momento en que conozca su materia en sus líneas generales, debe obstinarse en desarro-

(1) Citado por P. Blocq, *op. cit.*, p. 14.

llarla con la simple meditación, y luego con el lenguaje en voz alta. La primera condición para un no-motor que quiere « hablar » es convertirse en motor de articulación. Es esta una educación que hay que hacer, educación relativamente fácil con mucha buena voluntad. Es necesario adiestrarse. Todas las mañanas, aun cuando no sea sino un cuarto de hora, debe improvisarse en alta voz sobre un tema cualquiera; es preciso *innervar* las cuerdas vocales, teniendo siempre presente en la memoria el axioma de Paignon: « Se enseña uno á improvisar por medio de actos repetidos. »

¿Es acaso tan difícil empeñarse en desarrollar todos los días, durante un corto lapso de tiempo, el más vulgar de los lugares comunes? En todo caso, no cuesta mucho ensayar dos ó tres meses.

En cuanto al verbo-visual y sobre todo al motor gráfico puro, el oficio de hablar en público es para ellos, en verdad, de un difícil aprendizaje. Los exhorto sin embargo á que no retrocedan ante la tarea que van á emprender. Como primera condición de éxito deben abandonar los procedimientos visuales, y adiestrarse en la *motricidad auditiva*. Hacerse leer en alta voz, procurar retener algo de esas lecturas y repetirlas con la menor inexactitud posible, recurriendo tan sólo á la memoria auditiva. No escribir nada antes de haber ensayado componerlo en alta voz. ¿Hay algo de penoso en tomar como programa no escribir nunca una carta

antes de haberse hablado á sí mismo su contenido aproximativo? Es preciso enseñarse á *articular* el pensamiento: á este precio se obtiene el éxito.

En resumen: el hombre que piensa vive de dos capitales: el capital de las *palabras oídas* y el capital de las *palabras vistas*. El capital que debe empeñarse en desarrollar el que quiere llegar á ser orador profesional, es el *capital de las palabras oídas*. Á menos de ser uno de esos prodigios raros que reúnen todas las superioridades, el individuo que quiere sobresalir en un arte debe particularizar las funciones de su cerebro que permiten el ejercicio de ese arte. Es esta una resultante del principio mismo de la división del trabajo.

M. Saint-Paul, hablando como médico más que como artista, dice que el hombre normal, el hombre completo y equilibrado es el *indiferente*, en el cual todos los centros nerviosos están igualmente en funciones. Sí, pero este equilibrado será probablemente una medianía. M. Gilbert Balley había escrito antes que el « tipo » ideal era el que estaba mejor armado en la lucha por la vida, porque si perdía uno de sus centros le quedaba la suplencia de los otros. ¡Y bien, no! Ya sea que nos coloquemos en el punto de vista del egoísta « combate por la existencia », ya sea que nos pongamos en el punto de vista de una humanidad altruista, es preciso proclamar que, sea en un interés personal, sea para la común utilidad, el hombre debe

tener una tendencia continua á perfeccionar las cualidades especiales de su cerebro. — En esta condición reposa el Progreso.

Es, pues, necesario que, en la educación de la juventud actual, en el momento en que las vocaciones se bosquejan, se dé, como ya lo habían intentado los antiguos, un lugar especial á todos los que tengan como función social la de hablar en público. No sólo, sino que sería interesante que, en determinada medida, los jóvenes llamados á recibir la educación integral se adiestrasen desde el liceo á hablar en público, á menos que á ello no se opongan sus disposiciones orgánicas. Esto es lo que ya han hecho, con mucho éxito, los americanos y los ingleses (1).

(1) Creo de mi deber insertar aquí un fragmento de una bella carta que me envió *M. Delvaille*, profesor agregado de filosofía, poco tiempo después de haber salido á la venta la 2.ª edición: « Decís que nuestra educación es sobre todo visual y que se tiende á hacernos gráficos. Esto era cierto antes, pero ya no lo era en mi tiempo. Nuestros profesores de « Charlemagne » nos acostumbraban á hablar, á tratar alguna pequeña materia ante nuestros camaradas. Y lo que se comenzaba á hacer cuando era yo alumno, procuro ahora que sea un ejercicio normal en la clase... Desde que soy profesor siempre he hecho hacer este ejercicio. Doy á un alumno un capítulo de libro para que lo analice. Lo hago subir á la cátedra y exhorto á sus camaradas á que tomen notas, como si yo mismo diera la lección. Debo confesar que he luchado mucho para decidirlos á que *hablen* verdaderamente. Algunos me hacían, primero, simples lecturas, como si se tratara de una composición; otros aprendían de memoria. Los he acostumbrado á lanzarse, quitándoles la

Desgraciadamente, entre nosotros la educación ha permanecido visual. Tiende á hacer de todos, en la mayor proporción posible, gráficos. En nuestras clases de retórica el discurso francés no admite sino el discurso escrito. Las más de las veces las recitaciones se hacen « textualmente ».

Es preciso decidirse á enseñar á los adolescentes á « improvisar ». Esta idea hará tal vez sonreír á los que aman solamente los caminos trillados.

No debe olvidarse, sin embargo, que si la improvisación no es un don de la naturaleza en la mayoría de los oradores, sino que se enseña y se aprende, no puede aprenderse ya á contar de cierta edad. *M. Joseph Reinach* escribía recientemente, después de Cormenin, que no se aprendía á improvisar una vez pasados los cuarenta años (1). ¡ Ay! creo que es necesario rebajar todavía algo de esa cifra. Cuando se quieren practicar después de los treinta años, aun después de los veinticinco, los preceptos cuyo resumen he procurado exponer, se encuentran dificultades insuperables. En todo caso, los esfuerzos resultan mucho más penosos que cuando el cerebro posee todavía la maleabilidad de los veinte años. Esta es la idea que expresaba excelentemente el retórico romano cuando

palabra si el procedimiento no era el que yo quería, y si, por lo mismo, el ejercicio no llenaba su objeto. »

(1) J. REINACH, « *Le Conciones français* ». Introducción, 1 vol., Delagrave, ed.

decía que « cada uno prefiere atenerse á lo que sabe que aprender de nuevo, y que se considera siempre como el mejor camino el que ya se ha recorrido una vez » (1).

Así pues, lo mejor es estudiar el arte de hablar desde la primera juventud. He aquí por qué dedico estos ensayos principalmente á los jóvenes.

Me permitiré añadir, para que la juventud los utilice, algunos consejos, resumiendo con la energía de que soy capaz el método que preconizo.

Rechazo enérgicamente en la elaboración del discurso toda preparación escrita. La *premeditación verbo-motriz* es, á mi entender, la única que puede formar un orador. Llamo principalmente la atención sobre los procedimientos que empleaba Francisque Sarcey y que señalaré en el capítulo próximo.

Importa que esta *premeditación* sea trabajada con el mayor cuidado. Si se hace de una manera vaga, poco precisa, no servirá de mucho. El empleo de la meditación débil y perezosa ha dado cierta fuerza á las objeciones de los gráficos, cuando éstos han pretendido que solamente la es-

(1) QUINTILIANO.

critura podía dar á los discursos una forma precisa y firme. Nada impide, en una preparación mental, ceñir el estilo y obtener precisión en las expresiones. Es necesario no contentarse con crear imágenes fugitivas y decir : « ¡Bah ! ; esto se fijará después ! » Importa que cada idea tenga marcados sus contornos. Débese buscar este ideal : que las palabras del discurso que va á decirse sean pronunciadas en el cerebro de un modo tan perfecto como ante el mismo público. Contentarse con el « poco más ó menos » en la meditación es un mal método. La fijación de las imágenes que formarán el discurso será tanto mejor cuanto más tenaz haya sido el esfuerzo para fijarlas. Sobre todo, no esperéis nunca que la forma venga por *accesión*. Verdad es que lo importante es el fondo mismo del discurso : en las ideas y no en las palabras debe encontrarse el enlace racional, la cohesión de la obra oratoria. Á su encadenamiento natural deberá el orador esta lógica de la « bala de cañón », que arrastra las convicciones. Pero la forma tiene un precio incalculable, y el que no medita la forma al mismo tiempo que el fondo, corre el riesgo de quedarse entre las medianías.

No toméis notas sino después de haber meditado. Las notas tienen la grande utilidad de asegurar las transiciones. Sería mejor, seguramente, abstenerse de ellas, como hacen los privilegiados. Pero podría sucederle al imprudente orador lo que

tan graciosamente contaba M. Sarcey en sus recuerdos de conferencista: olvidar, por la falta de una señal escrita, la tercera parte de lo que debía decir. La transición de una idea á la otra ha sido siempre señalada por los retóricos como el gran escollo de los candidatos al arte del bien hablar. ¡Es preciso « hipnotizarse » sobre las transiciones!

Sobre todo, ¡tened audacia! Desgraciado del que no la tenga para afrontar el auditorio, muchas veces tanto más temible cuanto más tranquilo y silencioso. Es preciso reconocer, con tristeza si queréis, que la modestia es una virtud funesta al orador, lo mismo que la presunción es para él el más precioso de los defectos (1). Los audaces tie-

(1) Extracto de una carta que me ha dirigido M. Max Nordau: « No sólo es la elocución la que hace al orador. En su éxito ó en su fracaso entra todavía otro elemento, de orden puramente psicológico, y que nada tiene que ver con la memoria especial y con el estado de los diversos centros del lenguaje hablado ó escrito. Este elemento es la mayor ó menor fuerza de carácter, que se traduce ya por la timidez, ya por la confianza en sí mismo.

« La timidez ejerce una acción inhibitoria sobre los centros del lenguaje que les impide absolutamente funcionar, sean psico-motores, auditivos ó verbales. Esta timidez puede tener causas muy diversas, cuyo análisis detallado sería muy interesante (orgullo, cobardía, exceso de fantasía, instinto social demasiado desarrollado, idea exagerada de las consecuencias que puede tener una derrota oratoria, etc.). En todo caso, no debe omitirse este estudio al hacer la psico-fisiología del orador. »

M. Nordau tiene sobrada razón en denunciar la influencia de la timidez en el arte oratorio. Á este propósito, sólo en-

nen de su parte todas las fortunas, porque son numerosos los que, antes de ser consagrados como perfectos oradores, han impacientado á más de un auditorio. Todos los que han podido ver en el trabajo y seguir durante algunos años á jóvenes oradores, mal dotados pero perseverantes y desdeñosos de los métodos gráficos, han quedado estupefactos al tener que comprobar progresos sorprendentes (1). En cuanto á los gráficos, llegan

cuentro este consejo que dar: afrontarla comenzando por « platicar » ante auditorios de amigos. Sin embargo, numerosos ejemplos establecen que este defecto del carácter ha resistido á toda clase de esfuerzos. Se vencen más fácilmente los defectos físicos que los defectos morales.

(1) No debe creerse que, en general, el auditorio esté mal dispuesto para con los oradores que demuestran inexperiencia. El público no detesta en el orador un embarazo que le prueba la modestia ó la sinceridad del que á él se dirige. Algunos conferencistas considerarán hasta como una habilidad las vacilaciones estudiadas del exordio. Nuestro admirable Anatole France ha emitido á este respecto una teoría que resume así:

« Ciertamente la tribuna no es para los oradores penosos; éstos hacen compartir á sus oyentes la fatiga que experimentan; por una simpatía involuntaria se sufre con sus sufrimientos. Pero un orador de palabra demasiado fluida que se derrama en corriente uniforme, no inspira en una asamblea más que un interés superficial. Es preciso que el que habla parezca buscar y escoger sus ideas y sus palabras. Debe ser rápido en buscarlas y acertado en escogerlas; más aun, una y otra cosa deben sentirse en algunas inflexiones de la voz y en ciertas detenciones de la recitación. Es necesario, en fin, que el trabajo del pensamiento permanezca sensible en medio de la acción oratoria. » (ANATOLE FRANCE, *La Vie littéraire*, tomo IV. Calmann-Lévy, ed.)

al apogeo desde su primer ensayo y no pasan de allí, se repiten lamentablemente.

¡Esmeraos en la dicción! Cuidadla tanto más cuanto más grande sea vuestra facilidad. ¿Sois como el locuaz orador *borbollón* de que habla Montaigne, cuyas palabras se precipitan « á semejanza del agua, que por su fuerza de aceleración, por su violencia y abundancia no puede encontrar salida en un gollete abierto » (1)? Ejercitaos entonces en articular limpiamente y en evitar los traspies de las sílabas. Lo mejor para el principiante que hace sus primeras armas, es asegurarse la presencia, á su lado, de un amigo sincero y adicto que le señale los defectos y le reprima los extravíos. « Lo que hace falta á los jóvenes, decía el consejero M. Beltjens respondiendo á la investigación del foro de Bruselas (2), es un patrono que de cuando en cuando diera una lección de arte oratorio, que los autorizara á leer delante de él una memoria deteniéndolos en el momento necesario

(1) MONTAIGNE, lib. I, cap. ix. — Respecto de la velocidad de las palabras en el arte oratorio, ved un artículo de M. Egger en la *Revue philosophique* de julio de 1895. — Un orador, M. de Parieu, pronunciaba hasta 220 palabras por minuto. M. Déroulède alcanza esas proporciones. El término medio ordinario de los que saben decir bien es de 90 á 150 palabras por minuto.

(2) *Enquête sur la plaidoirie*. Respuesta al cuestionario del Círculo de estudio del joven foro de Bruselas. V. Larcier, ed. Bruxelles, 1891.

para corregir sus entonaciones de voz, su pronunciación, su recitación. »

En el mismo orden de ideas, aconsejaría con especial empeño á los principiantes, aunque esta opinión se haya vulgarizado, que cuotidianamente escuchen hablar á buenos oradores. Los jóvenes tienen una tendencia marcada á desdeñar esta costumbre excelente. La rutina dictaba este precepto á los viejos retóricos. Hoy, la ciencia psicológica más verdadera proclama que « el oído hace al orador ». Llenad, pues, vuestros oídos de bellos períodos sonoros, enriqueced vuestra memoria verbal con expresiones escogidas, con fórmulas concisas, y con palabras supernumerarias que darán vida á vuestros futuros discursos. Recordad que el espíritu humano se alimenta de IMITACIÓN, y que el poder enorme de esta « fuerza social » ha sido puesto de relieve, de un modo sorprendente, por el genio de Tarde (1). Poned el mismo cuidado en seguir á los buenos oradores que en huir de los malos, pues parece que nos impregnamos más pronto de los defectos de otro que de sus cualidades. ¿Á quién no le ha pasado tartamudear después de una hora de conversación con un tartamudo, y de farfullar después de oír á un farfulla (2)? He aquí por qué las grandes ciudades en donde se encuentran los conferencistas disertos, los políticos

(1) G. TARDE, *Les Lois de l'imitation*, 1 vol., Alcan, ed.

(2) V. G. BALLEET, *op. cit.*, p. 25.

elocuentes y los abogados de talento constituyen por excelencia los medios de cultivo del arte oratorio.

Desconfiad *principalmente* de todo lo que pueda recordar, en un discurso, el *estilo* del escritor. Todos los ornamentos de la antigua retórica son el espolio del orador moderno. La palabra en público no puede tener sino un solo objeto lógico: hacer penetrar el pensamiento del orador en la inteligencia de los oyentes y hacerlo penetrar *al vuelo*. Persuadámonos, esto es ya un esfuerzo extraordinario, gigantesco. De una manera general, todo el empeño del orador debe tender á no salir de las fórmulas que usualmente comprenden sus contemporáneos. Por eso, á pesar de su vanidad por « el estilo », los buenos oradores de los siglos pasados no pudieron jamás hacer otra cosa que arrastrarse remolcados por los escritores. No fueron nunca, literariamente hablando, sino rezagados, y, digamos la palabra, medianías. Á este precio se hicieron oír. La vulgaridad es casi una de las condiciones de la elocuencia, y esto es lo que seguramente ha querido poner en claro M. Egger al escribir: « Mientras más vulgar es un pensamiento, más fácilmente se expresa. »

Me ha llamado la atención ver con cuánta obstinación ha insistido sobre esta inferioridad persistente del género oratorio el crítico más sagaz de nuestra época. Seamos modesto. Inclinémonos

ante su sentencia. ¡Sí, todos los géneros del arte de hablar se resienten de la mediocridad, no la soportan tan sólo, la consienten, y puede llegarse á decir que de ella viven! Sí, una de las razones que ciertamente han contribuido en Francia á desacreditar la elocuencia del foro, ha sido su pretensión de ser *elocuencia* (1).

Así pues, procurad ser sencillos en vuestros discursos, y no emplear ninguna palabra, ninguna expresión que no esté en el lenguaje usual. Toda la obra oratoria debe resumirse en una cualidad suficientemente difícil de realizar para que sea permitido no buscar otras: la claridad. Dejadle la palabra rara al poeta y la palabra profunda al filósofo. ¡Oh! desconfiad sobre todo de la profundidad: decir de un orador que es « profundo » es dirigirle una terrible injuria. En fin, en todas las circunstancias, tened presente en la memoria esta notable observación de *Thiers*: « He vivido, decía, en las asambleas, y una cosa me ha llamado la atención: cuando un orador hacía lo que se llama una frase, el auditorio sonreía con un desdén indecible y cesaba de escuchar (2). »

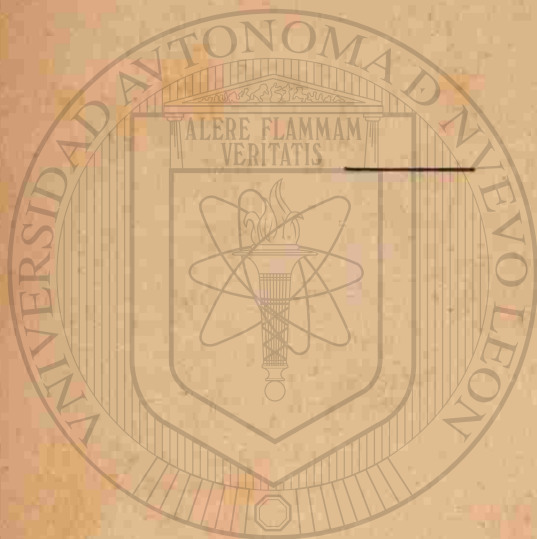
Un último consejo: Si creéis que baste haber[®] leído un libro sobre el arte de hablar para llegar

(1) BRUNETIÈRE, *Revue des Deux Mondes*, 1º de mayo de 1888.

(2) LUDOVIC HALÉVY, *Notes et Souvenirs*, citado por M. ARREAT, *Mémoire et Imagination*, 1 vol., Alcan, ed.

á ser orador, arrojad inmediatamente éste al fuego.

¡Y ahora, oh jóvenes, ceñíos los lomos y buena suerte!



CAPÍTULO VI

Psicología de los auditorios. (Auditorios ocasionales.)

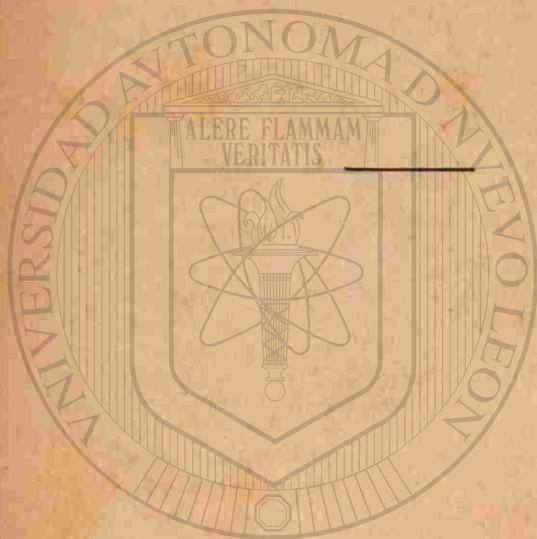
La psicología de la multitud. — Opinión de MAX NORDAU. — Clasificación del Dr. LE BON. — Auditorios ocasionales y permanentes. — El orador es un conductor. — La ignorancia se acumula. — El prestigio del orador. — La conquista del auditorio. — Arte oratorio y arte dramático. — Una frase de M. DE CUREL. — La versatilidad del público accidental. — El charlatanismo oratorio. — El gesto y la mímica. — El hipnotismo y la acción. — Las preocupaciones de la multitud. — El aguijón.

La psicología de la multitud ha sido, desde hace diez años, objeto de trabajos tan numerosos que es difícil dar la bibliografía completa de ellos (1).

(1) SCIPIO SIGHELE, *La Foule criminelle*, 1 v. Alcan, ed., 1892. — G. LE BON, *Psychologie des foules*, 1 v. Alcan, ed., 1896. — G. TARDE, *Les Lois de l'imitation*, 1 v. Alcan, ed., 1895. — F. SARCEY, *La Foule au théâtre*, en la *Revue politique et littéraire*, 2º semestre 1897. — MAURICE SPRONCK, *La Psychologie des foules*, en la misma *Revue*, agosto 1897. — MAX NORDAU, *Paradoxes sociologiques*, 1 v. Alcan, ed.

á ser orador, arrojad inmediatamente éste al fuego.

¡Y ahora, oh jóvenes, ceñíos los lomos y buena suerte!



CAPÍTULO VI

Psicología de los auditorios. (Auditorios ocasionales.)

La psicología de la multitud. — Opinión de MAX NORDAU. — Clasificación del Dr. LE BON. — Auditorios ocasionales y permanentes. — El orador es un conductor. — La ignorancia se acumula. — El prestigio del orador. — La conquista del auditorio. — Arte oratorio y arte dramático. — Una frase de M. DE CUREL. — La versatilidad del público accidental. — El charlatanismo oratorio. — El gesto y la mímica. — El hipnotismo y la acción. — Las preocupaciones de la multitud. — El aguijón.

La psicología de la multitud ha sido, desde hace diez años, objeto de trabajos tan numerosos que es difícil dar la bibliografía completa de ellos (1).

(1) SCIPIO SIGHELE, *La Foule criminelle*, 1 v. Alcan, ed., 1892. — G. LE BON, *Psychologie des foules*, 1 v. Alcan, ed., 1896. — G. TARDE, *Les Lois de l'imitation*, 1 v. Alcan, ed., 1895. — F. SARCEY, *La Foule au théâtre*, en la *Revue politique et littéraire*, 2º semestre 1897. — MAURICE SPRONCK, *La Psychologie des foules*, en la misma *Revue*, agosto 1897. — MAX NORDAU, *Paradoxes sociologiques*, 1 v. Alcan, ed.

Lo que resulta claramente de las observaciones de todos los escritores, es que existe una diferencia considerable, en la manera de obrar y de reaccionar, entre un individuo y un grupo de individuos. La lógica individual y la lógica colectiva no se parecen. La multitud tiene maneras particulares de sentir, de razonar, de comprender.

Se admite generalmente que cuando un grupo de hombres se vuelve multitud, se forma en él una alma nueva y común que corresponde á una media de las almas individuales que componen la reunión. El resultado de la amalgama obtenida así es más bien inferior á lo normal, como inteligencia y moralidad. — *Sighele* hace notar que ya la sabiduría vulgar había señalado desde hace mucho tiempo este hecho que recientemente han comprendido los psicólogos. Un antiguo refrán latino proclamaba: *Senatores boni viri, senatus autem mala bestia*. « Cada uno de los miembros del Senado considerado en particular es un excelente hombre; pero el Senado, considerado en su conjunto, es una mala bestia. » No es necesario escudriñar mucho tiempo las crónicas de nuestras asambleas parlamentarias para convencerse de la triste actualidad de la vieja máxima.

Max Nordau, de quien ya he citado un pasaje notable, ha escrito: « Reunid veinte ó treinta Goethe, Kant, Hemholtz, Shakespeare, Newton, etc... y someted á su juicio y sufragio las

cuestiones prácticas del momento..., sus decisiones no diferirán en nada de las de cualquiera asamblea. ¿Y por qué pasa esto? porque cada uno de los veinte ó treinta elegidos, además de la propia originalidad que hace de él un individuo excelente, posee también el patrimonio de cualidades heredadas de la especie que lo hacen semejante, no sólo á su compañero en la asamblea, sino también á todos los individuos que caminan en la calle. »

Y *Max Nordau* concluye: « La esencia humana domina la personalidad individual y el bonete del obrero cubre el sombrero del filósofo. »

M. Tarde, al hablar del jurado criminal, lo califica de « reunión accidental de medianías de espíritu que se fusionan en una ininteligencia profunda. »

Si registráramos las viejas memorias descubriríamos más de una humorada de este género. El cardenal de Retz, saliendo de una sesión del Parlamento, exclamaba: « No hay nada más vulgar, más pueblo, que las compañías. »

Se ve que los sociólogos modernos tienen muchas veces el único mérito de erigir en fórmulas científicas las verdades vulgares inscritas en el código de la sabiduría de las naciones.

¿En qué momento un grupo humano se convierte en una multitud? es decir, ¿en qué momento una reunión cualquiera de individuos se hace suficientemente consistente para adquirir una existencia psicológica?

Se ve desde luego cuál es el interés de la cuestión para el orador. Mientras el grupo no forma un *auditorio*, no está en el estado científico de multitud; se compone de celdillas no agregadas. La mayor parte de las veces el mismo orador ciementa el agregado. Hay multitudes, en efecto, que se reúnen con el único objeto de escuchar á un orador.

Pero la recíproca no siempre es cierta. Hay multitudes psicológicas que sobrepasan mucho en importancia á un auditorio, aun cuando éste sea un *meeting* al aire libre. Se cita, como un ejemplo famoso, la multitud agitada de los huelguistas en *Germinal* de Zola. Las grandes multitudes criminales tienen una alma, obedecen á una idea común que las transporta. Es indudable que los torbellinos populares que se esparcieron en París después de la toma de la Bastilla ó en las jornadas de Septiembre, escapaban por su misma masa á la acción oratoria.

Algunos escritores se han empeñado en formular divisiones científicas de la multitud organizada.

He aquí el cuadro trazado por M. Gustave Le Bon :

A. — MULTITUDES HETEROGÉNEAS (formadas de elementos diferentes).

- 1.º *Multitudes anónimas* (motín, huelga, etc.);
- 2.º *Multitudes no anónimas* (jurados, asambleas parlamentarias, etc.).

B. — MULTITUDES HOMOGÉNEAS (de común origen).

- 1.º *Sectas* (sectas políticas, sectas religiosas, auditorio de un predicador);
- 2.º *Castas* (casta militar, asambleas de sacerdotes, de magistrados, de abogados, etc.);
- 3.º *Clases* (clase burguesa, público de un comicio agrícola, etc.).

La clasificación de M. Le Bon no me satisface completamente. Parece que apenas las reuniones accidentales pueden ser llamadas *multitudes heterogéneas*. Un jurado, una asamblea parlamentaria, no son heterogéneos sino en el principio de su formación. He hecho observar, en otro estudio (1), que los jurados de la sala del crimen son francamente torpes al comenzar su período. Mientras los jurados no se conocen, no se penetran, no redondean sus ángulos, sus decisiones se resienten de falta de cohesión. Al cabo de cuatro ó cinco días comienzan á conocer su oficio y establecen su jurisprudencia.

Lo mismo, en un parlamento, á pesar de la diversidad de los orígenes y de las opiniones, se establece rápidamente una especie de espíritu de cuerpo. Este fenómeno es sobre todo perceptible en el Senado, tanto, que puede llamarse á éste asamblea *homogénea* con más justo título que algunas multitudes corporativas.

(1) *Archives d'anthropologie criminelle. — Monographie d'un jury d'assises.*

Se comprende que la ciencia de la multitud es necesaria para los que tienen la pretensión de conducirla por medio de la palabra. Todos los grandes oradores han tenido, á este respecto, conocimientos empíricos que los antiguos resumían en esta frase: « Costumbres oratorias ».

Es una verdad vulgar que no se habla del mismo modo ante un tribunal, ante un jurado, ante un público de conferencia.

Se impone, en este punto, una división seria entre el auditorio *heterogéneo* ó *ocasional* y el auditorio que yo llamaría *corporativo* ó *permanente*.

Entiendo por auditorio heterogéneo el público reunido al azar, como el público de un teatro.

Llamo auditorio corporativo el que está compuesto de elementos de origen común, que tiene las mismas preocupaciones y las mismas tradiciones. Es por excelencia un Tribunal ó un Consejo de guerra.

El orador está sometido á reglas que son idénticas para todos los públicos. Pero es evidente que los auditorios heterogéneos deben ser conquistados con procedimientos particulares.

Con mucha razón, MM. Le Bon y Tarde han señalado, en una multitud, el predominio del *conductor*. No hay multitud sin conductor, es decir, sin un personaje que concentre en él toda la voluntad de que está animada la multitud y al cual obedece como á un jefe. Se produce aquí un fenó-

meno innegable de sugestión. El conductor hipnotiza á los que le siguen, logra conducirlos indiferentemente al heroísmo ó al crimen. El verdadero orador debe de ser un *conductor*. Concíbese, para tal efecto, el poder de los gestos y de todo lo que los retóricos antiguos condensaron bajo esta rúbrica: « Acciones oratorias ». Cuando Cicerón, en el Foro, desgarraba la túnica de su veterano para exhibir sus cicatrices, obraba como hombre que conoce su oficio.

Si observamos nuestros jurados actuales, podemos darnos clara cuenta del poder del abogado criminalista sobre un grupo heterogéneo. Todos saben cuál es la composición ordinaria de un jurado. En París lo forman comerciantes, en tal mayoría, que M. Cruppi (1) ha podido bautizar la Corte del crimen del Sena con el nombre de « jurisdicción consular ».

En provincia, en la mayor parte de los casos, si hacemos abstracción de los grandes centros industriales, el jurado está compuesto de una mayoría de cultivadores. No es mi intención criticar aquí el modo de reclutamiento del jurado. Si son exactas las leyes de la nueva ciencia, importa muy poco que los jurados sean más ó menos inteligentes. Según la palabra espiritual de Nordau, la *ignorancia se acumula*, y ninguno se ha mostrado

(1) JEAN CRUPPI, *La Cour d'assises*, 1 vol., Calmann-Lévy, 1898.

más duro que M. Tarde para con la « guardia nacional de la magistratura ». Lachaud, bajo la influencia de viejas preocupaciones, recusaba á todos los jurados cuya fisonomía le parecía muy inteligente. Hoy, los abogados *nouveau jeu* practican instintivamente los datos de la psicología, casi nunca recusan. Saben de sobra que el cambio de los factores no puede modificar el producto. Cuando los magistrados-ciudadanos llegan por primera vez á la sala de la audiencia, están agitados, inquietos, llenos de desconfianza. Desconfían de antemano tanto del defensor como del acusador público. Y por eso, la primera maniobra del abogado es volvérselos favorables por mil pequeños servicios, de los cuales el más importante es la *recusación* prometida á aquellos cuyos negocios urgentes reclaman en su domicilio. La afabilidad del abogado le vale, desde la primera sesión, la simpatía de los jurados que se quedan y el reconocimiento de los recusados que juzgarán la vez próxima.

De esta suerte, el orador comienza á adquirir el *prestigio* que todo conductor necesita tener. Insistamos sobre esta palabra tan importante en psicología oratoria. No se domina á los hombres por medio de la palabra sino con una condición: apaecerles rodeado de cierta aureola. Cada quien toma su prestigio de donde puede. En ciertas comarcas, para impresionar al jurado es preciso ve-

nir de lejos. En otras regiones, el buen abogado del *terruño* tiene más probabilidades de triunfar que el « águila parisiense ». Por regla general los éxitos no están en proporción con el talento de los defensores. Tal abogado correcto y frío no tiene ninguna influencia sobre su auditorio; tal otro, incorrecto y trivial, transporta con facilidad á su jurado y obtiene escandalosas absoluciones.

Pero el punto esencial para el práctico de las audiencias penales es conocer, entre los doce individuos á quienes debe poner mate, al que va á servir de intermediario entre él y el alma del jurado: éste es el conductor del jurado. Porque el jurado, lo mismo que las otras multitudes psicológicas, no escapa á la influencia de ese personaje que, apenas dentro del salón de deliberaciones, volverá á hacer valer ya los argumentos del defensor, ya los del ministerio público, y arrastrará á sus colegas en el camino de la indulgencia ó de la severidad. El abogado debe de hablar con la mirada elevada en los ojos de ese hombre (1).

(1) Esto me recuerda una anécdota muy curiosa. Un profesor (creo que era Arago) tenía la costumbre de fijar los ojos, durante sus conferencias, en un individuo que le parecía menos inteligente que los demás oyentes. « A lo menos, decía, cuando leo en los ojos de éste que lo intereso, estoy seguro de que los otros han comprendido. » Lo cómico del caso es que este *minus-habens* se complacía en contar á otras personas que conocían la manía de Arago que era él el objeto de una atención especial de parte del Maestro, de lo cual mucho se enorgullecía.

En todos los casos, siempre, ante un público heterogéneo, el orador debe conquistar á sus oyentes. En esto, toda enseñanza didáctica es perfectamente inútil. Todo se reduce á una cuestión de don natural, de tiempo y de lugar. Francisque Sarcey nos ha demostrado que las palabras de éxito de una pieza no son las mismas para los diferentes públicos que se suceden. Con su gracejo habitual, él mismo ha reconocido que, como conferencista, nunca llegó ha explicarse bien sus buenas fortunas ó « sus fiascos ». Se produce en esto un « no sé qué » que escapa al análisis. Cuando el orador se encuentra en presencia de su público, desde las primeras palabras debe establecerse una corriente de simpatía entre uno y otro. Si no se forma la corriente ó si el hilo se rompe, se frustrarán los esfuerzos más enérgicos, no impresionarán las mejores palabras, no se formará la convicción.

Es conocida la anécdota clásica del orador que, encontrándose en presencia de una multitud enfurecida, la calmó con una arenga en la cual había colocado la palabra que se necesitaba. Lo mismo sucede con el conferencista frente á su público : necesita encontrar la palabra que conviene. La actitud, el gesto, la voz, la figura son elementos que concurren á crear la atmósfera necesaria. Hay algunos públicos á los cuales es preciso violentar; con otros la timidez da mejores resultados.

Pero sin disputa : la mejor manera de aclimatar al auditorio es la reputación adquirida.

Desde este punto de vista, el foro, la conferencia y el púlpito se aproximan mucho al teatro. M. François de Curel escribió en una ocasión esto : « El arte dramático tiene más de un punto de contacto con el arte oratorio. Los dos tienden á conmover las multitudes, á pintar ó á agitar las pasiones y á volver vivas las ideas. » Tenía razón M. de Curel. Un actor precedido de buena fama puede permitirse algunos descuidos. Un orador que ha dado pruebas de lo que vale y que llega rodeado de la estimación general, provoca desde luego toda la corriente vibratoria de que tiene necesidad para cautivar al público. Aun delante de auditorios corporativos, más difíciles de impresionar, el prestigio es un medio infalible de hacer aceptar las ideas más mediocres y las teorías más aventuradas. He aquí por qué siempre los abogados de primer orden aconsejan á los principiantes en esta penosa profesión, una elección severa en los primeros negocios. Una reputación de integridad doméstica es, en este oficio, más que una virtud, es un medio de arribar. La difamación no ha llegado á ser tan frecuente en la vida pública sino porque los políticos comprenden instintivamente la necesidad de demoler el prestigio moral de sus adversarios. Todo lo que puede destruirse de prestigio equivale á una disminución de fuerza persuasiva.

Lo característico del auditorio ocasional es la versatilidad. No que algunas multitudes permanentes, como los Parlamentos, no hayan dado en muchas ocasiones ejemplos ruidosos de su fragilidad de opinión. (Bastaría, si fuera necesario, recordar la sesión histórica que siguió, en la Cámara de Diputados, al famoso asunto de *Langson*.) Pero los públicos accidentales, no estando unidos por la armadura de preocupaciones comunes y de tradiciones lejanas, son mucho más fáciles de excitar que un auditorio homogéneo. A decir verdad, son los únicos públicos sobre los cuales el orador tiene una influencia efectiva. Veremos más lejos en qué grado se limita la acción oratoria frente a frente de los grupos corporativos. Por el momento, hagamos constar que el poder sugestivo de la elocuencia ejerce principalmente su imperio sobre las multitudes casuales ó inorgánicas.

Para que este poder se haga sentir, parece claro que la primera condición resida en la propia convicción del que habla. Esto es una verdad evidente que ha sido repetida por todos los que han tratado la materia. Para hacer vibrar es preciso vibrar. No debe creerse en el buen éxito cierto de una farsa hábil. La multitud es sencilla, ingenua, de mentalidad inferior; pero es guiada por un instinto seguro. Si los charlatanes logran conmoverla, es que caen en el lazo de su propia expresión y se animan lo bastante para que el fuego sagrado se encienda

en ellos mismos. Hay, á este respecto, una manifestación oratoria que no engaña, el gesto. — Los gestos más ridículos producen su efecto si son sinceros y si llevan incorporada una convicción. No se ha llamado bastante quizá la atención sobre este punto particular: la comunicación magnética que se establece entre el orador y el público por medios puramente físicos. — Algunos oradores provocan el interés, el silencio y el aplauso únicamente por la actitud, el gesto y la mímica. Se diría que la multitud se deja violentar por medios puramente mecánicos que pertenecen más bien al hipnotismo que al arte oratorio (1).

(1) *Luys, Le Cerveau et ses fonctions*, p. 147, Alcan, ed.

COMUNICACIÓN Á OTRO DE LA ACTIVIDAD AUTOMÁTICA

« La actividad automática cerebral se desarrolla á distancia, de una individualidad sobre otra, por el intermediario *sea de la palabra*, sea de los escritos, *sea de los gestos* que vienen á sacudir el *sensorium* del individuo solicitado; — y el movimiento, una vez comunicado, se propaga de unos á otros á través de las redcillas de la *cortical* de una manera continua, en virtud solamente de las fuerzas automáticas de los elementos nerviosos que desprenden sus energías latentes.

« Así es cómo la palabra humana, percibida por el que la escucha, provoca en el *sensorium* reflexiones involuntarias que caminan á través del cerebro y acaban por *poner en cierto modo al unísono* al que escucha y al que habla. El arte de la persuasión no tiene otra razón de ser fisiológica que hacer vibrar las cuerdas sensibles de las regiones emotivas del *sensorium* y de neutralizar directa ó indirectamente las disposiciones decididas de antemano...

« ¿No es en virtud de poner en movimiento las fuerzas

Pero por grandes que puedan ser la elocuencia y la acción del orador, éste no llegará á ningún resultado práctico si no tiene en cuenta las preocupaciones populares. Ninguna idea verdaderamente nueva tiene probabilidad de ser propagada por la palabra pública. Importa primeramente que la prensa y las conversaciones particulares la infiltren y la difundan en la multitud. Es preciso que madure mucho antes de poder soportar el debate ante un grupo inorgánico. — Nunca se insistirá lo bastante sobre la enormidad del peso con que el pasado abruma la mentalidad de nuestros contemporáneos. Las nociones más vulgares de biología establecen que no podemos jamás escapar á las leyes de la herencia. Vivimos de un capital de pensamientos que nos han legado nuestros antepasados. Nosotros no hemos dado á las palabras su significación actual. Cada palabra representa una idea ó una serie de ideas que han sido creadas, trituradas, limadas y aderezadas por las generaciones precedentes. El orador está, pues, aprisionado por un yugo social que no puede romper. — Desgraciado de él si contradice alguna preocupación establecida: todo su prestigio puede derrumbarse en un segundo.

automáticas latentes en los cerebros humanos como los grandes oradores se apoderan de un auditorio atento, lo subyugan y suscitan en él los arranques involuntarios de la emotividad y del entusiasmo? »

Para convencer, es preciso adoptar en primera línea las tendencias, los sentimientos, los instintos, las preocupaciones y los errores del auditorio. La filosofía positiva ha establecido sólidamente que no podemos reaccionar contra leyes fatales; sólo nos es permitido modificar en su intensidad los fenómenos. Esta consideración se aplica perfectamente al arte oratorio. El orador no puede modificar las opiniones sino en una medida restringida; y no puede operar esta modificación sino con la condición de obrar con mesura y tacto, teniendo en cuenta todos los datos psicológicos. Esto es lo que explica por qué los más fogosos revolucionarios están obligados, cuando se dirigen á la multitud, á tomar las precauciones más conservadoras y á hacer al pasado concesiones enormes. Saben suficientemente que de otra manera no serían escuchados.

Si el orador es el esclavo de las multitudes, si tiene el derecho de reprocharles la coacción que imponen á su libertad oratoria, les debe por otra parte algún reconocimiento. Es que, para el orador verdadero, no hay elocuencia sin un público que vibre con él. Hay entre el auditorio y el orador una colaboración permanente, y, preciso es confesarlo, los fragmentos más bellos de elocuencia, los que no se encuentran en ninguna antología, han sido producidos bajo la influencia de un público bien dispuesto. Hay orador que llega lleno

de desconfianza en sí mismo á un salón, sin fuego, sin verba. Habla, el público se calla, escucha con prudencia. De repente la ola de la elocuencia acude y sube; la frialdad del principio desaparece; las imágenes desbordan, y, á los aplausos de un auditorio entusiasta, el artista cincela su pensamiento en admirables metáforas. — El auditorio representa para un Berryer, un Gambetta ó un Jaurès el papel del aguijón indispensable.

CAPÍTULO VII

Psicología de los auditorios. — Auditorios permanentes.

El espíritu corporativo en el Parlamento. — La armadura. — M. Ployer y la defensa literaria. — La elocuencia en los tribunales de *urgencia*. — El magistrado escolar. — Psicas-ténicos y voluntarios. — Psicología del magistrado. — La formación de la convicción. — Convicción y creencia. — La preocupación. — La manera de M. MAGNAUD. — Jurados y jueces. — El consejo judicial de M. MAX LEBAUDY. — La ley de la imitación y la jurisprudencia. — Vaivén y certidumbre. — La frase de Guizot.

En el capítulo precedente he estudiado las condiciones de existencia del auditorio *heterogéneo, ocasional, casual ó inorgánico*.

Quiero ahora dilucidar algunos puntos psicológicos que se refieren más particularmente al auditorio *homogéneo, corporativo ó permanente*.[®]

Los tipos más característicos de estos grupos son un Parlamento y un Tribunal.

Es de advertir que el Parlamento presenta tan-

de desconfianza en sí mismo á un salón, sin fuego, sin verba. Habla, el público se calla, escucha con prudencia. De repente la ola de la elocuencia acude y sube; la frialdad del principio desaparece; las imágenes desbordan, y, á los aplausos de un auditorio entusiasta, el artista cincela su pensamiento en admirables metáforas. — El auditorio representa para un Berryer, un Gambetta ó un Jaurès el papel del aguijón indispensable.

CAPÍTULO VII

Psicología de los auditorios. — Auditorios permanentes.

El espíritu corporativo en el Parlamento. — La armadura. — M. Ployer y la defensa literaria. — La elocuencia en los tribunales de *urgencia*. — El magistrado escolar. — Psicas-ténicos y voluntarios. — Psicología del magistrado. — La formación de la convicción. — Convicción y creencia. — La preocupación. — La manera de M. MAGNAUD. — Jurados y jueces. — El consejo judicial de M. MAX LÉBAUDY. — La ley de la imitación y la jurisprudencia. — Vaivén y certidumbre. — La frase de Guizot.

En el capítulo precedente he estudiado las condiciones de existencia del auditorio *heterogéneo, ocasional, casual ó inorgánico*.

Quiero ahora dilucidar algunos puntos psicológicos que se refieren más particularmente al auditorio *homogéneo, corporativo ó permanente*.[®]

Los tipos más característicos de estos grupos son un Parlamento y un Tribunal.

Es de advertir que el Parlamento presenta tan-

tas semejanzas desde ciertos puntos de vista con una multitud inorgánica, que no es muy fácil examinar las leyes particulares que presiden sus evoluciones psíquicas. Á decir verdad, los Parlamentos son más bien multitudes corporativas y permanentes que carecen del carácter de la homogeneidad; he dicho ya que se creaban un espíritu de corporación.

El hecho es fácil de observar cuando se trata de suprimir una prerrogativa cualquiera de nuestros diputados. Ha llegado á ser imposible á los ciudadanos calumniados obtener el derecho de perseguir por difamación á un representante del pueblo, cualquiera que sea el partido á que éste pertenezca, durante el tiempo de sesiones. El espíritu de corporación se eriza, se agrupa y se hace compacto como una bola. Es casi cierto, por otra parte, que una asamblea elegida por escrutinio de distritos no consentirá jamás en suprimir de ella misma un método electoral al cual debe su triunfo cada una de las unidades parlamentarias. El escrutinio de lista es contrario al espíritu corporativo y no ha de ser fácil que logre vencerlo.

Lo que distingue profundamente á una asamblea deliberante de un verdadero grupo corporativo, es que le falta un conjunto de tradiciones y de ideas comunes sobre los puntos esenciales. Carece de una disciplina ó de lo que antes he llamado una *armadura*.

Los Tribunales y las Cortes poseen en el más alto grado esta disciplina y esta armadura. Una y otra cosa existen también en públicos no permanentes, como por ejemplo en el público que se reúne al pie del púlpito de un predicador. No es necesario decir que los procedimientos del orador serán bastante diversos según que tenga bajo su mirada á una multitud realmente corporativa ó á una multitud corporativa desprovista de homogeneidad. — Los métodos vulgares y de oropel que tienen éxito ante el Jurado ó en las reuniones electorales, no están muy fuera de lugar en el Parlamento; pero chocarían profundamente ante una Corte de apelación.

En uno de los capítulos de mis primeras ediciones he estudiado la evolución de la defensa. Allí demostré cómo, después de Senté y Waldeck-Rousseau, la tribuna se había despojado de todos los desechos con pretensiones literarias con que vestía sus parlamentos ampulosos. Hoy el proceso está juzgado en última instancia; la gran elocuencia judicial está sepultada, y el presidente M. Ployer, en su discurso de presidencia del 20 de noviembre de 1897, pronunció su oración fúnebre (1). Sé que en ella introdujo algunas reservas y algunas lamentaciones; pero no por su forma interrogativa deja de ser menos clara la condenación.

(1) *Gazette du Palais*, 21 noviembre 1897.

« ¿Debo hablaros ahora del estilo y de la extensión de nuestras defensas? ¿Debo recomendaros que os deis por satisfechos con una sencillez suficientemente correcta, con una rapidez suficientemente clara, prohibiros toda inspiración literaria, prescribiros el sacrificio de los ornamentos del lenguaje que ha condenado y desterrado una especie de ley suntuaria, por el gusto y las necesidades de nuestra época? »

A pesar de todo lo que se pueda decir, sostengo (y estoy seguro de tener de mi parte á todos los magistrados) que la elocuencia judicial, en asuntos civiles, no es ya en Francia un arte liberal; se ha convertido en un medio de expeditar los negocios. La justicia contemporánea pide « alijadores » y no arengadores. Vivimos en un siglo positivo y los aficionados deben buscar obras de arte fuera del Palacio. Después de todo, ¿ acaso el arte está desterrado de una defensa sobria, sin afectación, y que va recta á su fin? No lo creo. Solamente que es un arte distinto del de Jules Favre. Á mayor abundamiento, desafío á un hombre de gusto y de buena fe á que lea de cabo á rabo sin fastidio ni fatiga las colecciones de defensas que nos ha legado el siglo XIX.

¿Habéis asistido alguna vez á una sesión del Tribunal de *urgencia* (des *référés*) del Sena? Ante un juez único y abrumado de negocios, los litigantes impacientes exponen á toda prisa sus reivindicaciones.

Son, en su mayoría, procuradores ó pasantes que, en una lengua vulgar pero concisa y apretada, despachan asuntos algunas veces graves. El magistrado escucha con atención la demanda y la réplica; interroga, hace precisar los puntos dudosos y, casi siempre, da su sentencia en el acto. He aquí cómo conjeturo que ha de ser la justicia del porvenir.

Mientras tanto, estudiemos la psicología particular de este auditorio muy homogéneo que se llama un Tribunal. Aquí estamos en presencia de gentes que no solamente están unidas por un espíritu de corporación muy acentuado, sino por estudios comunes. Todo es tradición, costumbre, uso. Un Palacio de justicia es un Conservatorio.

El grupo judicial está compuesto de hombres que tienen por oficio escuchar. No creáis que esto sea una tarea bien cómoda. Descarto las burlas fáciles que fueron inspiradas á nuestros padres por el espectáculo de magistrados soñolientos. Nada fatiga tanto como seguir una demostración un poco larga. Se ha formado recientemente en París una *Asociación de médicos y familias* que se ha esforzado en demostrar á los pedagogos cuán estúpido y cuán feroz es imponer á los escolares dos horas de atención sostenida. Desde este punto de vista, más de un magistrado es un escolar (1). Escuchar

(1) Compárese BINET, *Introduction à la psychologie expérimentale*, p. 45.

es un arte que se adquiere por una larga costumbre. Todos los abogados saben que es mucho más fácil desarrollar cómodamente á su gusto una defensa, complacerse en su elocuencia ante una Corte de apelación, que ante un Tribunal de primera instancia. Esta última jurisdicción está compuesta de jueces jóvenes y ardientes que soportan nerviosamente la prolijidad de los alegatos. Nadie, al contrario, es tan paciente como un viejo magistrado. Pasad por alto algunas senilidades y reconoceréis que se duerme mucho más en el Tribunal que en la Corte de apelación, y mucho más en la Corte de apelación que en la Corte de casación.

Una vez escuchada la causa es necesario juzgarla. Otra tarea ardua. El vulgo cree que los litigantes someten todos los días á los magistrados los negocios más audaces. Nada de eso. Un abogado que presentara habitualmente negocios detestables se desacreditaría muy pronto. Oí decir un día á un juez estas palabras: « Después de todo, prefiero que se litigue un negocio perdido de antemano, porque no hago dar tantas vueltas y revueltas al entendimiento para juzgarlo. » Esto no pasa de ser una humorada. Casi todos los procesos son *procesos*, es decir, más ó menos aleatorios, tienen puntos de interrogación y soluciones sutiles. Entre la ganancia y la pérdida no hay frecuentemente más del espesor de un cabello y la balanza de la justicia es como la de la ventanilla del correo, un

instrumento delicado que debe pesar miligramos. Representaos esto, que en ciertos asuntos, las Cortes de apelación invalidan *30 veces sobre 100* el juicio de primera instancia. Y los jueces del primer grado no son imbéciles. Conozco algunos de ellos que nunca han querido reconocer su error y que persisten en pretender, con lenguaje enérgico, que el galón de oro cosido á la toca del consejero no levanta la inteligencia del magistrado. Admitamos que esto no sea exacto y que en materia judicial la experiencia de la vejez justifique la supremacía de las jurisdicciones superiores. Pero no por ello es menos cierto que la gran mayoría de las causas se presenta ante el juez de tal manera que *pueden ser razonablemente resueltas en los dos sentidos*.

¿Qué participación tendrá el abogado en la resolución? Digamos inmediatamente que escasa. Ya no estamos en presencia de un grupo inorgánico y versátil, capaz de ser influenciado con gestos y palabras redundantes. Tenemos ante nosotros hombres que, profesionalmente, desconfían de la elocuencia. Son capaces de apreciar el talento de los grandes abogados y prefieren ciertamente escuchar á las « águilas » que á los rocines. Pero en el fondo son trapaceros, están habituados á manejar las cosas á su gusto, meticulosamente. Conocen el personal del foro: á aquellos cuyas afirmaciones son diamantes puros y á aquellos cuyos juramentos necesitan ser examinados. Consultan las constan-

cias del expediente y no dejan pasar gran cosa sin verificación.

Hay dos categorías de jueces : por una parte, los que yo llamaría, con M. Pierre Janet (1), los *psicasténicos*, y por otra, los *voluntarios*.

No quiero designar aquí sino grupos generales, porque existe en estos tipos una infinidad de matices.

Los *psicasténicos* no tienen nunca una opinión formada de una manera definitiva. Están bastante bien representados en la vida por esos personajes de quienes se dice : « Conceden siempre la razón al último que habla. » ¡Entendámonos! Esta es una simple comparación, porque en materia judicial la *psicastenia* es una cualidad, es una garantía para el litigante. Conocí á un eminente magistrado que, á veces, en los negocios difíciles, se formaba una opinión después de los alegatos, la abandonaba en el curso de la deliberación, y la recobraba en el momento en que tomaba la pluma para redactar la sentencia : « Solamente al escribir, decía, adivino el error. Cuando quiero burilar algunos considerandos, tropiezo con tales dificultades que exclamo interiormente : « ¡No, esto no está bien ! » Someto entonces de nuevo el negocio á mis colegas, y es muy raro que no los haga compartir mi última opinión. »

(1) P. JANET, *Revue philosophique*, febrero 1897.

Con esta clase de jueces las deliberaciones son muy largas, aplazadas de semana en semana.

Todo lo contrario pasa con los *voluntarios*. El « voluntario » se forma una opinión rápida. Sobre éste no tiene influencia la palabra del abogado. Si el « voluntario » está rodeado de *psicasténicos* ó de indiferentes, él dictará la decisión. M. Tarde (1), en sus estudios de Filosofía penal (y M. Tarde fué magistrado mucho tiempo), afirma que, en todo tribunal en donde existe un « voluntario », la justicia se administra por un juez único. Cuando el magistrado de este temple (y los hay muy distinguidos) preside una jurisdicción pequeña ó grande, no espera ni la última palabra del defensor ni las conclusiones del ministerio público para redactar su decisión. La extiende inmediatamente por escrito, con una letra que los grafólogos calificarán de alta, clara, angulosa, de abajo á arriba. Los asesores no resisten, no discuten, es una avalancha que pasa. Ceden, por lo demás, de buen grado. « Nuestra fe, decía Max Müller, no es frecuentemente sino la fe en la fe de otro. » Y William James (2) añade en sus *Principios de psicología* : « Nuestra voluntad no es muchas veces sino el reflejo de la voluntad de otro. »

(1) Ya había escrito, en su famosa obra citada *Les Lois de l'imitation*, esta frase : « ¿ Es posible negar que la volición sea el más contagioso de los fenómenos psicológicos ? »

(2) Citado por J. JANET, *op. cit.*

Se preguntaba un día á un magistrado de este carácter cómo se formaba en él la convicción. « De una manera muy sencilla, respondió. Después de haber leído las conclusiones, escucho á los abogados. Mi espíritu se llena de certidumbre á semejanza de un vaso en el cual se derrama el contenido de una garrafa. Cuando está lleno, se acabó : ningún poder del mundo podría hacerme variar de opinión. »

En un estudio admirable de Anatole France se encuentra un fino análisis de estos dos tipos psicológicos.

He aquí primero, según M. France, lo que decía el excelente Franklin : « Cuando estéis perplejo y no podáis tomar una resolución, coged una hoja de papel blanco y divididla en dos columnas. Escribid en una de las columnas todas las razones que tenéis para obrar, y en la otra todas las razones que tenéis para absteneros. Lo mismo que en álgebra se suprimen las cantidades semejantes, tachad las razones que se compensan y determinaos de acuerdo con la razón que subsista. »

Este es el procedimiento del « voluntario » ; oid ahora cuál es el embarazo del psicasténico :

« *Serenus* no empleará este método que no se ha hecho para él. *Serenus* agotaría todos los papiros y todas las tabletas de cera, usaría sus cañas del Nilo y su punzón de acero antes de haber apurado las razones que le sugiriera su espíritu sutil, y

finalmente no encontraría ninguna que valiese más ó menos que las otras (1). »

En el fondo, ¿ qué es la convicción ? Es, se dice, el estado de alma de un hombre que se cree dueño de la verdad. Es preciso retener de la definición sobre todo estas palabras : « un hombre que cree. » La verdad absoluta sólo existe en matemáticas. Las verdades jurídicas son por su esencia relativas. Aristóteles ha sido el primero en proclamar que *convencer era despertar la creencia*. ¿ Cómo se determinará esta creencia en el juez ?

Á primera vista, nos inclinamos mucho á pensar que este punto delicado nos proporcionará un *criterium* de diferencia entre el auditorio heterogéneo y el auditorio homogéneo. En el jurado sólo debe despertarse el sentimiento ; el magistrado de ocasión no tiene en cuenta sino la equidad. En el juez es preciso apelar al razonamiento más seco, porque sólo tiene en cuenta el derecho.

Pero después, por consideraciones posteriores venimos en conocimiento de que la psicología del magistrado es más complexa. Su espíritu no afecta el aspecto de una tabla rasa que ofrece á los argumentos de las partes. Todo juez tiene una concepción previa, una medida á la cual relaciona lo que se somete á su juicio. Lleva á la audiencia sus preocupaciones, sus tradiciones, sus observacio-

(1) A. FRANCE, *La vie littéraire*, t. I, Calmann-Lévy, ed.

nes, todo su bagaje intelectual y moral. Se cree que la ley es para él una especie de tabla de logaritmos, un libro de cuentas, una colección de etiquetas, que basta hacer entrar los hechos en los principios para que se rinda al silogismo con la seguridad de un geómetra que aplica un teorema. No hay tal cosa. No existe quizá un solo negocio civil en que el sentimiento no reclame más de su parte legítima. Durante estos últimos años se ha criticado mucho la manera del presidente Magnaud. Pero desde hace cien años, con menos audacia en verdad, la misma Corte de casación corrige el Código con la desenvoltura del Buen Juez. Ha pasado por alto algunos artículos, ha añadido otros. ¿No sabe todo el mundo que en la materia de dones manuales ha creado de su propia cepa, sin hacer caso del legislador, todo un derecho pretoriano?

Así pues, no hay más que una diferencia de grado, desde el punto de vista de la influencia sentimental, entre el jurado y el juez (1). Esta diferencia se acentúa quizá más en los procesos criminales. El magistrado correccional se ve muchas veces, aun contra su voluntad, ligado por textos de los cuales no puede escaparse. En las fórmulas breves del veredicto, el jurado encuentra siempre ma-

(1) M. Gustave Le Bon ha dicho, en su *Psychologie des foules*: « Lo que ha entrado al dominio del sentimiento no puede ser tocado por la discusión. »

nera de salir adelante. Responde imperturbablemente *no*, contrariando á la evidencia, cuando se trata de disminuir una responsabilidad ó de absolver á un acusado más desgraciado que culpable. ¡La mentira colectiva es tan fácil! El juez, atado por su grandeza á la orilla, obligado á motivar sus sentencias con considerandos, no puede impedirse aplicar la ley. El jurado tiene cuenta de la sociedad, se coloca en el punto de vista del interés general; dará fácilmente la absolución á un criminal cuando esté convencido que no es de temerse ninguna reincidencia. Esto es lo que explica su demasiada benevolencia para con los crímenes pasionales. El juez no examina otra cosa que al individuo y la categoría penal en que debe etiquetarlo.

Pero el juez no es prisionero sino cuando no puede escaparse. Siempre que puede romper el corsé del Código para satisfacer la equidad natural, no vacila. En eso está el triunfo del gran abogado. ¿Quién no recuerda el soberbio alegato de M. Waldeck-Rousseau que hizo retirar el consejo judicial del joven Max Lebaudy? Nunca había sido propuesta una tesis tan atrevida. Proclamar la utilidad social del pródigo era trastornar completamente los principios sacrosantos de la legislación napoleónica. Ahora bien, las costumbres eran favorables á la aventura, el fruto estaba maduro, no había que dar sino una ligera sacudida para que cayese. Retened esto: la palabra del abogado no

revolucionaria nada; no hace más que tranquilizar la conciencia del juez. *No crea la convicción, la confirma.*

De esta suerte, la influencia del orador sobre un auditorio restringido y corporativo se reduce á límites muy estrechos. La solución del negocio está en germen en el espíritu del oyente. No se trata sino de facilitar el alumbramiento. En jurados, los abogados emplean todos los argumentos buenos y malos; no saben nunca cuál es el que producirá efecto y hará saltar el resorte. Pasa un poco de esto mismo aun ante jurisdicciones civiles. Los abogados usan una frase para pintar esta situación. Dicen: « Litigamos á todo evento. »

Pero hay un orden de ideas en el cual los oradores judiciales pueden maniobrar con menor incertidumbre. Más que nadie el juez es sensible á las leyes de la imitación. — Por distinguidos que se les suponga, los magistrados son hombres, y revelan su debilidad en la manera con que aceptan las verdades de jurisprudencia. — Sin duda hay en este hecho una pereza natural de espíritu. Es muy dulce descansar en las fórmulas ya definidas y preparadas. En más de una causa el talento del abogado consiste en hacer entrar su caso en un caso ya juzgado. Cuando se trata de echar por tierra una doctrina admitida, sólo el primer paso es difícil. Pero es preciso que se dé ese primer

paso. Cuando el divorcio se consignó en la ley, los magistrados, imbuídos aún de teología, lo decretaban con loable discreción. Hoy divorcian á los esposos á más y mejor. Lo mismo sucedió con la ley de moratorias que ha llegado á ser, en el momento actual, no un favor sino un derecho.

Creo que es ya tiempo de resumir. La convicción no parte del orador á modo de un rayo de luz escapado de un foco. Existe previamente en el auditorio que la lleva en medio de sus preocupaciones. — He encontrado en uno de nuestros más espirituales moralistas, Achille Fournier (1), el Camfort muy poco conocido del siglo xix, una máxima que condensa admirablemente mi idea: « Un hombre que razona justo es un hombre que razona como nosotros. » Este es el fondo de la opinión, consciente ó no, del magistrado. La convicción no se opera si no hay tendencias preexistentes. — El juez puede encontrarse confundido bastante tiempo por las contradicciones que surgen de un negocio. Su alma oscila; sabe bien que la verdad será relativa; pero importa que encuentre esa verdad so pena de cometer un delito. Entonces, poco á poco, creará un equilibrio entre sus concepciones subjetivas, sus observaciones personales y las impresiones que le llegan del exterior. Helo aquí persuadido, sin vacilaciones si es voluntario,

(1) Achille FOURNIER, *Pensées d'automne*, Ollendorff, ed., 1900.

y con incesantes mudanzas si es psicasténico. — Después, es preciso que tome la pluma y que escriba la verdad judicial. Entonces es curioso verlo en el trabajo; mientras más inestable es el equilibrio psíquico obtenido, más considerandos acumulará. Borda el negocio, le da tono, lo toma á pechos; añade argumentos á los argumentos del abogado que hace triunfar; está más convencido que la misma parte.

Interrogad á los abogados. Encontraréis algunos que lamentan tal ó cual proceso perdido y que se admiran de una causa ganada contra toda previsión. En general, ninguno se queja. Casi todos reconocen, después, el error cometido, el vacío en el razonamiento, la fuerza de la objeción, y esto, en los procesos que se han sostenido más apasionadamente. Para muchos miembros del foro el juicio es un desembarazo intelectual. El juez no se rinde jamás: invalidada su sentencia por el superior se levanta todavía y dice: ¡ Tenía yo razón!

¿ Comprendéis ahora el escepticismo que caracteriza á las gentes que han vivido largo tiempo en los pretorios? Saben que la verdad jurídica no existe. Dicen, con M. de Palante (1) que, hay solamente « simulacros de verdad, modalidades de verdad, ángulos de visión ». Murmuran con tristeza: « Todo se litiga, todo flota; no hay manera

(1) *Revue philosophique*, agosto de 1900.

de dar al alegato una certidumbre. » Y para colmo de desgracia, á la larga se convencen de la impotencia de la oratoria. El arte de la palabra descarga al juez de una parte de su tarea, pero no lo determina. « Es preciso servirse de la palabra, decía hace ya mucho tiempo el ilustre Guizot, sin confiar en ella. »

Esta será mi palabra final.

ALGUNOS CONSEJOS PRÁCTICOS

— Evitar cuidadosamente toda preparación escrita del discurso.

— Ejercitarse todas las mañanas, aunque sólo sea diez minutos, en hablar abundantemente sobre un tema cualquiera.

— No escribir nunca su correspondencia antes de haberse hablado el contenido de ella, sea mentalmente, sea en alta voz. Meditar y hablar antes de escribir algo (1).

(1) A este respecto, he aquí una observación que me ha hecho uno de mis lectores, y que publico porque me parece muy interesante. Se sabe cuánto se emplea hoy la « Máquina de escribir ». La dactilografía parece ser propia para favorecer mucho el aprendizaje de la palabra, porque obliga al escritor a madurar completamente su frase antes de confiarla al papel. Los gráficos ordinarios ven el pensamiento surgir bajo la pluma. Esto es lo que debe evitarse cuando se quiere hablar correctamente. Cuando un individuo acostumbrado a escribir con la pluma quiere componer con la máquina, tropieza primero con una dificultad casi tan grande como si

— Evitar la preparación de última hora. Dejar siempre por lo menos una noche de intervalo entre la preparación y la recitación en público. Dejar reposar el cerebro las últimas horas que precedan á la conferencia.

— No abusar de las notas : éstas no deben precisar sino las grandes divisiones y los datos.

— Fijar bien en el espíritu, por medio de una asociación de ideas, los nombres propios del discurso y del alegato. Sucede que los más grandes abogados confunden en el curso de una defensa, el nombre de la parte que defienden con el nombre de la que atacan, lo que produce una sensación de malestar en los oyentes. Basta muchas veces, para retener el nombre de una persona, asociarlo con cualquiera señal característica de esa persona (color del vestido, timbre de la voz, etc.).

— Para curar la farfulla ó la gran volubilidad, es necesario escucharse hablar, aun en la conversación más familiar. Obligarse á no pronunciar nunca una frase sin haberse asegurado antes de su corrección gramatical.

— Un excelente método para curar la farfulla es el recomendado por MM. Legouvé y Dupont Vernon : ejercitarse con la mayor frecuencia posible

quisiera escribir en otro idioma. Después, poco á poco, logra poner de acuerdo su mecanismo cerebral con el nuevo sistema gráfico. Este nuevo sistema es muy apropiado para favorecer el trabajo de la meditación oratoria.

en articular unas después de otras, aumentando progresivamente la velocidad, las letras más difíciles del alfabeto. De esta suerte, comenzar por *f*, *t*, *d*; hacer en seguida entrar la *e*, luego la *r*, y pronunciar muchas veces *f*, *t*, *d*, *e*, *r*, hasta que los músculos de la lengua y de los labios adquieran elasticidad y expedición. ¡Esto es grosero, vulgar! ¡Sea! pero ensayadlo.

— Evitar con el mayor cuidado todo medio mnemotécnico puramente visual, como por ejemplo: la conservación mental de los encabezados de los párrafos.

— Las repeticiones de las fórmulas oratorias que ligan las frases son penosas cuando llegan á ser muy frecuentes en un discurso. He aquí algunas de ellas: *Por decirlo así; si se me permite la expresión; dejadme decirlo; lo repito; es de toda evidencia; si no temiese*, etc., etc. Es imposible desterrarlas. Lo que es preciso impedir es que la misma fórmula aparezca sempiternamente en los mismos discursos. El remedio para este mal es adquirir el mayor capital posible de esas locuciones, para variarlas mejor. El concurso de un amigo presente en el auditorio es indispensable para señalar al orador la existencia de esas escorias del discurso.

— Comenzar siempre el discurso lentamente, con voz clara, pero más bien baja.

— El orador que comienza con notas demasiado

altas corre el riesgo de enronquecerse muy pronto y de terminar su discurso con la voz apagada.

— No os piquéis nunca vivamente en una discusión. El que quiere que su opinión encuentre crédito debe enunciarla fría y desapasionadamente. En primer lugar, la cólera no es higiénica, *enronquece*; en segundo lugar, el orador demasiado apasionado crea una prevención contra él, á lo menos en ciertos auditorios.

— Tened siempre la vista fijada en los que os escuchan.

— Nunca leáis citas; en todo caso, lo menos que sea posible.

— El gesto tiene su importancia; pero una ciencia demasiado complicada del gesto es insoportable en un orador. Á éste le basta, en general, obedecer á su propia naturaleza.

— Si se os interrumpe, dejad al interruptor que concluya. Dad más importancia á conservar el hilo del discurso que á encontrar una réplica inmediata. Una buena réplica es casi siempre el producto de una memoria feliz.

— Si os falta una palabra, no perdáis mucho tiempo en buscarla. Vale más una impropiedad, hasta un barbarismo, que detenerse en la recitación.

— Nunca perdáis la ocasión de escuchar á un virtuoso de la palabra; huíd de los farfullas como de la peste.



SEGUNDA PARTE

EXAMEN DE ALGUNOS PROCEDIMIENTOS DE ORADORES

Sumario :

Tipos de verbo-motores franceses, ingleses,
italianos, españoles y mexicanos.

CAPÍTULO PRIMERO

Mirabeau.

Dije antes que la Revolución había obligado á los oradores políticos á improvisar. — Esta observación es de una verdad patente cuando se la aplica á Mirabeau. Había comenzado, como todos los oradores de su época, por ser esencialmente *gráfico*[®]. Desde que se lanzó en la tormenta se vió obligado á recurrir á la simple meditación. Trabajo le costó apropiarse este método, porque, nos dice M. Reinach, durante mucho tiempo « este gigante de la palabra tembló ante la improvisa-

ción, huyendo de ella con frecuencia á riesgo de comprometer batallas decisivas » (1). Pero el día en que aplicó francamente este sistema, encontró su camino. Sus discursos escritos fueron, en general, débiles; no los salvaba sino por el arte maravilloso de su dicción; el mismo discurso leído por él en los Jacobinos y por Talleyrand en la Constituyente pareció soberbio en el club y mediocre en la asamblea » (2).

Apenas se hubo despojado de su grafismo, apareció lo que era por naturaleza, es decir un verbotomotor en el más alto grado. No sabe escribir, dice M. Aulard; con la frente tranquila, la pluma se le cae de las manos (3). « Si un impulso apasionado no lo arrebatara, no la toma de nuevo sino para trazar penosamente líneas *que no expresan su pensamiento.* »

Hablaba pausadamente, con mucha lentitud al principio, animándose por grados. Siempre premeditó sus pasajes más brillantes (4).

Vergniaud.

Me contento con resumir aquí lo que, en el admirable estudio de M. Aulard sobre Vergniaud, se

(1) REINACH, *Conciones françaises*, Introducción.

(2) *Ibid.*

(3) *Les Orateurs de l'Assemblée Constituante*, 1 vol., Hachette, ed.

(4) CORMENIN, *Le Livre des Orateurs*, p. 198.

refiere á los procedimientos oratorios del « águila » de la Gironda (1): « Parecía naturalmente indolente y perezoso, aunque un historiador haya sostenido que su aparente somnolencia ocultaba un trabajo constante y consciente de meditación interior. No trabajaba sino por accesos, cuando la necesidad brutal disipaba sus ensueños, cuando se sentía vivamente impresionado por una injusticia ó aguijoneado por un peligro. Entonces, las admirables facultades que dormitaban en él entraban bruscamente en acción; su torpeza se sacudía por sí sola; pensaba febrilmente y rápidamente; hacía mucho en poco tiempo. Era esto como una crisis que se desenlazaba en la Tribuna.

« Abogado en Burdeos, escribía y leía sus alegatos (era el uso). Pero en la Tribuna no leyó nunca. Preparaba mucho sus grandes discursos, principalmente *hablándolos* de antemano delante de amigos. »

Era este el sistema que debía dar después á M. Thiers tan buenos resultados; sistema que debe ser singularmente ventajoso para los visuales que quieran librarse de su visualismo.

Llevaba comúnmente á la Tribuna un plan escrito en el que las divisiones y subdivisiones estaban bien marcadas y los argumentos distribuidos en una gradación vigorosa. En resumen, de-

(1) AULARD, *Les Orateurs de la Législative et de la Convention*, t. I.º, páginas 291 á 346.

jaba amplio campo á lo imprevisto. Está fuera de duda, por lo demás, que en muchas circunstancias célebres habló sin la menor preparación escrita, principalmente el 10 de abril de 1793 cuando respondió á las acusaciones de Robespierre.

Un hecho merece señalarse también: no le agradaba escribir, y declaró públicamente, en la sesión del 3 de abril de 1793, al ser incriminada su correspondencia, *que nunca escribía cartas*.

Muchos oradores célebres han dado muestras de este horror por la escritura.

Danton.

Es el tipo por excelencia del verbo-motor. No quedan de él sino algunos aforismos esculpidos en bronce. Todo lo demás se ha perdido.

Sus más implacables enemigos han reconocido, y muchas veces de un modo ingenuo, su elocuencia fulminante que sobrepasaba quizá á la de Mirabeau.

Á propósito de Danton principalmente, se puede lamentar el inevitable destino reservado á todos los oradores. Ya sea que su obra oratoria subsista ó desaparezca, no deja el orador de morir por completo.

Después de todo, puede cifrar su mejor ambición en vivir solamente por el recuerdo de sus triunfos. « La escritura congela la palabra. »

« Danton, concluye M. Aulard, fué el orador más completo de la Revolución, el más conforme al genio de nuestra raza (1). »

Berryer.

Los grandes oradores son siempre los que nos han informado menos sobre sus procedimientos íntimos de composición, porque casi todos ellos han tenido esta aversión por la escritura de que tanto he hablado. En Berryer esta aversión es característica. Á pesar de las súplicas de sus amigos, rehusó siempre escribir sus memorias. Es indudable que no era por simple modestia, pues declaraba estar dispuesto á dictarlas (2).

Todos los que le oyeron confiesan, unánimemente, que no es posible figurarse « por las líneas yertas que nos quedan » lo que era su discurso hablado. Ninguno nos da datos sobre su manera de preparación. ¿Hablabla la víspera sus discursos con sus amigos como Vergniaud y Thiers, meditaba como Ferrère, ó escribía en su espíritu como Hortensius? Nadie lo sabe. Todo lo que podemos suponer es que era verbo-motor por excelencia, y que, con frecuencia, la palabra verdaderamente precedía en él al pensamiento (3). Prueba de ello

(1) *Op. cit.*, p. 223.

(2) CHARLES DE LACOMBE, *La Jeunesse de Berryer*.

(3) Según el testimonio de Mme Joubert, tenía una memoria

son sus réplicas fulminantes, tanto en los jurados como en las asambleas políticas. Sin embargo, no siempre podía dispensarse de premeditación. Un hecho observado por sus contemporáneos lo establece: su increíble desigualdad. Había ocasiones en que sus facultades más personales parecían abandonarlo. « ¿Es él el que escuchamos? su palabra es inerte; su lógica, tan viva y tan animada, vacila á cada paso; toma los hechos, los abandona, los vuelve á tomar, sin decidirse á entrar á la cuestión; una vez en ella, vacila todavía, y se sorprende él mismo de la sorpresa que inspira (1). »

La incorrección de su estilo es tal, que quizá habría sido mejor, en interés de su gloria, que muchas de sus defensas no se hubieran estenografiado. Como lo dice uno de sus críticos, su elocuencia no es para ser mirada con lente.

Thiers.

Tipo de verbo-motor. La mayor parte de las veces preparaba sus discursos más importantes sin escribir una sola línea; pero antes de aparecer en la tribuna, ya los había *hablado* tres ó cuatro veces. En su salón se dedicaba á esta tarea. Se

auditiva muy desarrollada, y buscaba ávidamente todos los goces de la oreja. Amaba con pasión la música y no comprendía nada de pintura (citado por Arréat, *op. cit.*, p. 65).

(1) PINARD, *Le Barreau*, p. 81.

apoderaba de uno de sus visitantes y no lo soltaba antes de haber agotado sus fuegos artificiales del día siguiente. De Cormenin manifiesta una sorpresa visible en presencia de este diablo de hombre que medita sin esfuerzo y produce sin extenuación. « El pensamiento, escribe, nace tan pronto en esa cabeza, tan pronto, *que se diría que ha sido dado á luz antes de haber sido concebido*. Su verbo vuela como el ala del pájaro mosca (1). »

Lachaud.

Tenemos la buena fortuna de poseer una psicología de Lachaud, escrita por Gambetta. He aquí los pasajes más característicos de este artículo, que prueba que Gambetta habría podido llegar á ser tan buen escritor como elocuente orador... si hubiera tenido tiempo de escribir:

« El fondo mismo del talento de Lachaud era entrar de lleno á la situación del proceso... Vedle, allí está, sentado en su puesto. Mientras narra el abogado de la ley..., él, con la oreja aguzada, el ojo tranquilo, solamente la mano llena de fiebre, trinchando á navajazos una pluma extraviada bajo sus dedos, recibe los golpes en mitad del pecho, y los cuenta; dentro de un instante los devolverá con la usura del genio... Su más grande poder va

(1) *Le Livre des Orateurs*, p. 536.

á estallar bien pronto : su palabra soberana excitada por el calor del debate. Porque es allí, en la audiencia, en donde él crea, inventa, forja y da vida á su obra.

« No lo coarta ningún recuerdo ; no prepara, no arregla nada de antemano ; ¡ lejos de él las tabletas enceradas ! ¿ No tiene á su servicio la gran hada, la inspiración ? La composición previa no preocupa en manera alguna su espíritu ; en él hay solamente *premeditación* y no *preparación* ; ha pensado, he aquí todo. »

Pero es preciso no imaginarse, bajo la fe de Gambetta, que la preparación de Lachaud fuese tan rápida así. En realidad la premeditación del ilustre abogado comenzaba muchos días antes de la audiencia, y no llegaba nunca al jurado sin conocer á fondo su materia. Se puede decir solamente que en ninguna ocasión recurrió á la menor preparación escrita. Se conformaba con algunas notas muy cortas que le recordaban más bien hechos importantes que las divisiones de su materia.

Despreció la escritura de tal manera, que sus más bellas defensas están perdidas para nosotros.

Gambetta.

Es indiscutible que tampoco Gambetta recurrió

á la preparación escrita (1). Cuando apareció la novela *Numa Roumestan* se afirmó que Daudet, que había tratado á Gambetta, quiso hacer su caricatura ; y el novelista tuvo que defenderse de esta acusación.

La verdad es que el pasaje, citado antes, de la novela de Daudet, puede perfectamente aplicarse á Gambetta lo mismo que se aplica á todos los verbo-motores. Solamente que, si es dado á muchas personas pensar hablando, se ha concedido á muy raros privilegiados poseer la admirable facultad de asimilación que distinguía á Gambetta. Este hombre de Estado de primer orden estaba servido por una prodigiosa memoria, y sus discursos vivían de un capital de hechos de tanta magnitud, que sólo la enorme máquina cerebral de Napoleón Primero puede, en este siglo, ser comparada á la suya.

Por esto me ha sorprendido mucho ver que, en una obra reciente, en contra del testimonio de todos los contemporáneos, M. Arréat (2) escriba que Gambetta « dejaba adivinar una corta prepa-

(1) Se ha conservado el plan del famoso discurso pronunciado en Grenoble por Gambetta el 27 de Septiembre de 1872, discurso en que enumera las reformas que deben hacerse en los diferentes servicios. Ese plan comprende en su totalidad ocho ó nueve palabras espaciadas en una hoja de papel y que corresponden á los diversos órdenes de cuestiones por tratar : guerra, marina, justicia, etc.

(2) *Mémoires et imaginations*, p. 95.

ración para los negocios bajo el brillo de su facultad dominante. » M. Arréat, como otros muchos, parece estar influenciado por esta idea, que un gran orador puede existir con un bagaje mediocre con tal de que tenga oropeles. Nada es más falso. Si los oradores ilustres, los que verdaderamente han persuadido á las multitudes, no han sido nunca « inventores », « creadores », todos ellos han tenido necesidad de una inmensa provisión intelectual. Que los refinados les reprochen, si eso les place (estas son concesiones que he hecho desde hace mucho tiempo), sus vulgaridades y sus lugares comunes: sea. Ya lo he dicho y no insistiré más en ello: esas son *cualidades* oratorias. Pero nunca consentiré en admitir en su contra el reproche de ignorancia ó de « *inintelectualismo* », ¡para emplear un barbarismo á la moda! Ya M. Egger había formulado, en otros términos, la crítica de M. Arréat (1). ¿No se ha atrevido á comparar á los oradores con los comediantes y á llamarlos « *los hombres que meditan poco* ? » Y esto, cuando los grandes oradores han sido todos, por excelencia, grandes meditativos.

Semejantes observaciones prueban tan sólo la flaqueza de la vieja psicología de « introspección ». Viniendo de parte de M. Arréat, que es un neo-

(1) EGGER, *op. cit.*, p. 82.

psicólogo muy distinguido, parecen á lo menos sorprendentes.

En resumen, dígame lo que se quiera, Gambetta reunió en su persona el talento de Thiers y el genio de Berryer. De aquél tuvo los procedimientos, de éste tuvo la acción.

Nota de la tercera edición. — Resulta de informaciones muy seguras recogidas de amigos de Gambetta que los primeros discursos del Tribuno pronunciados en tiempo del Imperio en el Cuerpo legislativo, fueron preparados por escrito. No vacilo nunca en señalar un hecho, aun cuando perjudique á mi tesis.

Fué en el momento de la guerra cuando Gambetta comenzó á improvisar verdaderamente. Sus discursos están todavía más llenos de incorrecciones que los de Berryer y sus metáforas no tienen la misma amplitud. Algunas frases, examinadas de cerca, no quieren decir absolutamente nada. — Se sabe que, á pesar de estos defectos, se apoderaba siempre de su auditorio. Su voz era de un timbre sonoro, rica, poderosa, muy musical. Hasta el fin de su vida conservó un acento meridional algo chocante para los oídos parisienses. Su dicción era flexible, variada, melodiosa; además, y sobre todo, tenía frecuentemente vuelos soberbios, notas de clarín de prodigioso efecto. Recuérdese el famoso apóstrofe: « *Et maintenant, regardez á la trouée des Vosges!* » Pero como decía Esquino

hablando de Demóstenes, para darse cuenta del entusiasmo que provocaba « era preciso haber oído al monstruo! »

Cuando Gambetta tomaba la palabra, principiaba casi en voz baja. Acariciaba maquinalmente la tribuna. No se oía nada. Todos gritaban : « ¡Chut! ¡Chut! », y al cabo de un momento el más profundo silencio reinaba en la asamblea. Entonces, Gambetta subía el tono.

Francisque Sarcey (Conferencista).

He reservado á Sarcey para el fin (*pour la bonne bouche*), por dos razones : la primera, porque nos ha dado uno de los análisis más exactos que puedan leerse de lo que concierne á la psicología de la palabra; la segunda, porque los procedimientos que nos enseña me parecen los más sensatos, los más fáciles y los más seguros. No es una observación la que presento, es un modelo que doy.

Como Montaigne, M. Sarcey comienza por declararnos buenamente *que no tiene memoria*. Pero no os engañéis. Esto quiere decir simplemente que no puede aprender de memoria. En el fondo, todos sabemos que vive de la más increíble acumulación de recuerdos que pueda existir en un cerebro humano. — No esperéis tampoco oírle contar algunas frivolidades sobre la inspiración oratoria. ¡La Inspiración oratoria! M. Sarcey no cree en

esta chanza desde el contratiempo que le acaeció en el *Circo de Invierno*, un día de desgracia en que la buena diosa lo dejó resueltamente en el atolladero. Por eso, con su fina naturalidad, M. Sarcey proclama desde luego que no se saca de una fuente más que el agua que en ella se ha vertido, y que por mucho que se dé vueltas á la llave de la improvisación, « si la fuente está vacía no sale sino viento. »

Escuchad ahora la manera de prepararse.

« *No escribáis nunca una conferencia*; luego hasta añadir que no llevéis notas... Recordad que el público es un monstruo de mil cabezas y que no lo domaréis si no tenéis constantemente vuestra mirada fija en la suya... *No citéis ó citad de memoria*: tanto peor para el autor si resulta truncado... Cuando poseáis, á lo menos en globo, todas las ideas de que se compondrá vuestro discurso, ¡no cometáis nunca la imprudencia de sentaros en vuestro escritorio con una pluma en la mano! Id á vuestro jardín ó á alguna calle solitaria, ó á la pieza más grande de vuestra casa. Sólo paseándose se prepara uno bien. Tenéis en vuestra memoria los temas de vuestro desarrollo : *picad en el montón*, tomad uno de allí. *Esforzaos en improvisarlo*. No os preocupéis de las frases mal construídas, ni de las palabras impropias, seguid siempre vuestro curso; llevad el desenvolvimiento hasta su término, y una vez apurado, volved á comenzar el

mismo ejercicio; volvedlo á comenzar tres veces, cuatro veces, diez veces, sin perder la paciencia. Tendréis primero alguna dificultad: el desarrollo será corto y flojo; poco á poco, al derredor del tema principal, vendrán á agruparse ó ideas accesorias ó hechos probantes. *Es preciso no aprender nada de memoria.* ¿Para qué os servirá el ejercicio que os recomiendo? Para que preparéis un pingüe y fértil humus de giros y de palabras sobre la materia que debéis tratar.»

Consejos preciosos son estos. Cada uno de ellos es la confirmación directa de las teorías sobre el lenguaje y sobre la memoria que he expuesto en el principio de este estudio. Tengo, á lo más, una reserva que exponer respecto de la fórmula: «No os preocupéis de las frases mal construídas.» Digo por el contrario, y he dado mis razones, que es preciso no descuidar nada desde las primeras incubaciones de la palabra. Debe evitarse en la preparación mental la *flojedad* de las expresiones, penetrándose de esta idea, que admitida la primera vez la palabra impropia quedará fijada en la memoria, inhibiendo en lo sucesivo á la palabra propia.

Ciertamente, lo reconozco, no se encontrarán de primera intención todos los desarrollos del discurso; pero no por eso es menos útil vigilar constantemente la construcción gramatical de las frases pensadas y la propiedad de los términos meditados.

CAPÍTULO II

La Revolución de Inglaterra, — lo mismo que la Revolución francesa, lo mismo que todas las revoluciones, — dió al verbo humano su empuje irresistible y su esplendor trágico. La elocuencia parlamentaria es hija de la pasión política. Nunca como entonces manifestó el temperamento inglés toda su energía, todo su orgullo y toda su rudeza; nunca como entonces ha sido tan vigorosa, tan altiva y tan áspera la elocuencia británica. «Por la primera vez, dice Taine, desde la ruina de la tribuna antigua, encontró la elocuencia el suelo en el cual pudo arraigarse y vivir, y se levantó una cosecha de oradores igual, por la diversidad de los talentos, por la energía de las convicciones y por la magnificencia del estilo, á la que antaño cubrió el *ágora* griego y el *forum* romano. De tiempo atrás, parecía que la libertad de discusión, la práctica de los negocios, la importancia de los intereses empeñados y la magnitud de las recompensas ofreci-

mismo ejercicio; volvedlo á comenzar tres veces, cuatro veces, diez veces, sin perder la paciencia. Tendréis primero alguna dificultad: el desarrollo será corto y flojo; poco á poco, al derredor del tema principal, vendrán á agruparse ó ideas accesorias ó hechos probantes. *Es preciso no aprender nada de memoria.* ¿Para qué os servirá el ejercicio que os recomiendo? Para que preparéis un pingüe y fértil humus de giros y de palabras sobre la materia que debéis tratar.»

Consejos preciosos son estos. Cada uno de ellos es la confirmación directa de las teorías sobre el lenguaje y sobre la memoria que he expuesto en el principio de este estudio. Tengo, á lo más, una reserva que exponer respecto de la fórmula: «No os preocupéis de las frases mal construídas.» Digo por el contrario, y he dado mis razones, que es preciso no descuidar nada desde las primeras incubaciones de la palabra. Debe evitarse en la preparación mental la *flojedad* de las expresiones, penetrándose de esta idea, que admitida la primera vez la palabra impropia quedará fijada en la memoria, inhibiendo en lo sucesivo á la palabra propia.

Ciertamente, lo reconozco, no se encontrarán de primera intención todos los desarrollos del discurso; pero no por eso es menos útil vigilar constantemente la construcción gramatical de las frases pensadas y la propiedad de los términos meditados.

CAPÍTULO II

La Revolución de Inglaterra, — lo mismo que la Revolución francesa, lo mismo que todas las revoluciones, — dió al verbo humano su empuje irresistible y su esplendor trágico. La elocuencia parlamentaria es hija de la pasión política. Nunca como entonces manifestó el temperamento inglés toda su energía, todo su orgullo y toda su rudeza; nunca como entonces ha sido tan vigorosa, tan altiva y tan áspera la elocuencia británica. «Por la primera vez, dice Taine, desde la ruina de la tribuna antigua, encontró la elocuencia el suelo en el cual pudo arraigarse y vivir, y se levantó una cosecha de oradores igual, por la diversidad de los talentos, por la energía de las convicciones y por la magnificencia del estilo, á la que antaño cubrió el *ágora* griego y el *forum* romano. De tiempo atrás, parecía que la libertad de discusión, la práctica de los negocios, la importancia de los intereses empeñados y la magnitud de las recompensas ofreci-

das debiesen provocar su crecimiento; pero abortaba, cubierta por la costra de la pedantería teológica ó restringida por las preocupaciones locales, y el secreto de las sesiones parlamentarias le quitaba la mitad de su fuerza al quitarle la plenitud de la publicidad. Pero al fin vino la luz; la publicidad primero incompleta y después plena, hace de la nación entera el auditorio del Parlamento. El discurso se eleva y se ensancha al mismo tiempo que el público se desbasta y se multiplica. El arte clásico, que alcanzó su perfección, proporciona el método y los desenvolvimientos. La cultura moderna hace entrar en el razonamiento técnico la libertad de las conversaciones y la amplitud de las ideas generales... Voltaire dudaba « si las arengas meditadas que en otro tiempo se pronunciaron en Atenas y en Roma son superiores á los discursos no preparados del caballero Windham, de lord Carteret » y de sus rivales. En fin el discurso acaba por calar la aridez de las cuestiones especiales y la frialdad de la acción acompasada que durante tanto tiempo lo comprimieron; despliega irregular y audazmente su fuerza y su lujo, y se ve aparecer, en frente de los lindos abates de salón que componen en Francia cumplimientos de academia, la varonil elocuencia de Junius, de lord Chatham, de Fox, de Pitt, de Burke y de Sheridan (1). »

(1) H. TAINE, *Histoire de la Littérature anglaise*, t. III, p. 322 y 323, Hachette, ed. — Léase todo el capítulo III.

Junius no era un hombre de tribuna; era un escritor que *escribía como orador*, con una elocuencia cruel y corrosiva. Burke tuvo, es verdad, magníficos triunfos oratorios: su grandilocuencia pasmaba y arrebatava; pero era, ante todo, un filósofo y un poeta; su espíritu genial estaba compuesto de inteligencia soberana, de ciencia profunda y vasta, de imaginación creadora y de corazón humanitario. Fué el hombre más grande de su época.

El Primer Pitt (lord Chatham).

Tipo de verbo-motor absoluto. « Cuando pareció la primera vez en el Parlamento, era su traza naturalmente agraciada y majestuosa, los rasgos de su fisonomía nobles y altivos, sus ojos llenos de vida y de animación, y su voz tan flexible y extensa que, hablando bajo, se percibía en todos los extremos de la Cámara, y cuando la alzaba, desplegando todo su volumen, entonces era como un órgano, cuyos acordes se percibían á través de las escaleras y antecámaras, y en el recinto de Westminster-Hall; cualidades importantísimas todas estas que Pitt cultivaba con asiduo esmero. Un observador malévolo dice que su acción era mejor y más dramática que la de Garrick, y es positivo que la movilidad de su fisonomía causaba maravilla... Todos los tonos, desde el acento más apa-

sionado hasta el aparte más satírico, éranle familiares, siendo probable que su afán de perfeccionar las grandes dotes que poseía, diera también por resultado contribuir á desarrollar en él la pasión que tenía por los efectos teatrales, la cual... fué uno de los vicios de su carácter.

« Mas no fué única ni principalmente á sus dotes exteriores á lo que Mr. Pitt debió la influencia que logró gozar en la Cámara de los Comunes por espacio de treinta años, sino á sus condiciones de grande orador, condiciones cuya naturaleza y extensión es fácil comprender leyendo las relaciones de sus contemporáneos y los fragmentos que nos quedan de sus discursos.

« Pitt no preparaba nunca sus oraciones; y si algunas veces, en su larga carrera parlamentaria, contravino á esta regla, fué para fracasar completamente todas ellas, siendo buena prueba de esta verdad su elcigio del general Wolfe que pareció á cuantos le oyeron la peor de sus arengas. Nunca ningún orador supo menos que él aquello que había de hablar, dice un crítico que lo había oído con frecuencia. Pero esta facilidad suya se tornaba en defecto, no siendo por esa causa dueño, sino esclavo de su propia palabra; y tanto lo sabía y tan poco dueño era de sí una vez dado el primer impulso, que no quería tomar parte nunca en las discusiones cuando le preocupaba un secreto de Estado. « Fuerza es que me calle y esté quedo, dijo

en cierta ocasión á lord Shelburne, porque *cuando hablo es necesario que diga todo cuanto tengo en la cabeza.* »

Así es cómo magistralmente caracteriza lord Macaulay (1) el genio oratorio del famoso *Commoner* (tribuno parlamentario).

El primer Pitt fué en la tribuna más que un orador, un actor, y actor digno del teatro de Shakespeare. « La vida pública de Pitt es una obra dramática brillante, pero incompleta...; sin unidad de plan, pero salpicada de magníficas escenas y pasajes... Lord Chatham era un actor en el despacho de S. M., en el Consejo, en el Parlamento y hasta en la vida privada; porque en ninguna ocasión ni circunstancia pudo reprimir su voz, ni deponer sus ademanes teatrales. Tanto es así, que muchas veces hemos oído decir con referencia á uno de sus parciales más eminentes que se quejaba siempre de no poder entrar en la cámara de lord Chatham sin que todo en ella estuviera dispuesto para la representación, antes de que los muebles, las ropas y las cortinas estuvieran artística y convenientemente preparados, antes de que las ventanas se cerrasen ó se abriesen en la medida y proporción necesaria á producir efectos de luz á lo Rembrandt en la cabeza del aristocrático é ilustre comediante, y que las colchas y las franelas de su

(1) MACAULAY, *Estudios biográficos, Lord Chatham*, traducción de M. Juderías Bender, Madrid, páginas 20 y siguientes.

cama tomaran pliegues de paños griegos, y que su bastón de cayada estuviera colocado de modo tan elegante como pintan el de Belshario ó el del rey Lear (1). »

En cierta ocasión que se reunió el Parlamento para tratar de un asunto muy grave, los ministros estaban seguros de obtener el triunfo en la discusión y en la votación, debido, entre otras cosas, á que Pitt se encontraba enfermo y no podría combatirlos. « ...Comenzó el debate, y ya duraba cierto tiempo, cuando se oyó en el patio de la Cámara tumulto de voces y aclamaciones incesantes que se acercaba; ábrese de repente la puerta del salón, y entonces todos vieron á Pitt traído en brazos de sus criados, y rodeado de la multitud que lo vitoreaba. Cubría su rostro demacrado palidez mortal, traía la cayada y venía cubierto de franela; dejáronlo cerca de la barra, sus amigos lo rodearon á seguida, y con su ayuda pudo llegar hasta su escaño. De este modo, *habló durante tres horas y media* contra la paz (2)... »

« Su postrer discurso fué un ataque simultáneo á la política del Gobierno y á la preconizada por la oposición; pero la muerte lo redimió y le restituyó el amor de su patria. ¿Ni quién tampoco hubiera podido ver con ánimo sereno y ojos enjutos la caída de aquel coloso? Hasta las circunstancias

(1) MACAULAY, *op. cit.*, p. 3.

(2) MACAULAY, *op. cit.*, p. 119.

mismas de su muerte, antes parecen pertenecer al género trágico que no á la vida ordinaria de los hombres: orador famoso, gloria de la tribuna inglesa, gran ministro, colmado de honores, abrumado de los años y de incurable dolencia, se dirige al Senado apoyándose en el brazo del hijo querido...; y allí, en medio del consejo, en la ocasión misma que se esfuerza para reanimar el espíritu decadente de su patria, cae como herido del rayo, y muere luego (1). »

Fox.

Verbo-motor. Conjeturo que era un auditivo que se transformó á fuerza de constante ejercicio en verbo-motor, logrando no sólo rivalizar, sino vencer á veces en elocuencia al segundo Pitt. Éste se imponía al Parlamento; era, según la frase de Thiers, « el más hábil conductor de asambleas de los tiempos modernos »; aquél entusiasmaba y arrastraba por la fuerza comunicativa de su convicción. « Un caballero francés mostrábase sorprendido de la influencia inmensa que sobre la nación inglesa ejercía un hombre como Fox, dado á los placeres, y arruinado por el juego y las apuestas en las carreras de caballos; lo cual oído de Pitt, le dijo por toda contestación: « Se conoce que no

(1) *Ibid.*, p. 190.

habéis estado nunca bajo su mágica influencia (1). »

Comenzaba sus discursos con dificultad, no por escasez sino por exceso verbal; le costaba trabajo la selección de sus primeras expresiones. Luego, la improvisación se encauzaba, amplia y magnífica. Excitado por la pasión del debate, manifestaba todo su poder tribunicio en la réplica.

« Lenta y gradualmente, como decía Burke, llegó Fox á ser en la discusión el orador más poderoso y brillante que haya existido jamás, y el mismo Fox atribuía su éxito á la resolución que formó, siendo aún muy joven, de hablar, bien ó mal, una vez al menos cada día : « *Durante cinco legislaturas consecutivas* (son sus propias palabras) *he hablado diariamente*, con excepción de una sola vez, y nada siento tanto como no haber hablado ese día... » Sería difícil hallar un gran orador que no haya dominado su arte á costa del auditorio, ó, mejor dicho, que no haya hecho su aprendizaje á costa de él (2). »

El ejemplo de Fox es muy significativo; deben imitarlo los que se dedican á la tribuna pública. Ese ejemplo confirma una vez más la verdad de la palabra de Paignon : « Se aprende á improvisar en virtud de actos repetidos. » *Hablar, hablar, hablar*: he aquí el único método que puede formar oradores.

(1) MACAULAY, op. cit., *William Pitt*, p. 257.

(2) MACAULAY, op. cit., *Lord Chatham*, p. 22.

El Segundo Pitt.

Tipo de verbo-motor absoluto, como su padre. El ilustre hijo de lord Chatham comenzó á brillar en el Parlamento desde los veintiún años. Su precocidad fué extraordinaria. Nació orador. « Habíase familiarizado, escribe Macaulay, con algunos de los mejores autores ingleses, y más principalmente con Shakespeare y Milton, siendo las disputas del Pandemonio uno de sus pasajes predilectos...; y cuando recitaba el discurso incomparable de Belial, producía efecto extraordinario en su auditorio por la cadencia melodiosa de su método; circunstancia que largo tiempo después de su muerte recordaban sus amigos, y á la cual contribuyó mucho, aparte de su aptitud natural, el *continuado ejercicio que hizo desde la niñez en el arte de guiar la voz*. Era la suya sonora y clara, y su padre, cuya fama de orador elocuente vino en cierto modo de su habilidad para emitir los sonidos, aprovechó estas ventajas del joven William para desarrollarlas en su provecho... La educación de Pitt fué la más ocasionada para formar un grande orador parlamentario, y digan cuanto les plazca los que sostienen y repiten que son contrarios á este fin los estudios clásicos que absorben tantos años de trabajo asiduo á los jóvenes, en razón á que les impiden aprender y dominar la lengua patria..., observa-

ción es esta que no puede aplicarse al caso de Pitt, porque sus estudios recibieron un impulso especial, y que, de consiguiente, sólo fueron parte á *enriquecer su vocabulario inglés y á darle mucha práctica y facilidad en el arte de construir las frases de manera elegante y correcta*. Porque su método consistía en leer una ó dos páginas de un autor griego ó latino, en *apoderarse de su sentido*, y traducirlo después *en alla voz en su propio idioma*. Así lo hizo con su primer maestro Wilson, y así continuó luego con Prettyman, no siendo por tanto extraño que un joven dotado de clara inteligencia como él lo fué, y que *la ejercitó de tal modo durante diez años consecutivos, lograrse adquirir sin igual facilidad para expresar sus pensamientos, sin esfuerzo ni trabajo*, por medio de palabras bien escogidas y de períodos elegantes. — De cuanto ha llegado hasta nosotros de la literatura clásica, las arengas de los oradores antiguos eran lo que leía con más gusto nuestro William Pitt, consistiendo su ocupación favorita en comparar los discursos en *pro* y en *contra* de un asunto, analizándolos y fijándose mucho en los argumentos del primer orador que dejaba el segundo sin respuesta, ó refutaba ó eludía. Mas no era únicamente leyendo arengas como estudiaba entonces el arte de la esgrima parlamentaria, pues cuando pasaba temporadas en el seno de su familia no le faltaban ocasiones de *asistir en Westminster á debates de la mayor im-*

portancia, y se consagraba con tanto afán á seguir su curso como atención científica fija un discípulo de Guy-Hospital cuando concurre á una operación difícil... Á esta época y á estas visitas á Westminster se refiere un curioso episodio de su vida que no queremos dejar pasar sin mención especial. Es el caso, que Pitt, cuyo talento nadie conocía fuera del círculo de sus parientes y de sus compañeros de Cambridge, se encontró con Fox en la Cámara de los Lores y le fué presentado por un amigo de ambos. Fox, pues, que tenía once años más que Pitt y ya era uno de los principales oradores de la Cámara y el más temible y poderoso en lides parlamentarias que hasta entonces hubiera parecido en Inglaterra, refiere que mientras duró la discusión, Pitt se volvió á él repetidas veces para decirle : « Mr. Fox, me parece que podría contestarse tal cosa », ó « Perfectamente; pero creo que también debiera decirse cual otra. » Fox olvidó las críticas parlamentarias de Pitt; pero en cambio expresó siempre la sorpresa que hubo de causarle la precocidad de juicio de un joven que durante toda la sesión parecía *exclusivamente preocupado de las respuestas que pudieran hacerse á los oradores de ambos lados de la Cámara* (1). »

« El 26 de 1784 pronunció su primer discurso apoyando el plan de reformas económicas pro-

(1) MACAULAY, op. cit., p. 240, 241 y 242.

puesto por Burke. Fox se levantó al mismo tiempo; pero renunció en su obsequio á usar de la palabra, quedando los oyentes del novel orador sorprendidos y embelesados de su apostura, digno ademán, majestuoso estilo, animación, aplomo, acierto y viveza en replicar á los que le habían precedido en el debate, del timbre argentino de su voz y de los períodos elegantes y correctos de su *improvisación*... — Para juzgar de la elocuencia incomparable de Pitt, ó mejor dicho, para formarnos idea de ella, hemos de recurrir y de darnos por satisfechos con lo que nos ha legado la tradición, porque de cuantos oradores han existido el siglo pasado, él es, sin duda ninguna, quien más podría quejarse y con mejor derecho de la manera cómo los redactores de periódicos reprodujeron sus discursos. Ni tampoco esto puede atribuirse á malicia de su parte ni á torpeza, puesto que los críticos contemporáneos observaron cuán difícil era, si no imposible, apoderarse de su palabra; y para darse cuenta de su oratoria, no había más medio sino es oirlo, como que le aplicaron con insistencia la frase de que se sirvió Tácito para describir el destino de un senador cuya retórica se admiraba en el siglo de Augusto: *Haterii canorum illud et profluens cum ipso simul extinctum est*. No obstante, aun quedan abundantes muestras de que la naturaleza proveyó á Pitt pródigamente de los talentos propios del orador, y de que *adquirieron maravilloso*

desarrollo, merced á la educación que recibió y á la elevada posición social que ocupó muy luego y en la que pasó la mayor parte de su vida pública. — Desde la primera vez que habló en la Cámara de los Comunes, Pitt se mostró superior á todos sus contemporáneos por la facilidad de su palabra, pues *podía improvisar una serie de períodos redondos y majestuosos sin pararse á buscar una sola expresión ni repetirla*, con voz clara y pronunciación correcta y sonora. Había más grandeza en las ideas de Burke y galas más espléndidas; más habilidad en Windham; en Sheridan más ingenio, y más destreza en la dialéctica de Fox y más elocuencia también, de esa elocuencia que consiste en partes iguales de razón y de pasión mezcladas y confundidas; pero al decir de cuantos tuvieron la dicha de oír habitualmente tan grandes oradores, Pitt fué superior á Burke, á Windham, á Sheridan, y no inferior á Fox. Su declamación era exuberante, magnífica y grandiosa; ningún tribuno antiguo ni moderno le aventajó nunca en la fuerza de los sarcasmos, arma terrible de la cual hacía uso contra sus adversarios de una manera despiadada, y además reunió en grado superior las dos cualidades de la oratoria que tan útiles son á los hombres de Estado, porque nadie acertó como él á ser claro y nebuloso en la medida de la necesidad. Cuando quería ser comprendido, siempre lo alcanzaba, importando poco al efecto que la materia

fuese de suyo complexa y oscura, pues presentaba el asunto con admirable lucidez, ya que no siempre de un modo exacto y concienzudo: cada cosa se ofrecía colocada en el lugar correspondiente: detalles prolijos, fechas, cifras, nada quedaba en olvido, y los más difíciles é intrincados problemas económicos expuestos por Pitt se antojaban demostraciones evidentes á las inteligencias vulgares. En cambio, cuando no quería ser explícito — ¿y qué hombre de Estado, hallándose al frente de los negocios, quiere serlo siempre? — poseía la facultad maravillosa de no decir nada en un lenguaje que parecía decir demasiado. Al propio tiempo era el único que pudiera *discutir un presupuesto sin valerse de notas*, y el único asimismo que, como decía Windham, pudiera *sin preparación pronunciar la más evasiva é insignificante de las oraciones... á saber: un discurso de la Corona* (1). »

(1) MACAULAY, *op. cit.*, páginas 247, 272 y 273.

CAPÍTULO III

Enrico Ferri.

El célebre abogado italiano, al consagrar un estudio á mi obra en la *Revue des Revues*, se ha dignado revelarnos, con su brío habitual, su propia psicología oratoria. — He aquí una parte de ese magnífico fragmento:

« Recuerdo que apenas hube recibido el diploma de doctor en derecho, cuando estaba en Pisa, en 1878, para hacer mis estudios de perfeccionamiento con el célebre criminalista clásico Francesco Carrara, encontré un medio muy ventajoso para « desatar el frenillo » — como se dice en Italia, — un ejercicio que no había encontrado en ningún tratado de elocuencia, pero que respondía instintivamente á la gloriosa divisa del renacimiento científico « *provando e reprovando* ».

« No pensaba en este tiempo ir á defender en el

fuese de suyo complexa y oscura, pues presentaba el asunto con admirable lucidez, ya que no siempre de un modo exacto y concienzudo: cada cosa se ofrecía colocada en el lugar correspondiente: detalles prolijos, fechas, cifras, nada quedaba en olvido, y los más difíciles é intrincados problemas económicos expuestos por Pitt se antojaban demostraciones evidentes á las inteligencias vulgares. En cambio, cuando no quería ser explícito — ¿y qué hombre de Estado, hallándose al frente de los negocios, quiere serlo siempre? — poseía la facultad maravillosa de no decir nada en un lenguaje que parecía decir demasiado. Al propio tiempo era el único que pudiera *discutir un presupuesto sin valerse de notas*, y el único asimismo que, como decía Windham, pudiera *sin preparación pronunciar la más evasiva é insignificante de las oraciones... á saber: un discurso de la Corona* (1). »

(1) MACAULAY, *op. cit.*, páginas 247, 272 y 273.

CAPÍTULO III

Enrico Ferri.

El célebre abogado italiano, al consagrar un estudio á mi obra en la *Revue des Revues*, se ha dignado revelarnos, con su brío habitual, su propia psicología oratoria. — He aquí una parte de ese magnífico fragmento:

« Recuerdo que apenas hube recibido el diploma de doctor en derecho, cuando estaba en Pisa, en 1878, para hacer mis estudios de perfeccionamiento con el célebre criminalista clásico Francesco Carrara, encontré un medio muy ventajoso para « desatar el frenillo » — como se dice en Italia, — un ejercicio que no había encontrado en ningún tratado de elocuencia, pero que respondía instintivamente á la gloriosa divisa del renacimiento científico « *provando e reprovando* ».

« No pensaba en este tiempo ir á defender en el

jurado; pero — puesto que desde entonces quería conquistar, á pesar de mi heterodoxia científica, una cátedra en la Universidad — para organizar en mi cerebro la facilidad de la palabra y el orden y la claridad de la expresión, tomé la costumbre de ir todos los días á las orillas solitarias del Arno, fuera de la ciudad, para hablar en alta voz y de improviso una hora seguida, sobre un argumento sacado al azar de entre los pequeños papeles que preparaba y guardaba en la bolsa, antes de salir.

« ¡Y cuántas vulgaridades, cuántos idiotismos, cuántos absurdos, entre alguno que otro resplandor ideal, declamé yo solo — y esta es quizá la diferencia más señalada con mi vida profesional posterior — sobre la « civilización », la « justicia », el « libre albedrío », el « progreso », el « amor á la patria », la « familia », el « arrebató de las pasiones », la « defensa legítima », la *malesuada* *fames*, la « culpabilidad moral » !...

« En los primeros días, voz é ideas salían con trabajo, estiradas, separadas, ineficaces; pero pensaba que este ejercicio de *adestramiento* era verdaderamente precioso, tanto para la laringe como para los pulmones y el cerebro.

« Después la gimnasia de la enseñanza universitaria, comenzada desde el año siguiente en Turín, en donde yo era al mismo tiempo profesor de derecho criminal y alumno de Lombroso, no ha hecho sino aumentar más y más la resistencia

orgánica que es la base física de toda elocuencia. Gracias á esa resistencia pude, por ejemplo, hablar ocho horas seguidas, en 1886, para defender á los campesinos de Mantua acusados de excitación á la guerra civil por el solo hecho de que se habían asociado para la defensa de sus intereses económicos, y que fueron absueltos en medio del entusiasmo febril de la ciudad arrancada de su budismo artístico, por los jurados de Venecia. Pude también, en dos días, hablar once horas en el Tribunal de Lecce, en un proceso ruidoso de pretendida difamación política.

« Estos discursos de ocho y de once horas, que recuerdo aquí á los colegas que me lean, son ejemplos que deben huirse más que imitarse, y sólo la andamiada y el embrollo de los hechos del negocio pueden imponer materialmente esa espantosa extensión.

« Por lo que á mí respecta, puesto que los ejemplos vivos son el medio pedagógico más sugestivo, soy un visual-emotivo. Se sabe, en efecto, gracias á los trabajos de la escuela de Charcot, que hay muchas especies de memorias: memoria de las imágenes, de las emociones, de las ideas. No siendo las imágenes sino sensaciones despertadas, el acto de su memoria implica siempre el despertar de sensaciones y percepciones que son aferentes de la *vista*, del *oído*, del *tacto*; de manera que hay la memoria visual, la memoria auditiva y la memo-

ria motriz y otros tantos tipos psico-antropológicos correspondientes.

« Además, las diferentes memorias (imaginación, emoción, ideación) se ligan y se combinan de todas maneras, según los individuos y sus grupos profesionales y sociales.

« La imaginación tiene por fundamento la memoria; pero la memoria no le proporciona sino los materiales; ponerlos en obra depende del temperamento cerebral hereditario.

« Al derredor de ese núcleo de la memoria — motriz, auditiva ó visual — se entrelazan, con mayor ó menor predominio, la memoria de las emociones y la memoria de las ideas; esto es lo que forma el tipo psico-antropológico del visual-intelectual, del auditivo-emotivo, etc.

« Así por ejemplo, entre los artistas la memoria intelectual es con frecuencia muy débil, mientras que una de las tres memorias de las imágenes y la memoria emocional son las más de las veces muy desarrolladas.

« Mi cerebro es una especie de aparato fotográfico para las imágenes visuales, porque todas mis posesiones visuales se fijan al derredor de una radiación ó de una emoción y se encienden muy vivamente cuando quiero condensar y fijar una radiación ó una emoción en los cerebros del auditorio. Y cuando hablo, veo cerebralmente esas imágenes. Así por ejemplo, en el proceso por un terrible

accidente de ferrocarril, cuando á los abogados de la Compañía, que acusaban á las familias de los muertos y de los heridos de hacer « especulación », respondí en mi defensa que yo no sabía lo que mi dolor paternal habría podido hacer si mi hijita me hubiese sido devuelta en un montón palpitante de sangre y de lodo..., entonces veía realmente ese pequeño cuerpo, y el contagio emocional debe haber sido muy fuerte. En ese momento tuvo que suspenderse la audiencia con motivo de la agitación del público, que se levantó en la sala contra los representantes de la Compañía del ferrocarril. »

Creo útil agregar á esta página de psicología, citada por M. Ajam, algunos párrafos en que el mismo Ferri da á conocer pormenorizadamente su método de preparación oratoria. En el prefacio de su libro *Difese Penali e Studi di Giurisprudenza* (1) — cuya lectura íntegra recomiendo á los estudiantes — dice :

« Tengo la costumbre de escribir, hasta donde puedo hacerlo, todo lo que pasa en la audiencia; lectura de documentos, deposiciones de testigos..., arengas de adversarios y de colegas, preguntas ó expresiones incidentales de jurados ó jueces, etc., anotando marginalmente la impresión que, á mi juicio, haya hecho cada acto en el ánimo de los

(1) E. FERRI, *Difese Penali*. Torino, Fratelli Bocca, ed.

jurados ó de los jueces, y anotando también las respuestas de defensa que se puedan oponer á tal ó cual impresión de cargo... Y, divididas las partes principales de la defensa según la índole y el contenido de la misma causa, escribo las grandes líneas del discurso y aquellos mínimos detalles de hecho que sean esenciales, en pocas y anchas cuartillas de apuntes sinópticos, en las cuales la variedad de los lápices de colores, oportunamente dispuesta, favorece y ayuda la memoria de las cosas que deben decirse, una después de la otra. — En cuanto á la forma, creo que *confiarse á la improvisación hace más viva, palpitante y eficaz la palabra*. Es preciso haber pensado primero en cada una de las partes de la defensa: en la idea que formará el exordio, en la que servirá de final, y en la cadena de los argumentos, los de réplica á la acusación en primer lugar y los de defensa luego. — Pero la expresión verbal de estas ideas (excepto alguna frase más típica y apropiada al caso), *creo que debe dejarse absolutamente á la improvisación*, cuando el cerebro caldeado por el propio trabajo despidе fulgores más luminosos que no las frases fríamente destiladas en el escritorio, lejos de la atmósfera vibrante del público y de los jueces. — Y esta improvisación de la forma, — que yo comienzo siempre en tono humilde y con voz natural, para abandonarme después á todas las variaciones de intensidad y de rapidez,

provocadas por el creciente calor del discurso y por las interrupciones, mímicas ó habladas, de los adversarios — *esta improvisación es la que nos hace alcanzar la máxima fuerza sugestiva*, porque ó en recoger y rebatir una imprevista objeción de los contrarios ó sobre todo en sorprender en la fisonomía de los oyentes la impresión en ellos despertada, podemos, ya sea pasar volando sobre un argumento que se muestra poco persuasivo, ya sea insistir, con insistencia proteiforme, en el argumento que haga más presa en el ánimo de los jueces porque ha germinado de las raíces mismas de la causa debatida. — De todas maneras — sea en la defensa, sea, y tanto más, en la réplica — es mejor emplear pocos argumentos buenos y decisivos, que no muchos, entre buenos y débiles; porque éstos paralizan en el cerebro de los oyentes el efecto de aquéllos, y cuando se dicen cosas desentrañadas de la causa ó que la atañen por irresistible asociación de ideas y de común experiencia, la fuerza sugestiva no está en el número, sino en la calidad de las cosas dichas. — Resumo todos mis recuerdos y todos mis consejos, diciendo que una defensa penal, para ser poderosa, debe ser no sólo dicha, sino también vivida, con lampos del cerebro, con palpitaciones del corazón... »

CAPÍTULO IV

Tierra fecunda en oradores es España. El idioma castellano es un idioma oratorio, de tribuna. Toda la literatura española es elocuente.

Reproduzco algunos retratos psico-físicos de oradores españoles, que con enérgica brevedad y profunda evocación, ha hecho el Dr. Ángel Pulido en su libro *La Emoción Oratoria* (1):

Salmerón.

« Tiene aspecto de anabaptista : alto, seco, más que pálido cetrino, buen ejemplar de tipo ario en sus ramificaciones semíticas; facciones correctas y varoniles; expresión adusta; mirada fuerte y profunda; ademán altivo, voz clara y sonora, cuerdas vocales y aparato respiratorio apropiados para los

(1) Dr. A. Pulido, *La Emoción Oratoria*, Madrid, 1896, pags. 159 y siguientes.

grandes y sostenidos esfuerzos de la palabra; acento enérgico; entonación acre, y, como la de pocos, apta para esos espantables apóstrofes y condenaciones, que profieren violentos y solemnes sus labios, como si ellos entrañaran la encarnación austerísima de la conciencia pública... Parece enfermizo, quizá lo sea, y, sin embargo, podría competir con aquel Catón de Útica, obstinado enemigo de César, que logró, con un discurso de once horas, impedir, en día memorable, que el Senado tomase un acuerdo favorable á su rival; pues vésele, tras de largos discursos y *ardorosas improvisaciones de tres y cuatro horas*, sentarse tan fresco de fuerzas y tan claro de voz, como si nada hubiese dicho. Muy pensador, lato y conceptuoso en la doctrina; á las veces, su prolijidad y exposición, adolecen más bien de académicas que de parlamentarias; es sólido el encadenamiento de sus ideas, cuidadosa la trabazón de su lógica, y oscuros con frecuencia, por demasiado sutiles y filosóficos, sus razonamientos. Su frase facunda, distinguida, y ajustada con severidad al pensamiento, decae en ocasiones, por rebuscada, en extravagante y libre. Sin embargo, nadie le aventaja en el corte elegante y gallardo de la cláusula, la cual sale de sus labios, á menudo, tan segura, ática y tersa, que produce en el ánimo de quien le escucha ese grato arrobamiento que causa siempre el sentimiento de lo sublime. *Improvisador ex-*

traordinario, su ataque es duro, violento y agresivo, pues emplea frases tan destempladas como nadie osa decirlas. Este lenguaje, su acento, su mirada provocadora, y la rudeza de sus ataques, dichos con voz altisonante y subrayando, levantan recias tempestades, *que afronta con una serenidad pasmosa*, oponiéndoles un rostro contraído con irónica y hasta mefistofélica sonrisa, fiereza arrogante, cabeza erguida, y unos ojos negros, luminosos y muy abiertos, que clavan su mirada donde más braman los truenos, como para gozarse en su contemplación y aguardar su total desencadenamiento, á fin de, una vez calmados, recargar sobre lo mismo que tanto hiere y desata. »

Moret.

« *El más espontáneo, facundo y segurísimo en la improvisación de cuantos conocemos...* De él hemos oído decir muchas veces á Castelar que las Musas se han esmerado en dotarle de los más hermosos atributos que pueden adornar á un orador; y así es. Se parece á Lamartine. Su presencia es alta, esbelta, graciosa y de una belleza verdaderamente apolínea; su voz, el canto armonioso de una sirena; su imaginación, un campo lleno de mariposas... Sabe mucho, y de muchas materias. Lo mismo trata una cuestión sanitaria, que una económica, que una de derecho internacional; adu-

ciendo siempre textos, citas y demostraciones de una cultura enciclopédica y brillante. *Tiene la palabra más afuente del Congreso español*, y dice con tanta serenidad, blandura y elegancia, que encanta... Cuando ha terminado, deja en el alma, como Berryer y Lamartine, una risueña y adorable sensación de dulzura, perfume y embeleso. Se ha pasado un rato delicioso escuchándole. »

Cánovas.

« Personalidad saliente y poderosa. Talento extraordinario; ilustración vasta y profunda, con especialidad en asuntos de historia; carácter enérgico y altivo; *comprensión fácil y pronta; réplica viva, clara y feliz*; razonador copioso, y disertante sereno, elocuente y de prolija dialéctica. Su frase, escogida, segura y majestuosamente dicha; su pasión, de exaltaciones comedidas y á veces de soberano desdén, se acompaña por lo común de un ademán noble y algo amanerado, revelando su preocupación mental y su inquietud física con un *tic* característico: no deja quietos los lentes en su nariz, pues los quita y pone con nervioso é incons-

cuales dispara como dardos certeros sobre las personas y doctrinas contrarias, sin descender jamás de la elevación y cultura de quien cuida mucho lo que dice, y cómo lo dice. Su estilo es severo, ático, lleno de vigor y de un exquisito gusto parlamentario. Cierra y redondea bien sus períodos, escuchados siempre con merecido interés. »

Sagasta.

« Estatura mediana, magro, hidiosinracia hepática y color bilioso; inteligencia clarísima, imaginación pronta, impetuoso, enérgico, de vivo arrebato, gran tribuno con arranques fáciles de exaltado liberalismo. *Poco disertó, y aun indiferente á las galas retóricas*; aprecia como nadie el espíritu de una Cámara, *la esencia de un debate*, y lo sintetiza *en un apóstrofe, en un pensamiento, en una exclamación* de ardiente patriota, con lo cual arrebató los corazones y provoca una tempestad de aplausos. *No estudia las frases, no se aprende de memoria los párrafos, no apunta á la alta elocuencia: habla con naturalidad, con improvisación, lo que le viene á la mente* y lo que oye en su derredor, *y logra, como nadie, refutar todo un artificio dialéctico, preparado con grande esmero por algún adversario difuso y petulante*, valiéndose de una frase feliz ó de un chascarrillo graciosamente narrado. Difícil es decir lo muchísimo que

la libertad de España debe á su palabra acerada, á su obra, primero demoledora, y creadora después, á su espíritu batallador, á su audacia, y aun á esa gramática parda que la crítica ha encarnado en otro *tic* especial, digno de ser contrapuesto al de su turnante en el Poder, Cánovas, antes citado; nos referimos al hecho de rascarse la barba, mientras con cara socarrona oye lo que se le dice y contempla á quien le combate. »

Castelar.

¿Era Castelar un verbo-motor?

Está probado que no sólo recurría á la preparación gráfica, sino que la aconsejaba. El Dr. Pulido dice expresamente á este respecto: « Castelar sostiene que los discursos mejores *son los que se llevan aprendidos de memoria y se recitan*; y por creerlo así ha recomendado siempre que tal hicieran, á los amigos que han buscado su auxilio, y seguido sus consejos, en ocasiones de gran compromiso. » Sin embargo, algunas páginas más adelante, el autor que citamos precisa así el método de Castelar: « Castelar no se ha sabido literalmente de memoria sus discursos: su esqueleto, la ordenación de sus párrafos, el encadenamiento de las ideas, y la riqueza de su expresión lo tenía aprendido, sí, pero en el acto de pronunciarlo,

excepción hecha de algún párrafo de efecto especial, todo lo sometía al fraseo de la improvisación, el cual, como suyo, resultaba muy hermoso y elocuente.

Pudiera citar muchos hechos que así lo probasen, pero bastará con uno. — En el famoso banquete de más de tres mil cubiertos con que le obsequiaron los posibilistas de Cataluña, el año 1888, pronunció un discurso de grande efecto político, y por esto *muy meditado*. Lo escribió, como de costumbre, antes de pronunciarlo, y las cuartillas auténticas fueron al diario *La Publicidad*, órgano del partido, para que publicase la más fiel expresión del glorioso jefe. Pero otros órganos de la Prensa local, no queriendo ser aventajados por el diario posibilista, enviaron al banquete sus taquígrafos, y publicaron en el día siguiente lo que tomaron al oído. De este modo el público se encontró sorprendido por dos discursos, que protestaban de ser exactos, y que, sin embargo, diferían en la locución: la misma arquitectura general, párrafos semejantes, ideas iguales, doctrina idéntica; pero el detalle de la cláusula era algo distinto.

La causa estaba en que el discurso de *La Publicidad* era el *escrito*, pensado y aprendido por el orador, y el de los demás periódicos era el *verdaderamente pronunciado*; la diferencia de forma que entre uno y otro había, denunciaba la cantidad

de libertad mental que se había tomado el gran tribuno (1)... »

Como se ve, aun cuando Castelar sometiera muchas partes de sus discursos al « fraseo de la improvisación », y por más que las diferencias de forma entre el discurso escrito y el pronunciado denunciaran una gran « cantidad de libertad mental » en el tribuno español, el hecho innegable es que su preparación oratoria era *esencialmente gráfica*. El secretario particular de Castelar, Don Ginés Alberola (2), dice: « Cada párrafo que Castelar escribía ó dictaba, corregíalo incontinenti, mas nunca para variar ideas, ni rectificar juicios, ni modificar conceptos, sino para pulirlo y limarlo con la delicadeza con que los grandes artistas pulen y liman sus obras monumentales. Huía de los asonantes y consonantes, de las cacofonías, de los relativos, de los hiatos, de todo cuanto pudiera quitarle ritmo y cadencia á su prosa... » ¿Qué otra cosa es esto sino *grafismo puro*, ciceroniano?

Conocemos un caso en que Castelar *improvisó realmente*: nos referimos á su primer discurso célebre, al que dijo en el Teatro Real, y que en un momento lo llevó á la gloria. Estaba muy ajeno de ser consagrado ese día como el primer tribuno español el jovencito elocuente apenas salido de las aulas.

(1) *Op. cit.*, páginas 124 y 128.

(2) GINÉS ALBEROLA, *Semblanza de Castelar*, página 148.

He aquí como refiere acto tan memorable el Sr. D. Miguel Morayta (1), amigo íntimo de Castelar :

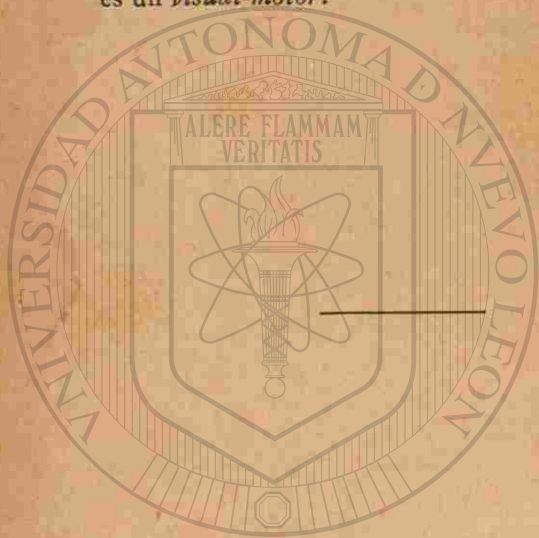
« El 25 de septiembre de 1854, llegó Emilio Castelar á Madrid desde Ciempozuelos donde veraneaba, ya bastante entrada la mañana; encontró en la calle... á nuestro amigo D. Faustino Bamís, joven como nosotros y muy demócrata, quien le dijo que en las primeras horas de aquella tarde se celebraba en el Teatro Real una reunión electoral convocada por la *Juventud liberal*, entonces salida á la luz pública;... entramos en el Teatro Real, hallándose ya la reunión un tanto avanzada. — En medio de la agitación producida por el discurso de Fernández y González, Castelar, que sentado junto á mí ocupaba una butaca de la izquierda del espectador, hacia la fila 10 ó 12, gritó : « Pido la palabra. » — El timbre de voz de Castelar, mientras no desataba los raudales de su inimitable elocuencia, disonaba bastante, por resultar un tanto atiplado. Oír los concurrentes su *pido la palabra*, y salir de todas partes gritos semejando burlescamente la voz de Castelar, todo fué uno. — Yo, que tanto le quería y que le había oído hablar muchas veces en Academias escolares y sobre todo en la Capilla de S. Isidro, tenía seguridad de que la concurrencia le aplaudiría, pero molestado por aquella manera

(1) MORAYTA, *Juventud de Castelar*, Bouret, ed., páginas 56 á 59.

de burla, le incité con toda energía á que nos marcháramos. — Castelar no me hizo caso y aun no acallados el movimiento y murmullos, al preguntar el presidente : « ¿ Quién ha pedido ahí la palabra ? », como Castelar contestara, « Emilio Castelar », renováronse las manifestaciones desatentas... Castelar se puso en pie, y como no era posible oírle bien hablando desde su butaca, el público pidió que pasara al escenario. — Obedeció, y colocándose hacia el lado del palco regio, dirigiéndose con fiera arrogancia al público dijo : « ¿ Queréis saber lo que es la democracia ? » y como este interrogante se contestara convirtiéndose el bullicio en religioso silencio, añadió : « Pues os lo voy á decir. » — Extrañó á todos aquel exordio, quizá por contrastar tanta soberbia con la juventud de quien le decía ; Castelar había cumplido pocos días antes los *veintidós años*; mas aun no había concluido su primer párrafo, cuando los concurrentes puestos en pie aplaudían con frenesí... Concluyó Castelar su oración ; se le pidió que continuara y siguió improvisando ; llegó á un nuevo final y se repitió el mismo caso... Los aplausos, los vivos, las aclamaciones no cesaron... »

Bellísimo triunfo es éste que revela todo el poder sugestivo de la palabra improvisada de Castelar. Era, pues, un *motor*; pero al propio tiempo tenía desarrollados sus centros visuales y gráficos de un modo extraordinario. No puede clasificarse exclu-

sivamente en ninguna de las categorías de *tipos* definidos por Charcot. Castelar es una excepción : en él se juntan dos tipos casi siempre antitéticos : es un *visual-motor*.

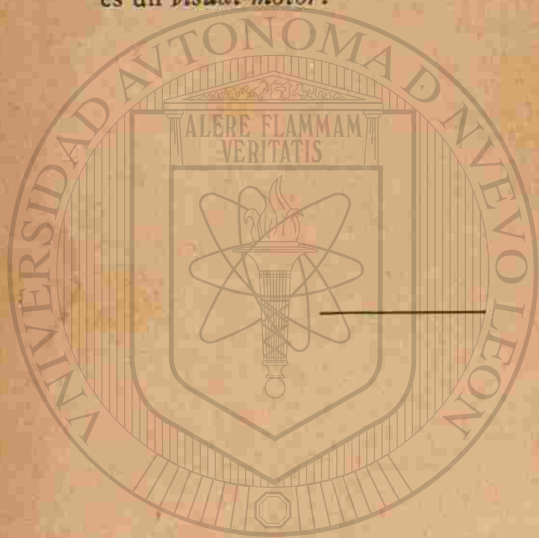


CAPÍTULO V

Presentaremos, por último, algunos tipos de oradores mexicanos.

Se encontrará una amplia galería de nuestros hombres de tribuna, desde predicadores hasta académicos, en el tomo V de las *Obras Completas* del muy erudito escritor D. Francisco Pimentel. Desgraciadamente, su erudición era simple erudición : no fué un crítico — en el sentido moderno de la palabra — porque careció de gusto literario. Sus juicios, aplicados á los *discursos impresos*, como *obras escritas*, son, por eso mismo, falsos. Nada nos dice, en cambio, de la *oratoria* de los oradores. (Y la *oratoria* es el procedimiento de preparación, la voz, el ademán, el efecto causado..., en una palabra, *el trabajo de tribuna*, no el de escritorio.) Con cuánta razón dice el Sr. Lic. D. Manuel Sánchez Mármol — éste sí es hombre

sivamente en ninguna de las categorías de *tipos* definidos por Charcot. Castelar es una excepción : en él se juntan dos tipos casi siempre antitéticos : es un *visual-motor*.



CAPÍTULO V

Presentaremos, por último, algunos tipos de oradores mexicanos.

Se encontrará una amplia galería de nuestros hombres de tribuna, desde predicadores hasta académicos, en el tomo V de las *Obras Completas* del muy erudito escritor D. Francisco Pimentel. Desgraciadamente, su erudición era simple erudición : no fué un crítico — en el sentido moderno de la palabra — porque careció de gusto literario. Sus juicios, aplicados á los *discursos impresos*, como *obras escritas*, son, por eso mismo, falsos. Nada nos dice, en cambio, de la *oratoria* de los oradores. (Y la *oratoria* es el procedimiento de preparación, la voz, el ademán, el efecto causado..., en una palabra, *el trabajo de tribuna*, no el de escritorio.) Con cuánta razón dice el Sr. Lic. D. Manuel Sánchez Mármol — éste sí es hombre

de buenas y bellas letras — en su monografía intitulada *Las Letras Patrias* :

« De todos los géneros literarios, la oratoria es el único de que no puede hablarse con acierto por la simple lectura. Cuando aceptamos que Demóstenes y Cicerón fueron los más grandes oradores de la antigüedad, procedemos más por la opinión recibida que por lo que nos enseñan las arengas y discursos de esos dos inmortales, tal como la imprenta nos los da hoy á conocer.

« Juzgar de un orador sin haberlo visto ni oído en la Agora, en el Senado, en los Rostros, en la Convención ó en la Asamblea, sería tanto como consentir á un ciego nato que juzgara de la luz. Así, pues, al traer los nombres de los oradores que gozan en nuestra historia reputación de tales, en tal ó cual grado de prominencia, nos atenemos á lo que ha sancionado el fallo de la tradición, sin quitarle ni ponerle (1). »

Palabras de oro.

Manuel Gómez Pedraza.

« En la vida de Pedraza, dice el eminente crítico D. Francisco Sosa, no es el político sino el orador, el que nos atrae... Orador parlamentario, dió palpitantes pruebas de ser uno de aquellos tribu-

(1) SÁNCHEZ MÁRMOL : *Las Letras Patrias*, pág. 143.

nos cuya palabra ejerce un poder extraordinario, porque saben no sólo mover y deleitar al auditorio, sino arrastrarlo invenciblemente y alcanzar de él cuanto ambicionan. Su fama á este respecto es inmensa, y creemos que hay razón para que así sea (1). »

D. Guillermo Prieto dice y cuenta á propósito de Pedraza :

« Su voz era sonora, vibrante, y cuando la esforzaba era aterradora como el trueno. La separación de las aulas del Sr. Pedraza, su lectura de Voltaire, de Rousseau y de los enciclopedistas, y su alto desdén por los ergotistas y los teólogos, hicieron que éstos se vengaran, pintándolo siempre sin la erudición pedantesca é inútil de la época ; pero Pedraza tenía profunda instrucción en Historia, no era extraño á las ciencias, y tenía gusto castigado y selecto en materias literarias.

« Generalmente subía á la tribuna con cierta frialdad, frotando el anillo que llevaba en el índice y era su manía.

« Gradualmente su voz se esforzaba, le llenaba su asunto, y, entonces, erguido, impetuoso, dominaba á su auditorio.

« Al estallar el movimiento del 6 de Diciembre, en medio de la efervescencia de indignación que llevó hasta el frenesí á las masas, se sorprendió en la

(1) F. Sosa : *Biografías de Mexicanos distinguidos*, pág. 424.

garita de San Lázaro al Sr. D. Antonio de Haro y Tamariz, que venía escudado con un salvo-conducto, dado por uno de los jefes de la revolución.

« Registraron al Sr. Haro y hallaron que, abusando del salvo-conducto, traía en el forro del paletó blanco que le abrigaba, correspondencia, libranzas y firmas, para promover en México una contrarrevolución, sacrificando á los hombres del 6 de Diciembre.

« Apenas se divulgó la noticia de aquella felonía, cuando corrió, frenética, la multitud al lugar en que se encontraba el reo; llega el tropel armado de espadas, puñales, fusiles y piedras; rodean al Sr. Haro, se lanzan sobre él, y en empeñada lucha le conducen á Palacio, y allí no se encuentra seguridad para Haro sino en la Cámara de Diputados, que estaba en sesión. El reo, las guardias, y las chusmas frenéticas rompiendo puertas, derribando asientos y bramando furiosa, penetró al santuario de las leyes.

« El reo se acoge trémulo tras el dosel y se abraza á la silla del Presidente... Un momento más, y hubieran corrido ríos de sangre.

« Entonces un hombre se levanta de su asiento; era Pedraza: aparece erguido, pasa su mano por los hilos de cabellos que coronaban su cabeza, y grita, dominando el estrépito de la multitud rabiosa: ¡Silencio, señores! En nombre de la patria y de la humanidad, silencio. Al tercer rugido de

aquel león reinaba un profundo silencio y parecía pintado el tremendo cuadro que los ojos descubrían.

« Entonces con una excitación más impetuosa, más vehemente, mucho más apasionada que la exaltación que mostraba el pueblo, trazó, como en desordenado delirio, la biografía de Haro: se refirió al abuso cometido; describió las calamidades que quería desatar sobre Puebla, que le vió niño, que iluminó sus primeros amores y que guardaba las cenizas de sus padres... « ¡Á ese monstruo, en nombre de la patria ultrajada, en nombre de la humanidad vilipendiada, yo le maldigo... yo le maldigo! »

« Temblaron las columnas del edificio... No había gentes, eran de piedra aquellas figuras humanas... Cayó sombra horrible después de estas palabras, en el alma de los concurrentes.

« Pero este hombre viene defendido con nuestra palabra... le protege un salvo-conducto como una égida... ¿Qué es la venganza? Una ostentación cobarde de la fuerza, si son muchos... Un distras de la alevosía, si es uno. »

« Hablaba, hablaba el Sr. Pedraza, y, en un momento de exaltación impetuosa, se levanta, ordena, manda sublime que Haro salga de su escondite... y le promete, le jura que será respetado... porque pertenece á la ley.

« Á sus palabras, como maquinalmente, con el

cabello erizado, los ojos vidriosos, como un cadáver aparece Haro, y al ademán omnipotente del orador, se abren las olas de la multitud, y como una sombra desaparece el reo... salvando su vida.

« Tal era Pedraza y tanto el poder de su elocuencia (1). »

Guillermo Prieto.

Prieto era un improvisador, sin duda. Le faltaba lo que pudiéramos llamar el *ritmo oratorio*, el desenvolvimiento armonioso del discurso. No era un maestro en el arte de las transiciones, como Zarco. Era desigual, quebrado, á veces vulgarísimo, en ocasiones muy alto y noble. En sus momentos de inspiración tenía períodos líricos de asombrosa sugestión. Jamás, á pesar de ser un escritor fecundísimo, recurrió á la preparación gráfica de sus discursos. Los improvisaba completamente. « Pasado ya el período en que, ora en el periodismo, en el destierro ó en la tribuna, y hasta en la cárcel misma, luchó sin tregua ni miedo por las libertades públicas y los grandes intereses de la civilización, retirado á su tienda, como el héroe griego, escuchaba el estrépito de los debates sin terciar en ellos; mas si á sus oídos llegaba un aserto, una frase, un concepto que en algún modo

(1) Citado por el Sr. Sosa. *Op. cit.*, p. 429.

lastimara la integridad del credo liberal, allí saltaba, en aquel punto se encontraba en la pelea, y era de oírle, balbuciente á los comienzos de su discurso, rastreando á manera de quien busca los olvidados arreos, para ir luego subiendo el diapason, hasta prorrumpir en los admirables ditirambos que su inagotable lirismo le sugería. Y su palabra asumía todo su impulso ascendente, cuando, cerrados los ojos cual si quisiera percibir con mayor perspicuidad sus ideas, perdida la percepción del mundo externo, remontábase á las alturas á inspirarse en los divinos arquetipos (1). »

Francisco Hernández y Hernández.

Tipo de verbo-motor puro. « Melena de león, ojos grandes y lucientes como el acero bruñado, tórax de gladiador, voz estentórea como el trueno, tales eran las condiciones físicas de este orador, que se hizo notar por la *presteza de la concepción*, la *oportunidad de sus réplicas*, y el arresto con que abordaba las cuestiones más escabrosas, sin que fueran parte á debilitar esas cualidades ni el desaliño é incorrección de lenguaje ni la pobreza de conocimientos, que no cuidaba de disimular (2). » Hernández y Hernández era de los oradores *exclusivamente* oradores, tenía el horror de

(1) SÁNCHEZ MÁRMOL : *Op. cit.*, p. 147.

(2) SÁNCHEZ MÁRMOL : *Op. cit.*, p. 151.

la escritura, jamás trazaba en el papel el plan de sus arengas. No meditaba sino momentos antes de hablar : cuando tenía que pronunciar un discurso, aun cuando el debate fuera muy importante, se pasaba el día charlando con sus amigos, y ya para dirigirse al Parlamento, se separaba de ellos en el trayecto y al llegar á su asiento tenía hecha su oración (1).

Sebastián Lerdo de Tejada.

Tipo, igualmente, de verbo-motor puro. El más grande orador mexicano. Dice el Sr. Sánchez Mármol : « Nuestra oratoria ha tenido su Júpiter tonante. Cuando se erguía en la tribuna, transfigurábase ésta en Olimpo ó en Sinaí. Su voz de barítono vibraba como fusta ó como hoja damasquina, y eran sus frases relámpagos ofuscadores ó proyectiles mortíferos. Su inteligencia soberana no conocía vallas : águila en todas partes, lo mismo se cernía en los aires para caer sobre su presa, que miraba al sol cara á cara, sin parpadear. Consumado esgrimidor de la palabra, nunca dejó de parar sin responder, y su respuesta fué siempre certera, mortal. Clavaba al adversario, y no era ni para dispensar una mirada á su víctima ni para

(1) Debo este dato al Sr. Lic. Renato Hernández y Hernández, hijo del ilustre orador.

alardear de la victoria. Ningún recurso oratorio érale desconocido, y de todos sabía hacer uso sin esfuerzo : el frío razonamiento, la paradoja brillante, la ironía ó la burla, el desdén ó la gravedad, el halago seductor ó la amenaza solemne y hasta el vaticinio profético. *Era su lengua circunvolución de su cerebro, órgano pensador*, valga la hipérbole, tal así brotaban y fluían y se precipitaban los razonamientos de sus labios. Se ejercitó en las dos formas de la oratoria parlamentaria : en la de oposición como en la gobiernista, mas siempre al servicio de los grandes intereses nacionales (1). »

La que el Sr. Sánchez Mármol califica de hipérbole, es una realidad, una realidad comprobada por la ciencia. Sí, la lengua de Lerdo de Tejada era un *órgano pensador*, en el sentido de que, en él, la palabra acompañaba al pensamiento. Lerdo pensaba hablando; en otros términos, hablaba como por inspiración espontánea. Era un *Numa Roumestan* de genio.

(1) *Op. cit.*, p. 152. ¿Verdad que tiene mucho talento el Sr. Sánchez Mármol?



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ÍNDICE

PREFACIO	V
UNA PALABRA DEL TRADUCTOR.	XIII

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO I. — Fisiopsicología de la palabra.	1
CAPÍTULO II. — El lenguaje interior y sus relaciones con la palabra externa	22
CAPÍTULO III. — La palabra y las memorias.	41
CAPÍTULO IV. — Historia de los procedimientos ora- torios	56
CAPÍTULO V. — Plan de un método racional.	79
CAPÍTULO VI. — Psicología de los auditorios. (Audi- torios ocasionales).	97
CAPÍTULO VII. — Psicología de los auditorios. (Audi- torios permanentes).	113
Algunos consejos prácticos.	130

SEGUNDA PARTE

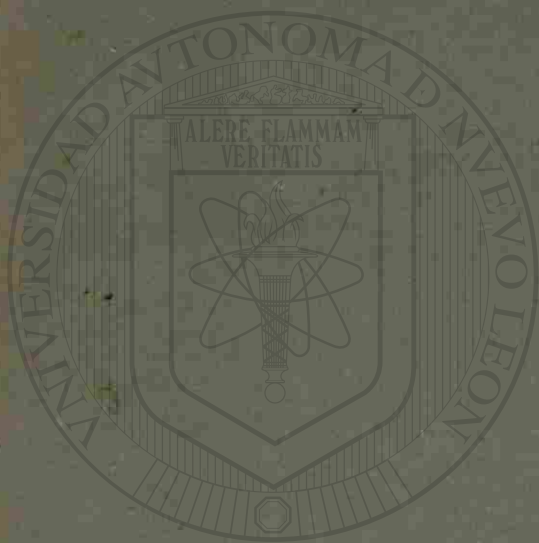
EXAMEN DE ALGUNOS PROCEDIMIENTOS DE ORADORES

CAPÍTULO I. Oradores franceses. — Mirabeau.	135
Vergniaud.	136

Danton	138
Berryer	139
Thiers	140
Lachaud	141
Gambetta	142
Francisque Sarcey	146
CAPÍTULO II. Oradores ingleses. — El Primer Pitt	
(lord Chatham)	149
Fox	155
El segundo Pitt	157
CAPÍTULO III. Oradores italianos. — Enrico Ferri	163
CAPÍTULO IV. Oradores españoles. — Salmerón	170
Moret	172
Cánovas	173
Sagasta	174
Castelar	175
CAPÍTULO V. Oradores mexicanos. — Manuel Gómez	
Pedraza	181
Guillermo Prieto	186
Francisco Hernández y Hernández	187
Sebastián Lerdo de Tejada	188

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

®

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UAN

DAD AUTÓNOMA DE NUEV
CIÓN GENERAL DE BIBLIOTEC